CON UN PAR DE ALAS

ALBA SASKIA

Planeta

ÍNDICE

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Cita

CON UN PAR DE ALAS EN LA MALETA
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3

EMPECEMOS POR EL FINAL
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

REMENDANDO, QUE ES GERUNDIO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Agradecimientos
Lector, ven...

Créditos

Visita **Planetadelibros.com** y d
nueva forma de disfrutar de l

¡Regístrate y accede a contenido

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publica
Clubs de lectura con los auto
Concursos, sorteos y promocio
Participa en presentaciones de l

PlanetadeLibro

Comparte tu opinión en la ficha d
y en nuestras redes sociales

SINOPSIS

Lía, después de vivir en Tarifa una estrepitosa historia de amor con Hugo, regresa a Barcelona hecha añicos. Su amiga Manu la acoge y le da treinta días para rehacerse. Mientras, Perpetua, la madre de Lía, ajena al drama que vive su hija, continúa enviándole cartas a Tarifa creyendo que sigue allí. La ayuda incondicional de Perpetua y de Manu será crucial para que Lía pueda comenzar una nueva vida, sobre todo cuando María, una antigua amiga con quien compartió años de estudio en una escuela de ballet, aparece y se convierte en el puente para construir un futuro profesional haciendo lo que ama: bailar. Y Marcelo, un guapo jugador de waterpolo, estará dispuesto a acompañarla en esa nueva danza que es su vida.

A ti, abuelo,
por dejarme de herencia
tu corazón y tu valentía

A veces no necesitamos que alguien nos arregle,
a veces, solo necesitamos que alguien nos quiera,
mientras nos arreglamos nosotros mismos.

JULIO CORTÁZAR

CON UN PAR DE ALAS EN LA MALETA

1

18/04/1993

¿Qué tres cosas te llevarías a una isla desierta?
Una tarta de chocolate, una armónica y un par de alas.

3/01/2016

¿Qué tres cosas te llevarías a una isla desierta?
Una tarta de chocolate, una armónica y un par de alas.

2

—Cariño, y este cuaderno ¿qué es? ¿Son deberes?

—«Con un par de alas», mamá.

—¿Qué dices, Lía?

—Que se llama «Con un par de alas». Es como un diario, pero no.

—¡Ah! Está bien eso, pero el nombre..., telita.

—¿Quieres saber por qué se llama así? A mí me gustaría tener dos alas en la espalda, o en el corazón, para hacer de lo cotidiano un vuelo.

—Esa frase ¿de dónde la has sacado, hija?

—De un anuncio.

—¿Y qué vende ese anuncio? ¿Alas? ¿No será el nuevo de compresas?

—No, mamá. Las alas no se compran. Ellas crecen.

—¿Cuándo?

—Cuando ellas quieren.

—¿Estás segura de que no se venden? ¿Ni en los chinos? Mira que tienen de todo, ¿eh?

—Qué bruta eres, mamá.

Y se rio, impregnando de luz toda la habitación. Me tocó la cara con las yemas níveas de sus dedos, me acarició despacio, con su piel inmaculada, firme, con olor a bebé y cerezas, para poder verme bien. De cerca. Como solo ella sabía hacer. Volvió a sonreír. Se dio por satisfecha. Proseguí.

—Tú tienes alas.

—¿Yo? ¿De verdad? ¿Y cómo son?

—Bonitas. Y grandes. Y brillan. Mucho. Y te hacen juego con las faldas amarillas que llevas siempre.

—Menos mal, cariño. Así no voy desentonada. Y una vez que crecen, ¿no se van?

—¡No!

—Pues qué bien, hija. Qué bien ir por la vida con un par de alas.

De ese modo, entre sus brazos y compartiendo mi secreto, terminé el día de mi noveno cumpleaños.

3

Mi nombre es Lía y no es ningún diminutivo. Me llamo Lía, a secas.

Creo que me he perdido y es muy probable que tarde en saber cuál es mi camino. Para ser sincera, no me asusta. Estar desamparada se va convirtiendo en mi filosofía materna. La única pega de esta transición es que me siento tocada y hundida, pero, por lo demás, estoy bien. Bien jodida, pero bien. Bien mutilada, pero bien. Bien acabada, pero bien. Bien de penas, pero bien.

Pero, oye, victimismos los justos. ¿A quién no le han apuñalado las ilusiones en una noche de primavera, eh? Tantos asesinos sueltos, revoloteando a nuestro alrededor, desplegando sus encantos y volviendo a enamorarnos. Válgame, la gilipollez del ser humano.

El día que cumplí nueve años, tras mi primera —y no última— nefasta historia de amor, comencé a escribir un cuaderno. Lucas Mendina, desgarbado, tímido y atolondrado, me cambió por un par de cromos como si fuera un camello en Arabia Saudita, y yo le robé la mochila, una tarde de vuelta a casa. ¿Por qué? No sé. Ya estaría infestada de gilipolleces varias. Tenía un cuaderno naranja, recién comprado. Lo sabía por el olor a papel prefabricado y por el precio en la cubierta. Y lo hice mío.

En la primera hoja escribí, con una caligrafía bastante esmerada, «CON UN PAR DE ALAS», como podría haberle puesto «con un par de ovarios», o en su defecto, «con un par de huevos». La verdad es que me gusta mucho más la primera opción, ya que, si hubiera tenido cojones, me asustaría. Caminar con esas dos pelotillas de golf allí abajo, como si de entre tus piernas crecieran unas diminutas maracas, no fue nunca el sueño de mi vida. Llevar tu aparato reproductor escondidito y recogido era infinitamente más cómodo. Pero estas inquietantes deducciones no las hice hasta entrar en la adolescencia.

Hay épocas en que, cada noche sin excusa, escribo en el cuaderno, y otras en que ni me acuerdo de que existe. Pero he ido creciendo —

de estatura no, siempre he sido muy tapón—, desilusionándome con unas cosas, creyendo en otras, trastabillando mi poca fe. Pero, aun así, todavía lo llevo conmigo a la mayoría de los lugares a los que voy. «Con un par de alas» es mi amuleto. Escueto. Sencillo. Y sobre todo, sincero. No es más que la respuesta a una misma pregunta. Y hoy, con treinta y dos años y la vida patas arriba, me quedo con los deseos de mi infancia.

Me gustaría irme a una isla desierta con una tarta de chocolate, una armónica y un par de alas.

EMPECEMOS POR EL FINAL

1

Aquí estoy. Sin ganas de hacer nada. Solo de pensar. Que también ya son ganas de malgastar el tiempo inútilmente. Podría aprovecharlo y dejar de pensar para no hacer realmente nada. NADA, en mayúsculas. Mola más.

Mi vida a simple vista es un estropicio sin principio ni final. Un círculo que rueda, y rueda, y rueda y cuando creo que ese es el sótano y más abajo solo hay fósiles y estiércol, otra maldita espiral se empeña en aplastarme contra el suelo órgano por órgano. Empezando por el bazo. ¿Qué función desempeña el bazo? ¿Importa demasiado? ¿Dónde está? ¿Y qué demonios espera de la vida? Qué pena ser bazo. Pasar sin pena y sin gloria. Yo debo de ser el bazo de la humanidad porque, pase por donde pase, nadie posa sus ojos en mí, ni siquiera tengo una función especial para contribuir a una Tierra mejor, ni sé dónde estoy, ni qué espero de lo que se tenga que esperar. Sin mí se puede vivir; al igual que sin bazo. Es más, sin mí y sin bazo se vive más ligera y con menos peso encima —me parto contigo, guapa—. Sí. Lo sé. Hay pocas cosas relevantes y ni yo ni mi órgano no vital somos una de ellas.

Se puede vivir sin muchas cosas. Se puede morir de un empacho de todas.

Sin zapatos de tacón ni velero, se vive humilde. Sin que te lapiden el corazón a cada entrega, es más complicado, pero una se puede acostumbrar a ello. Sin ingerir chocolate a cualquier hora del día, es triste, pero es vida, a secas.

Pero yo no quiero. Me niego. No. Rotundamente y mil veces, no. La quiero vivir completa. ¡COMPLETA! Perdón por los gritos, pero es que estoy revuelta y enfangada de estiércol del inframundo y de pesimismo. Me merezco vivir con tacones caros o del Todo a cien —que ahora sería del Todo a euro— , con veleros aunque sean barcos de papel y se hundan al primer remojón de agua salada, con un corazón más o menos entero, con kilos, litros y todas sus texturas y variantes

de chocolate. Y por supuesto, con un puto bazo sin estrenar, reluciente y precintado. Perdón otra vez, si yo no soy de palabras malsonantes, pero es que la vida, esa espiral que me tiene tirria sin saber por qué, me está convirtiendo en una muy mala pécora.

Mi bazo y yo antes solapábamos bastante con todo, bueno, malo o regular. Me entendía de maravilla con la mayoría de las personas y con todos los seres del reino animal, porque siempre he sido yo más de merluza que de merluzos, de gatas domesticadas que de zorras asilvestradas. Cuando hablo de *antes* me refiero al tiempo posterior a que la vida se divirtiera a mi costa y a preguntarme sobre los bazos de la gente.

Antes era *antes*, y ahora, no sé en qué tiempo me encuentro.

Quizás si me encontrara conmigo misma, me asustaría al verme reflejada de perfil pensando que estoy de frente y no al revés. Espero que, si algún día logro encontrarme, alguien me avise de que esa soy yo. Con un pinchacito en el bazo me doy por aludida —cuando primero encuentre su lugar en mi organismo—, así me doy tiempo para engañarme debidamente.

Una se acostumbra a estar perdida. A no tener referencias, ni héroes ni admiración por prácticamente nada, a excepción de alguna eminencia que estudia los bazos ajenos. Pero *antes* —irónica redundancia— sí me fascinaba la vida. Con todas sus triquiñuelas, sus subidas y sus bajadas, sus amores imposibles o impasibles, sus grados de más y de menos, sus cosillas turbias y sus cuerpos con órganos completos. Admiraba casi todo lo bello. El mar de cualquier costa donde veraneé en más de un sueño; su agua acristalada, su cielo y las nubes que lo coronaban, sus noches húmedas y marinas, sus secretos en forma de calas y bahías, sus fantasías a todo color, su *puesta a punto* nácar, verde, amarillo y azulón a juego con la brisa del mar. Gozaba con los besos que me daban y los que daba sin esperar nada a cambio, con las caricias que no veía venir, con el estupor de amar en vivo, con los imprevistos que reforzaban decisiones, con quedarme muda, ciega y sorda sin pensar en el mañana.

Claro. *Antes* no tenía una torpe roca por corazón. *Antes* se quedó demasiado lejos. *Antes* no va a volver a rescatar a nadie, y menos a una mujer sin bazo. *Antes* se fue para no volver, ya podría haberlo pensado *antes* de dejarlo escapar. *Antes* tuvo prisa por desaparecer. *Antes* es muy rápido. *Antes* me tuvo miedo, y ahora, se lo tengo yo a él.

Ingenua,
me llamaban tras la puerta.
Mendiga de amor,
pasen y vean.

2

Si intento recordar, recuerdo muchas cosas sin sentido. De las cosas importantes me olvido. De sus fechas. De lo que te hacen sentir. De su olor. De su calor. De su compañía.

Pues será que sí, que soy de memoria selectiva atontada.

Recuerdo cuando un día en el colegio tropecé y me caí por unas escaleras de piedra. Recuerdo las piedras irregulares que sobresalían del suelo y me rasgaron las medias por la rodilla. Seguramente me haría daño y jamás de los jamases volví a subir ni bajar por esas escaleras. Recuerdo también cuando probé el kiwi por primera vez. Tendría veintiún años y estaba en una fiesta universitaria a la que no me habían invitado. Siempre había sido muy reacia al kiwi. Ese color radioactivo, con sus pepitas y su cáscara de terciopelo me ponía el vello de punta. Hasta que me lo metieron en un gin-tónic. Entonces, ahí su percepción cambió de *queascounkiwi* a *quebienunkiwi.*

Si escudriño un poco más mi sesera, pienso en la tarde que pasé con Maria en el sexshop de su tía Dolores. Conocía a Maria desde que éramos micos, estudiamos danza juntas hasta los dieciocho. Cuando ella cumplió los dieciséis, Dolores le dio un vale de 5000 pesetas —que por aquel entonces era mucha pasta— para que se lo gastara en su tienda. Un día, después de las clases de danza moderna, con las mejillas coloradas y enfundadas en un maillot de licra que picaba como un bote de jalapeños caducados, me soltó sin previo aviso:

«Lía, ¿me acompañas mañana por la tarde a la tienda de mi tía?».

«¿Eh? ¡Ah! Sí, bueno... Vale.»

Tengo que objetivar que tenía dos tías: Dolores y Felicidad. Felicidad tenía una mercería en el Raval. Lo más obvio hubiera sido que Felicidad se encargara del sexshop, simplemente por afinidad con su nombre y el placer, pero Dolores lo hacía con una gracia natural. Maria me recogió bajo mi casa con su Scooter y nos plantamos en la tienda de Dolores. Literalmente, flipamos en colores. Nunca en mi

vida había escuchado la palabra *dildo*, bolas chinas ni juegos eróticos, y creo que fue en esa tarde que nos desvirgamos solo de permanecer en la tienda. Crecimos de golpe. Estuvimos tres horas junto a Dolores, que nos contó el funcionamiento de la mayoría de los juguetes, y a mí solo me faltó tomar apuntes en una libreta, pero por pudor me contuve. Finalmente, con esas 5000 pesetas, Maria compró dos juegos de cartas eróticas —uno para mí y otro para ella— y un látigo de plumas y cuero. Lo demás nos venía grande. De talla, digo. Todavía me río de la cara que puso Prudencia, la madre de Maria, al vernos llegar con las bolsas.

Hace muchos años que no veo a Maria. Quizás la llame un día de estos. Ahora no. No con mi vida tal y como la tengo.

O también me acuerdo del día en que mamá llegó a casa con Coco. Ya tendría unos dos años cuando lo adoptamos y era una bolita de pelo crema, con una lengua larga y rosada muy tímida. Más tarde se soltó y te besaba a todas horas. La cara de felicidad de mi madre es difícil de olvidar. Significó un antes y un después en su vida. Y en la mía también.

Supongo que estos momentos que estoy viviendo ahora tampoco se me van a olvidar, aunque sean importantes. Quizás mi memoria los olvide. Ojalá lo haga. No tengo ganas de echar la vista atrás dentro de unos años y recordarme en este estado tan crítico en el que me hallo. Llevo días tumbada en el sofá de mi mejor amiga y mis planes futuros son: a) seguir igual, b) seguir igual y bajar en pijama a por chocolate, o c) seguir igual y mandar a Manuela a por chocolate. La mejor opción, sin duda, es la C.

Pasa el tiempo
y yo paso con él.
Ceden los segundos a la vida
y la adrenalina se estanca,
cobarde,
sin saber qué hacer.

3

He dejado que me hicieras polvo. No polvo de hadas, ya me gustaría ser una Campanilla metomentodo. Polvo frustrado y desmenuzado de algo que fui. Me siento echada a perder. ¿Y todo por qué? ¿Y todo para qué? ¿Por ti? ¿Por nosotros? Juro y perjuro no volver a enamorarme. No volver a besar a ningún tío. Y ya que estoy jurando, prometo no probar los labios de ninguna tía tampoco. A nadie. No quiero. Con lo que me costó rehacerme de mi primer amor fallido, ahora aquí estoy. Destrozada, desde el deformado dedo meñique de mi pie hasta el moño hípster que me acabo de hacer.

Lo sé, es mi culpa. Soy una enamoradiza, pero lo disimulo bien. Lo malo es cuando me tocan el botón correcto y ¡BOOM! me deshago. Me derrito como un helado de stracciatela en pleno agosto. Y cuando estoy ahí, que se me va la vida en derretirme por el cucurucho, en vez de quedarme dentro del cono, que es lo normal, pues yo no. Me vuelco sin importarme si el helado se queda hueco o no. En este caso, yo sería el anodino helado, y el amor el que me chuperretea a su antojo. ¿Tan complicado es ponerme en una tarrina, con virutitas de colores y una cucharilla de plástico desechable? ¿Pido tanto? Si me conformo con ser un helado mediocre, de sorbete de limón. ¡Venga, joder! Que ya no pido ser algo guay. No pido ser un helado de mojito o un helado de *cookies*. ¡No! Solo ser una puta bola de helado sin miedo a deshacerse por el cucurucho, caerse al suelo y hacerse una mancha pegajosa que todos pisan. Simplemente eso.

Para que lo sepas, me he pimplado media botella de algún licor caducado que Manuela tenía en la despensa. Y me he puesto a ver tus fotos. ¡Tócate las narices, Hugo! ¡Tócatelas! Qué guapo eres, hijo. Por cada foto en la que sales sonriendo he bebido un trago y así estoy como estoy. Pues borracha y jodida. Tengo ganas de llorar pero el alcohol me hace reír, también tengo ganas de llamarte pero he borrado tu número de teléfono hasta que se lo coja por enésima vez a

Manuela de su agenda, y sí, también tengo ganas de abrazarte, de pegarte, de besarte y decirte «que te den por el bazo, Hugo».

Tengo ganas de muchas cosas, pero tú eclipsas todo lo demás. Me he fijado en que en la mayoría de las fotos llevas gafas de sol y nunca se te ven los ojos. Eso me ha disgustado porque mamá siempre me ha dicho que la mirada es el reflejo del alma, y aunque te suene a ñoñería acicalada, es verdad. ¿Por qué siempre tras la coraza, Hugo? Siempre detrás de unas gafas de sol para que no te molestaran sus rayos. ¿Y qué hubiera pasado en el peor de los casos? ¿Salir feo en la foto? ¿Con alguna mueca por culpa de la luz del sol? Venga ya.

Siete años de mi vida que van pasando en fotografías tras mis ojos. Sonrisas desperdigadas por muchos rincones del mundo, por muchas playas, porque el mar siempre ha sido tu punto de referencia y yo te he seguido sin demora.

Siete.

Siete son muchos, se mire por donde se mire. Siete siempre ha sido mi número favorito, ¿hasta eso vas a fastidiar? Los gatos tienen siete vidas, y pobres de nosotros, vaya felinos de mierda, que las malgastamos antes de empezar la partida. Te odio por ello. Por no dejarme ser nada. Ni gato, ni helado, ni una mujer enamorada.

Báilame algo lento,
una bradicardia juntos y nos vamos.
Vaya pisotones te llevaste,
aunque yo siempre recibo la peor parte.

4

57 TEQUIEROS

Quincuagésima séptima carta desde que no estás aquí.

¡Hola, cosa guapa! Hace más de dos semanas que no tengo tiempo ni para mirarme al espejo —jajaja, tu madre y sus chistes— y me he dicho que de esta noche no pasa sin escribirte, aunque sean unas pocas líneas y un *teechodemenos.* Porque aunque no te escriba, *teechodemenos,* todo así junto, que ya sabes lo que me cuesta a mí dejar espacios innecesarios entre cosas importantes.

Teechodemenos, Lía. En tu quincuagésima sexta carta te noté rara. Al principio pensé que fue el abuelo, que me la leyó con un ojo puesto en el partido de fútbol de la televisión. ¡Si lo sabré yo, hija! Ya me puede decir misa, pero con el botón de «silencio» apretado hace todo y me engaña, porque se piensa que me chupo el dedo, pero solo me lo chuperreteo cuando hago mayonesa para los huevos rellenos. Y la última vez los hice para mi quincuagésimo tercer cumpleaños, y de ello hace dos primaveras, así que ¡NO ME LO CHUPO!

Pero más adelante ya hablaremos del abuelo y mis ganas de comprarle un billete a algún sitio solo de ida. Cuéntame por qué te noto extraña, vida mía. Me barrunto algún despunte sin hilar con Hugo, ¿o me equivoco? ¿Me estará fallando el propulsor? Venga, Lía. Llámame una noche de estas y me lo cuentas, no esperes a la próxima carta, que me voy a caducar de tanto esperar.

Mientras que decides si me llamas hoy o mañana, si quieres te cuento el último episodio ocurrido, esta vez, en la lavandería.

Antes de ayer se estropeó la lavadora de casa, puso el punto y final donde no debería haber sido así, pero lo acepto. Sin rencores. Para acabar medianamente bien con una relación es mejor no hacer demasiadas preguntas y lavarse los trapos sucios cada uno por separado. Así que me fui a lavar los míos a una nueva lavandería de autoservicio que han puesto en el barrio. Colada y enamorada, dicen que se llama. Lo que hay que oír, hija. Yo ni colocada vuelvo a entrar ahí.

Resulta que no pudo pasar conmigo Coco por no sé qué rollo de normas y lo tuve que dejar en la puerta. Imagínate, cargada y sin Coco, oliendo a pachuli, curry, café y Ducados, a detergente de Marsella barato y suavizante áspero, con el traqueteo de diez lavadoras al mismo tiempo... ¡Era una locura! Deseé salir de ahí corriendo, pero no tenía más bragas limpias que ponerme. Solo te digo que fui a la lavandería sin nada de pudor. Suerte de la opacidad del tejano.

Inicié el lavado y me tocó esperar. Mi vecino de lavadora, un chico alemán empeñado en estar en la ruta correcta del Camino de Santiago —¿quién voy a ser yo para aguarle la fiesta y decirle que Barcelona está a más de mil kilómetros de distancia?—, me dijo: «Sechzig minuten», en una tortuosa pronunciación. Se lo

agradecí con un «adéu» y pude palpar su sorpresa. Estuvo repitiendo «adéu, adéu, adéu, adéu» hasta el final del lavado. Yo jugué un poco con Coco en la entrada y cuando escuché el pitido de finalizado, recogí la ropa y me encaminé hacia casa. Todo el trayecto me persiguió un olor pegajoso y burbujeante, cosa que me hizo extrañarme mucho. Pero proseguí y tendí la ropa, un poco apestada y extrañada por el olor del nuevo suavizante que compró tu abuelo.

Jajajaja. Ay, Lía, ahora me río, pero a tu abuelo no le ha hecho ni pizca de gracia. He lavado la ropa con Coca-Cola y ponerme las bragas ha sido como comer Peta Zetas. No se lo digas, pero yo creo que mi ropa interior no va a ver más forma de lavado que esa.

Espero tu llamada para escuchar tu risa explosiva y que me cuentes cosas de la escuela y de Hugo.

Coco te envía lametazos llenos de babas. Yo te envío *teechodemenos* de más.

Te quiero, Lía.

Duerme, mi amor.

Mamá está bien,
ahora sí lo sé.
Mamá siempre estuvo bien
y yo no me di cuenta hasta ayer.

5

Mañana te llamaré, mamá. Hoy no tengo cuerpo y es tarde. Tengo que ensayar una voz mejor que la que tengo ahora. Después de pasarme toda la tarde llorando a moco tendido entre el sofá y un bol de palomitas dulces, tengo la garganta tan magullada como las bambas de un *runner*. Áspera, la garganta, y áspero, el ánimo.

Ya que te voy a mentir, necesito una buena coartada porque tu radar es infalible. Ya lo dice tu nombre, Perpetua. Perpetua condena de sinceridad por ser la persona más intuitiva sobre la faz de la Tierra. Contigo nunca he tenido la necesidad de maquillar algún momento ni de tener secretos. Hasta ahora. Y eso me carcome la poca conciencia que tengo. Junto al abuelo, lo eres todo para mí. Nunca has juzgado mis tropecientos errores ni mis bastas caídas, ni mis modas de adolescente descarriada ni los proyectos de novio que te presenté a los dieciséis, diecisiete y dieciocho años. Nunca tuviste mala cara para los ensayos de la compañía que duraban horas y horas, y tú ahí, sentadita en una butaca de terciopelo negro, moviendo la cabeza a cualquier ritmo, aplaudiendo sin vergüenza, proclamándote como mi mayor fan. Nunca un mal gesto. Nunca un «esto es así y punto». No eres de puntos y aparte, eres de comas y poca separación.

Me has dado alas para volar, esas con las que tanto he soñado, y las he sabido aprovechar. Y aunque no te lo digo, por miedo a romperme en mil pedazos, por dejar entrever a la niña que todavía guardo en mi interior, por no afligirte más de lo recomendado, yo también *teechodemenos* sin espacio ni aire entre nosotras, como siempre me dices desde niña. Sobre todo, en esta última etapa de mi vida en que te miento como una perra en celo. No lo hago adrede, ni con malicia ni porque me salga del bazo, sino que te miento por un buen motivo. Aunque mentir está feo, se mire por donde se mire, pero solo espero que me sepas entender.

Te conocí con nueve años recién cumplidos, aunque nos

presentaron nada más nacer. Era domingo y ya comenzaba a hacer calor, de ese calor bueno que te arropa en mayo, y habías logrado hacer tú sola el desayuno: tostadas con mantequilla y mermelada casera de frutos rojos, un bol de cerezas, zumo de naranja recién exprimido para mí y un café solo para ti. A decir verdad, siempre has olido a esa síntesis de primera comida del día, a café de cereza, a las mejores cosas de la vida, a un *tequiero* en el último pétalo de la margarita, a un rayo de sol de enero. Es tu sello imborrable.

«Buenos días, mamá.»

«¡Me has asustado! Buenos días, corazón —dijiste besándome todos y cada uno de los nuevos propósitos del día—. Te estaba mirando. Tan dormidita que pareces una muñeca... Más bonita que todas las que tienes en las estanterías.»

Y así es como siempre me ha gustado despertarme. Con tu voz pizpireta y sin rastro de sueño en ella, bien turgente y dulce, siempre hablando de nada y de nosotras.

Sin meditarlo, con la boca llena de mermelada, te formulé una pregunta que cambió mi manera de verte:

«Mami, pero tú... Tú ¿qué ves?»

«Yo veo lo que quiero ver, Lía.»

«Entonces, ahora ¿tú me ves? ¿Me ves porque me quieres ver?»

«Pues claro, hija. Te veo porque te quiero, y te quiero aunque no te vea. Pero, sí, te veo aquí sentada en la cama con tu zumo de naranja en la mano. Te veo despeinada, con tu pelo castaño y ondulado que tapa tus ojos negros. Te veo cándida y despreocupada y espero verte así toda la vida, Lía. Eres una de las pocas cosas que veo con tanta claridad.»

Sonreí satisfecha porque solo tú me exterminabas las dudas de esa forma tan sencilla, y engullí la tercera cereza.

«¿Quieres que te diga una última cosa? —preguntaste dando un bocado a la tostada—. Aunque tú no lo veas, no significa que no exista. ¿Tú ves todos los besos que yo te doy?»

«Mmm... No. Pero los cuento, que son muchos. Y muchas veces los siento ¡hasta el fondo del oído! Me vas a dejar sorda con tanto *muac, muac, muac,* mamá.»

Y te reíste sin maldad, como siempre, empezando una batalla campal de besos, achuchones, abrazos y amor matutino que supo a gloria. Ojalá algún día logre dar con la fórmula exacta para guardar en frascos de perfume esos momentos, esa esencia, ese olor.

Saben tanto a ti esas frases sin aditivos ni colorantes, tanto a ti esos

consejos que guardo tan adentro que duelen si alguien se asoma rebuscándolos, tanto a ti esas palabras llenas de verdades. Ahí conocí a la mujer fuerte, valiente y soñadora que siempre has sido. Aunque pocos tenemos el privilegio de saberte así.

La gente siempre ha pensado que necesitabas ayuda, ser rescatada, tratada de manera especial, llevar un salvavidas por encima del pecho. La gente busca tu tara para ocultar las suyas propias. La gente mira sin ver; oye sin escuchar; vive sin dejar vivir. La gente, como la misma vida, es muy puta. Hablando mal y en la intimidad, mamá. Perdóname, que sé que no te gusta que hable así.

Estoy enfadada y con un chute de azúcar por culpa de las palomitas de colores. Pero ¿qué se cree la gente? ¿Eh? ¿Eh? Dime. Venir, juzgar, resquebrajar e irse. ¿Pues sabes qué te digo? Que le den por el bazo a esa gente, mamá. Así te lo digo. A la gente le gusta el morbo y el regocijo en la desgracia ajena. La mayoría de la gente mide su vida a través de la tuya, estiran su «normalidad» centímetro a centímetro hasta darse por satisfechos. La gente habla sin conocimiento de causa, y los que callan deberían hablar más a menudo.

Cuando crecí, muchas veces en el colegio esa misma gente hablaba de ti, madres pedorras y libidinosas reprimidas. Pero seguí tu consejo: ver lo que uno quiere ver, y me vi a mí feliz. Contigo. Conmigo. Sin ver ni oír lo que no queríamos.

Tengo ganas de escuchar tu voz y que me cuentes qué cosas nuevas te traes entre manos. De ti me espero cualquier cosa, cosas buenas y locas. Y me gustaría compartirlas contigo, ahora más que nunca. Te admiro, mamá. Mucho. Creo que no te haces una idea. Nos veremos pronto. Te lo prometo. Pero de momento voy a seguir mintiéndote.

Lo siento, mamá. Me entenderás y me perdonarás dentro de poco.

Si pudieras cambiar un instante,
sería *ninguno*.
Si supieras la de ojos que te disfrutan,
serías *eterna*.
Nadie comparada a ti, Perpetua.
Ninguna.
Eterna.

Mintiéndome me encontré con dos balas.
Balas fieras
con verdades a medias,
balas sinceras
esperando un apagón.
Dos balas que no se quisieron separar
y terminaron en mi corazón.

6

Quizás, en este preciso instante, no sea yo quién para echar un rapapolvo referente al arte de mentir. Porque creo que es eso. Un arte al alcance de muy pocos.

Y tú, muy a pesar de tu desgracia, tienes arte en esto de las verdades estucadas. Me contaste cada mentira que se sostenía en pie por su propia roña. Porque las mentiras son mierda, Hugo. Son la podredumbre de una relación. El moho verde y esponjoso que se forma antes de tirar algo a la basura. El hedor a putrefacción en el fondo del cajón de las verduras en la nevera. La raíz muerta y estancada en el tiesto de una flor. El nicho saqueado por los gusanos. Los pelos del desagüe de la ducha que nadie se atreve a limpiar.

Mierda. Y tú te convertiste en ella cuando decidiste contarme milongas para desayunar. Para comer. Para cenar. Es caca pura mentir a la persona que amas. Es un mojón pinchado en un palo ocultar cosas a quien vela tus sueños.

Lo veía venir desde hacía tiempo. Algo —ese olor aparentemente inofensivo y casual— me decía: «Hola, Lía, ¿me hueles? Pues vengo a arruinarte tus días». Y así, con ese rastro de descomposición, todo lo que fuimos, lo que tuvimos, lo que quisimos ser se fue directo al contenedor. Al orgánico, donde la piel del plátano y las raspas de sardinas se funden hasta convertirse en algo feo. Desagradable. Repugnante. Detestado por todos.

Después de nuestra fecha de caducidad, si tú hubieras sido de otra manera, qué sé yo, una hoja arrugada de papel, y yo, un tetrabrik vacío de leche de soja, podríamos haber acabado mejor. Reciclándonos en el cubo azul. Eso sí, tú por tu lado y yo por el mío. Pero no. Tuviste que ser algo vital, y yo, solo un trozo de sesos y corazón.

Si no nace, ¿para qué arrancarnos a pedazos la noche?
Si sé que mi silueta no te mata,
si sabes que en mis brazos ya no hay guerras ni treguas que valgan.

Vete antes de que amanezca.
Vete lejos, donde las llamadas se queden de adorno en la fachada.

Ya no nace, debe de estar muerta.
Moribunda con tanto traspiés y equivocación.
A veces, no ser es la mejor intención.
Soledad nos visitó.

Recuerdo desde la primera caricia que nunca quiso ser esclava de mi piel;
hasta esta última, sierva enjaulada,
esperando una liberación más que ganada.

7

Pasan los días en el sofá de Manuela y yo no mejoro. Encima, no deja de llover y ya va una semana desde que me fui de casa. De un portazo derribé cimientos que pensaba indestructibles. Pero aquí sentada, una tarde de miércoles, mientras abajo en la calle la gente va frenética con sus quehaceres, entiendo que *indestructible* no existe. Es una farándula de bar, que corre como la misma pólvora, como la energía lunar, y traspasa cualquier frontera. Pero solo es eso. Un cuento chino que seguramente se inventó algún enamorado que tarde o temprano se la piñó. Se rompió los dientes y la nariz contra el suelo y «¡Oh!, qué pena de muchacho», pero, oiga, de pena nada, que ya somos mayorcitos y ya sabemos dónde nos metemos. Nos metemos en la gran y oscura boca del lobo con señales de neón directa al cuello para que nos muerda.

Madre mía. Y todos estos delirios los tengo sin alcohol.

He salido a tomar el aire porque empiezo a desvariar. Le he cogido unos *leggins* y una camiseta a Manuela, me gusta ese olor suyo a *nada en concreto* que me tranquiliza. Voy de incógnito por mi propio barrio hasta que llego al mar, con unas gafas de sol, el pelo recogido bajo una gorra de propaganda y esa fetidez a perdedora. Mi intención es correr unos cuantos kilómetros, darme a lo que siempre he sido: una deportista multiusos. Pero deshago pronto la idea porque no me veo con nada de fuerza, ni tan siquiera para respirar. Solo hacerlo sin pensar ya me cuesta. Paseo sin prisas por la playa de la Barceloneta porque sé que ni mamá ni el abuelo me encontrarán aquí, buscándome entre tanta gente, perdida en un mar de lágrimas. La verdad es que nunca antes me había visto así de mal. He tenido épocas mejores o peores, pero esta se lleva la palma.

Un día antes de irme de casa, antes de cerrarte la puerta en las narices, antes de tener esta pinta de *locaporlosgatos,* me despedí de mi último trabajo. ¡Al garete tres años trabajando en un gimnasio! Me fui

de él sin mucha tristeza porque sabía que solo era un parche económico para nuestra escuela. Qué bien nos vino. Antes de dejar Barcelona trabajé, por llamarlo de algún modo, en eso que siempre me ha apasionado: el baile.

Siempre he creído que te terminaste de enamorar de mí el día que me arranqué a bailar *porquesí* en el metro de Madrid. Me transformo, me dejo llevar por un maremoto de sensibilidad, mis piernas van por libre y mis ojos se cierran. Siento lo mismo que frente a un buen beso. Es algo puro que quema desde lo más hondo, y bailando es la única forma de salir ilesa de ahí.

Desde pequeña he sido muy activa, tanto que mamá me tenía que llevar con correa a pasear. Sé que te gusta esa anécdota, por eso la cuento cada vez que puedo. Al cumplir los cuatro años me hice muy cansina y en mi casa solo se veía *Flashdance* hasta que Perpetua me inscribió en una escuela de danza y ahí estuve hasta los dieciocho. Todas las compañeras me llamaban Liarte, en honor a mi nombre y apellido, y porque el bailar siempre ha sacado lo mejor de mí, y liaba a todo el mundo a seguirme. Sin excepción. Tú también te volviste más rítmico desde que nos conocimos. Me he atrevido con todos los bailes y de cada uno de ellos he aprendido algo, y al igual que contigo, termino por descubrirme a cada paso que doy.

Si pienso en esos años, en todo lo que he bailado y disfrutado, se me escapa una sonrisa. De esas que es imposible contener. Y tapa, por un instante, la sombra que me has dejado en el interior.

Cuando se cambia la perspectiva
no hay bien que por amor se detenga.
Con el mundo boca abajo,
bailemos.
Agárrate de mi cintura,
aquí,
yo soy la dueña.

8

58 TEQUIEROS

Quincuagésima octava carta desde que no estás aquí.

Escucharte, aunque sea a través del teléfono, me llena de vida, Lía. Ese repiqueteo de campanas que tiene tu risa me lo guardo yo para hacerle compañía a la infusión de las noches. ¿Cuándo lo escucharé de nuevo? Cuando estabas aquí, era más fácil hacerte reír y beneficiarme adrede de ello. Llámame egoísta, pero te prefiero así. A mi verita, carcajeando a la nada, con ese rubor en las mejillas que te convierte en todo lo que tú siempre has querido ser. Porque, no sé si lo recuerdas, siempre soñaste con ser feliz. Yo me acuerdo bien. Daba igual dónde, cómo y con quién. La meta era sencilla: nutrirte de dichas. Hubo una época en que decías que de mayor serías humorista e irías de tren en tren amenizando las esperas. ¡Bendita cara la de tu abuelo al oírte! Eres muy payasa, hija. Y ser periodista de deportes, como le hubiera gustado a tu abuelo, no estaba tan siquiera barajado en tus cartas. Que sepas que no me hubiera decepcionado de ser así, pero esa incontenible gracia tuya habría sido jodida de amaestrar.

A mí me gustas así. Libre, graciosa y sin pelos en la lengua. Irritantemente impuntual, y aunque a veces esa manía juegue en tu contra, muchas otras te hace flacos favores. O por lo menos, me los hace a mí. ¿Recuerdas el día que llegaste cuarenta y cinco minutos tarde a recogerme a mi café literario semanal? Le echaste la culpa al tráfico, pero olías de muerte a leche merengada y tarta de manzana. Eau de Pâtisserie. Pero nunca me enfadé porque la verdad es que en ese tiempo de espera conocí a Jaime. Jaime Blanch, veterinario de día, *Vetealacama* de noche.

Mientras te esperaba en la entrada del café biblioteca, noté cómo Coco tensaba la correa más de lo habitual y pensé: «¿Qué capullo está tocando al perro?». Y resultó ser un poco capullo, sí. Pero con conocimiento. Me contó que Coco tenía un sarpullido sospechoso en el hocico y que, si yo quería, él estaría encantado de llevarlo a su clínica para una exploración exhaustiva. ¡Y vaya si le di mi aprobación! Cuando llegaste ya íbamos por la tercera cita y sin habernos quitado la ropa. Y es que a mi edad, conocer a alguien que te excite física y mentalmente, sin tocarte, sin quitarle el «usted» a las frases simples, sin dobles sentidos en las miradas, es una instantánea para enmarcar. Y la enmarqué. No para colgarla en el salón pero sí para dejarla de pie en la mesita de noche.

¡Ay, Jaimito! Hace mucho que no lo veo y mira que el mes pasado comimos juntos en una tapería del puerto de Barcelona. No sé dónde debería estar, pero te aseguro que enfrente de mí, no. ¿Qué te voy a contar a ti, Lía? Las relaciones se desgastan, y más cuando no hay un día a día en el que cobijarse. Nuestra

relación nunca ha aspirado a nada más que no fuera un pasatiempo, pero a veces confundimos amor con cariño, cortesía con fantasía. Y ahí la cagamos. Hasta el fondo.

Me he puesto sentimental perdida, me tendrás que perdonar, hija.

Con tu llamada, esa que me he imaginado y que no has hecho, me quedó claro que está todo bien en el trabajo, pero con Hugo... No sé yo. Mi radar estará oxidado, pero no tanto como para alarmarme sin motivo. Hagamos un trueque de amoríos.

Posdata: tengo ganas de verte. Ya me entiendes. De verte y tocarte las ganas.

Te quiere mucho,

la loca de tu madre.

¿Y qué será lo siguiente?
¿Quererme como yo te quiero?
Qué desfachatez tan grande mirarme de reojo
mientras los rescoldos se avivan a ciegas.
Bájame la falda, no vayamos a romper la mala racha de sequía.
Quieto. No me lances beso al centro de la diana
cuando estoy tan cerca.
¿Qué será lo próximo?
¿Pensar en mí cuando te bese?

9

«¿Ves esa ola? ¿La que corre tan deprisa que no le da tiempo a ser espuma?»

«Pobrecita, Hugo. Todas tendrían que acabar siendo espuma.»

«Lía...»

«¡Tienen derecho a ello!»

«Céntrate, cariño.»

«Sí, sí. Me centro. Pero no la veo del todo bien», digo arrugando el entrecejo de forma inconsciente.

Yo solo veo azul en muchas tonalidades. El azul del mar, el azul del cielo, el azul de la tabla de surf, el azul del neopreno, el azul de tus ojos. Y las olas... Pues sí, ahí están, pero es que hoy el agua está muy fiera y no es que me dé miedo meterme en ella, si sé que contigo estoy más a salvo que con cualquier protección, pero es que me apetece ir a tu minúscula azotea y no salir de ella hasta la próxima semana. Hasta el próximo mes. Hasta el próximo año. Hasta la próxima vida. Y quedarnos solos, sin distracciones de olas, que esto de compartirte con ellas no venía expreso en el contrato.

No me pongo celosa, no me malinterpretes, pero ellas te tocan la tecla exacta, igual que lo hace mi lengua. Te hacen gozar de todos los planos que les dejas, al igual que mi cintura. Y te roban sonrisas ingenuas de la misma forma que mis ocurrencias.

Hoy me apetece tenerte únicamente para mí.

«¿Todavía no la ves? Venga, pequeña, vamos a la orilla y la vemos de cerca», dices cogiéndome de la mano.

Pero, Hugo, lo que yo quiero tener cerca es otra orilla que también tiene arena pero quema. ¡Ya te digo que si quema! Abrasa. Calcina. Achicharra. Incendia hasta el agua que anida a su alrededor. Y ese fuego solo tiene una única solución: dar lo mejor de ti en la intrusión y, si te quemas, pues te quemas, oye. Pero el agua fría que rebota en mis pies me saca de golpe de mis calenturas y baja en picado el

termómetro de mi entrepierna.

«Ponte delante de mí y mira justo aquí. En la dirección que tengo el dedo. Cierra este ojo. Así.»

Y *así* no sé, pero estoy a punto de ganarle la batalla a las olas. Claro, no cierro el ojo que me indicas, cierro los dos de golpe porque el neopreno de mi espalda y el de tu pecho coinciden de una muy mala manera. Y me giro por sorpresa y parece que pecho contra pecho también sellan de forma malévola. Sonrío y ahora eres tú quien se desconcentra, quien ya no tiene la vista puesta sobre algo azul, quien sospecha dónde hace poco estaba mi cabeza. Y otras partes de mi cuerpo de las que pierdo, con facilidad, el control.

Te beso con la urgencia propia de una ladrona. Me besas con las prisas de las marionetas por acabar la función. Que baje ya el telón. Que se terminen los aplausos. Que se apaguen los focos. Y que pongan el cartel de «agotados» en la puerta de salida.

Me gustaría hacerle una peineta al mar, para dejar claro quién manda aquí, pero tus besos me mantienen ocupada.

«No tienes muchas ganas de hacer surf hoy, ¿no?»

«No sé qué te hace pensar eso», te susurro con la mirada burbujeando lava.

«Imaginaciones mías, creo», dices antes de seguir besándome, contraatacando desde tu volcán en erupción.

Un par de gaviotas emprendieron el vuelo al mismo tiempo que un rugido gutural salió de mi garganta y me asusté, y me reí, y no aminoré las ganas que tenía de ti. Y te asustaste, y te reíste y ni por asomo frenaste el momento de tenerme para ti. Pero es que en el zaguán del amor todo es así: te dan igual las idioteces, lo único que te importa es ser feliz. Y lo éramos. Ahí estábamos, como dos caracoles desterrados de sus conchas, escondidos entre dos rocas de puntas agudas, con mis pies en tus riñones, muertos de sed, evaporando el agua del mar, con dos trajes de neopreno preparados para zarpar.

«Hugo, los trajes están casi por la boya.»

«Déjalos, déjalos. Luego los voy yo a buscar.»

Pero antes de dar con ellos, ya se habían extraviado, al igual que nuestro reparo y pudor.

Madre mía. Y madre tuya. Cómo duele ese maldito recuerdo que se me incrusta en la cabeza desde anoche. Llevo casi un día entero haciendo palanca para dejarlo ir, pero ¿qué se va a ir? Si aquí, entre mi desmigajado bazo y corazón, se está la mar de bien. Anoche me acosté en la cama con sábanas limpias que me había puesto Manu, y

taché el décimo día en el calendario. Diez días y parece toda una eternidad. Una calamidad de las gordas. Un atropello casi mortal. Sobra decir que no concilié el sueño, lo único que conseguí arreglar fue la cojera de la mesita de noche.

No fueron dos ni tres
las noches que perdí.
No imploro dos ni tres
corazones nuevos por consentir.
No quiero dos ni tres
muertes súbitas tras de mí.

10

Hoy, de camino a alguna parte, antes de perderme por la ciudad, me paré a tomar un café en nuestro bar. No te extrañará, pero no ha cambiado tanto, a diferencia de nosotros dos. En su barra siguen los dos últimos vasos que faltaron por completar nuestra colección. Yo la quise terminar para mí. Tú la quisiste finiquitar porque sí.

Me pregunto, sin más intención que herirme un poco más, hundir esta uña roja en la sangre que mancha la entrada del bar, qué hubiéramos hecho con otra oportunidad. Qué hubiéramos conseguido alcanzar. O qué hubiéramos sido con el tiempo. Pero teníamos todas las papeletas para ser *nada*. Para ser un 8 cortado por la mitad. Un 0 a la izquierda. Un 0,00 sin decimales por resolver.

Esta mañana fue la primera vez que pisé el bar sin tu presencia y sin esperar a que más tarde aparecieras por el umbral de la puerta. Fue como un burdo apaño entre mi pasado y mi presente. Una chapuza en el corazón. No se la recomiendo a nadie, porque todavía me tiemblan las piernas por querer hacerme la valiente.

Sus mesas continúan ajadas y cojas, algunas blancas y otras negras, como un gigante tablero de ajedrez que no deja a medias ninguna partida. No dudé en escoger una a conciencia. Animal de rutina y espantapájaros de novedad. Me senté a solas en la del fondo, negra, casi a oscuras, en esa que bautizaste como «tuya y un poco mía» nada más conocernos. Qué ilusa, ¿verdad? Siempre, y todo, fue «tuyo y un poco mío». Mi vida. Mi tiempo. Mi amor. Mi sueño. Todo resultaste ser tú. En ti. Contigo. Tu reina, siempre un paso por delante de la mía, metida en la caja sin estrenar.

Fue un café de recuerdos amargos y solos. Y después de él, vino el vino. Y vino para quedarse conmigo, para hacerme compañía mientras buscaba un *quéséyo* en el bar. Con el estómago vacío y lleno de cadáveres de mariposas. Qué mala combinación. ¡Madre mía! ¡Qué borrachera de desilusión! Si lo hubiera sabido, no habría tomado otra

opción. Porque me apetecía vino y nada más. Aunque verás más tarde la resaca de fallido amor.

No sé para qué te cuento esto a ti si te da igual que me duela la cabeza o el corazón. Quiero creer y no mal pensar, que no siempre te vino de más verme así. Dolorida de poro a poro, de gesto a gesto, de final a final. Herida y ensangrentada de un misil que provenía de ti. Rota sin opción a reparación. Loca sin excusa ni perdón. Quiero creer que no. Que un día, no sé cuál, una lágrima mía significó más que tu vida. No sé, quizás lo descubra con el tiempo. Con ese que no quisiste pasar a mi lado y nos faltó.

Después de apurar la copa de vino y tus recuerdos, me levanté, un tanto mareada de ti, y tras pagar en la barra, un hombre mayor, tan mayor como la experiencia misma, me dijo:

—Nena, estás muy pálida. Échale un vistazo al periódico de hoy.

Ese *nena* iba para mí, y lejos de hacer oídos sordos, le concedí el deseo. O me lo concedí a mí. El periódico se llamaba *Co(n)razón* y, abierto por la página 27, rezaba:

NO TODO SON MALAS NOTICIAS

Amaro Nada, un científico de cincuenta y seis años con residencia en Nueva York, recientemente ha hecho una declaración viral que recorre el mundo y da aliento a los corazones lastimados. Nada lleva más de media vida investigando las patologías del corazón, pero, lejos de ser un cardiólogo célebre, digamos que se ha convertido en la oveja negra de la medicina neoyorquina y hasta mundial. El último comunicado del investigador revela que «No todo son malas noticias para la ciencia y lo que no es la ciencia. Hay buenas noticias en la recámara de mucha gente, y en los periódicos, sobre todo en los periódicos, aunque no te hagas con ellas hasta el tercer vistazo», explica Amaro en su última entrevista. Quizás el doctor no exprese nada relevante, pero continúa así: «¿Saben una cosa? Presten atención y grábenme bien porque esto puede hacerle sombra a la teoría de la relatividad de Einstein. Todos han conocido el amor, ¿no es cierto? Amor de una noche, de un día, de un año o de toda una vida. Amor en cualquier sustancia, en cualquier pretexto y en cualquier cuerpo. Usted se ha enamorado y probablemente haya tenido unos 2,7 desengaños amorosos verdaderos a lo largo de su vida. Y usted también. Y usted. Y el de allí atrás. No hay pitonisas que le adviertan de esa rotura, ni vacunas que lo curen, ni rosa mosqueta que haga más liviana la cicatrización. Se lo rompen, y algún día usted también se lo rompe a alguien, aunque no sea su intención. Pero sucede», continúa el doctor dejándose llevar por la nueva revelación. Miles de científicos y compañeros de profesión ponen los ojos en blanco al escuchar sus teorías, pero el doctor Nada sentencia: «Yo hoy traigo una buena noticia porque he descubierto que de amor no se muere nadie. Que con un sentimiento tullido se sobrevive, y hasta algún día se logra ser feliz. Que no les vendan otra cosa. Lo avala la ciencia de la vida. Pónganme en duda en todo lo demás, menos en esto. Amar o Nada, solo es eso», finaliza orgulloso su nueva teoría.

Al levantar la vista, escucho:

—No todo son malas noticias, *nena* —afirma el hombre con una sonrisa atrapada en su barba blanca—. José, ponle a la *chiqueta* morena una *ratafia* y el *Co(n)razón* para llevar.

Y bajando aún más la voz, me susurra:

—A este consejo invito yo. Amaro Nada que invite a la vida.

Hojas en blanco esperando la acción,
las ya escritas, aguardan su destrucción.
Tu capítulo todavía ocupa la mitad del libro,
y ojalá se cierre ya.
No quiero posdatas tuyas,
no quiero quererte ya.
Ayúdame y vete,
compasión y ten piedad,
con pasión no vuelvas más.

11

Estas últimas noches me cuesta respirar. Me puse a reflexionar y deduje que mis pulmones se habían aliado con mi bazo y no querían trabajar. Sin corazón, sin pulmones, sin bazo. ¿Qué cojones va a ser de mí?

Pensaba que me habías dejado hueca. Y no. Siento más que en toda mi vida. Siento quererte de este modo tan verdadero porque es muy probable que no lo merezcas. Siento haber sido tan sincera contigo hasta el fin de esta mentira. Siento haber sido la fuerte de los dos. Siento haberte regalado mis días. Siento tanto. Y en cambio, tú sientes tan poco, Hugo. Siento rabia cada vez que te veo y mi corazón trota en contradirección de mis ideas. Siento que perdí cachitos de mí misma cada vez que te daba una nueva oportunidad, cada vez que en tu boca se dibujaba un «vamos nena, ya sabes lo que siento». Y no. O sí. No sé. Simplemente lo quería escuchar, ¿sabes? ¿Quién vive de suposiciones? ¿Qué dos corazones no aspiran a un querer más horizontal?

Atrápame la boca con un te quiero,
ciérrame los ojos con tus manos,
hazme cosquillas en cualquier lunar,
deja de jugar a un quiero y no puedo,
yo ya sé que no quieres y puedes,
tú ya sabes que no puedo y quiero.
Quítame esa sonrisa si no va a ser mía.

Siento decirte —bueno, la verdad es que no— que tu oportunidad de hacerme feliz pasó. Pasó y se fue tan lejos de ti que un día lo recordarás sin más. Y aunque ahora mismo hable desde el rencor más

absurdo que un ser humano pueda experimentar, desde las entrañas apuñaladas y esparcidas por el salón, hoy no siento pena de ti. Todavía no. La pena ya vendrá en algún rincón impuntual.

Ahora lo que quiero es tiempo. Dame tiempo, Hugo. Tiempo para dejar de olerte en cada rincón. Tiempo para dejar de pensarte en cada palabra esdrújula. Tiempo para hacerme a la idea de no verte más. De no querer verte más. De no necesitarte más. Dame tiempo, porque me he ganado todas las cosas buenas de la vida. Y el tiempo, ese que no quisiste perder a mi lado, es sabio. Quiero tiempo para mirarte a los ojos y aguantar tu mirada. Sin parapetos. Sin escudos. Desnuda y desarmada. Tiempo para dejar de tiritar al saber que aparecerás por detrás. Por delante. Por cualquier pensamiento. Tiempo para volver a ser yo. Mi dueña. Mi desafío. Mi musa. Tiempo para echar la vista atrás y sentirme orgullosa del tiempo a tu lado. Tiempo para volver a creer que el amor no todo es dolor.

Recordé por qué había tan poco de mí en ti,
por qué tanto de ti en mí.
Recordé por qué a mi proa le costaba tanto flotar,
y por qué tu popa nunca naufragaba.
Recordé por qué en *matarme* y en *matarte*
siempre salía perjudicada yo.
Recordé por qué al silenciar tus pesadillas
soñaba con extinguirme junto a ellas.
Recordé que ya no me querías
y que yo todavía no te había olvidado.

12

—¡Buenas tardes, basurilla! —exclama Manuela al entrar en casa.

Me besa la frente como la hermana mayor que nunca tuve y tanto pedí a los Reyes Magos.

—Hola. ¿Qué tal el trabajo?

—Uffffff. ¡Horrible! —dice quitándose los zapatos y la blusa.

—Manu, vaya tetorras se te han puesto, ¿no? ¿Qué has hecho, lagarta?

—Comprarme el *push up* más caro de la tienda. ¿Da resultado?

—¡Ya te digo! Casi me sacas un ojo desde la puerta de la calle.

—¡Qué genial! He descubierto que desde que no me siento una tabla de planchar tengo como más autoridad en el restaurante.

—Sí, sí, tienes mucha *pechonalidad,* guapa.

—No es eso. No te rías de mí, ¿eh? Siento que el nuevo encargado se me va a subir a la chepa y...

—A la chepa no, pero a las tetas... Digo, que a ver. Escúchame. Que en el restaurante nadie hace ni dice nada sin que tú no des el visto bueno. Hazme caso, que eso son paranoias premenstruales.

—Será... —objeta no muy convencida—. ¿Cómo estás tú? ¿Qué has hecho hoy? Aparte de mirar el techo y comer.

—He salido al balcón a hablar con tus cactus, los he regado y les he cantado un poco. Voy haciendo avances, Manu. Tranquila. Todo controlado.

Seguro. Todo bajo control. Claro.

—¿Te quieres venir esta noche al cine? Susana, la maître, y su marido tienen entradas para ver no sé qué película de la actriz esa rubia y el actor americano ese tan famoso. ¿Te hace?

—Sí. Sí... Ya sé cuál es. Hoy no. Otro día.

—Lía, tienes que...

—Manuela, por favor. Otro día. Te prometí treinta días de bajón y después volveré a la carga. Por favor. Por favor.

—Vale. Vale. Está bien. Vamos por el duodécimo día —finaliza la conversación con una palmadita en el hombro.

Mientras se levanta y va hasta la cocina a ponerse un vaso de agua, la observo sin reparos. Mi amiga es una ráfaga de emociones que nunca deja indiferente a nadie, y solamente ha de creerse lo que es.

—Oye, Manu.

—¿Sí?

—Gracias por dejar que arrase con tu despensa.

Hoy pasé por el parque de mi imaginación.
Aquel en el que te intuí por primera vez.
Aquel en el que te olvidé por enésima vez.
Que, a pesar de todo, no varía de dirección
ni aspiración.

13

59 TEQUIEROS

Quincuagésima novena carta desde que no estás aquí.

¡Holita, corazón! Hoy te escribo un poco aprisa y escueta desde el tren, con dirección a Toulouse. Espero que consigas entender mi letra en movimiento, aunque Jaime se ha prestado a hacerme de editor y darle el visto bueno al terminarla. Así que me parece que voy a despotricar largo y tendido sobre él, ¿te parece buena idea, hija? Jajaja. Tranquila, voy a ser buena y salvarte de ese tormento.

Por cierto, antes de que me olvide, llama a tu abuelo. Ya sabes lo que a él le gusta tenernos controladas y no esparcidas por el mundo.

No te he dicho nada de esta escapada porque ha sido en un acto hormonado en que Jaime se ha venido arriba y ha cogido tres semanas de vacaciones para recorrer juntos el sur de Francia. No le digas que ya he estado visitando todo esto, que quiero hacerme la sorprendida. Ya sabes que yo iba para actriz principal, y me quedé en suplente.

¿Cómo va la semana, Lía? ¿Mucho trabajo en el gimnasio? ¿Y en la escuela de surf? ¿Y Hugo? ¿Ya tiene la pierna recuperada? Vamos a estar seis días en el hotel del remite, envíame la carta ahí.

La espero como agüita de mayo, cariño.

Besos de los tres.

Posdata: Coco tiene un nuevo pasatiempo: comerse la comida de la gente del tren. Pobrecico, anda famélico desde la nueva dieta del *Vetealacama* y yo hago ver que no lo veo —Jaime tampoco ha visto que yo lo he visto y he disimulado —, y el tío se ha metido entre pecho y espalda un bocadillo de filete empanado de un bocado. Se lo ha robado a un niño. Un niño pelirrojo y con gafas, que lo intuyo yo. ¿Tú crees que eso fastidia mucho karma? Espero que no.

Cien son los motivos que tengo para quedarme aquí.
Cien siempre han sido muchos para ti.
Cien son las razones por las que te adoraría
como a un dios,
pero no soy creyente.

Ya no, lo fui.
Hace un tiempo que te creí.

Cien son los días que faltan para cumplir mi condena,
cien son las religiones a las que me acogería
si así lograra escapar de esta sentencia.

14

Esta noche he intentado dormir, pero he estado en vilo. Pensé que por culpa de querer descansar más cerca de ti, así que me he deshecho de la camiseta que llevaba puesta. Sí. La blanca que te regalé en la Feria de Abril. No la busques porque la cogí prestada antes de irme de casa. Te dejé todo, menos esta camiseta y mi perdón. Te quedaste con todo, sin excepción.

Arrullada a los pies de la cama, me veo en cueros para mí misma, en exclusividad y reflejada en la ventana, ante una ruidosa tormenta de primavera, maldiciendo a la prosperidad, al insomnio y al café de las ocho de la tarde.

Ya de por sí, la lluvia es sinónimo de tristeza, pero sumada a esta pena que tengo, se dispara su tasa por los cielos. No tiene pinta de dejar de llover, tampoco entre mis recovecos parece amainar la tormenta. Hubo un tiempo de agostamiento, en que el sol inundó todo el mundano espacio terrenal, pero ahora, sin ser meteoróloga, preveo sin fallo que en esta primavera no me voy a quitar el sayo hasta el cuarenta de mayo. Todavía es muy reciente tu daño y no tengo cicatriz que hable del mal tiempo y la humedad, pero de pequeña me caí y el doctor me regaló una impresión a todo color en la rodilla. Y hoy duele, no tanto como la siguiente que tendré en el corazón. Fue una historia muy común: tropecé, me fracturé, sangró, lloré, sangró, lloré más, un poco más, me envalentoné, me rompí, lloré, joder si lloré, sangró, se desinfectó, reposé, reposé, reposé, se curó y cicatrizó. Eso es lo que pasa cuando todavía no se está curada, ¿sabes? Se recae y se lastima más. Y cuando una es valiente. Porque, si no lo eres, te quedas sentada en el sofá, a la espera del alta médica, y ves pasar todo el verano con la pierna en alto entre bolsas congeladas de guisantes y acelgas. Y judías verdes. Y espinacas que se descongelan y forman una masa chiclosa que dicen que cura. Y una no sabe si curan o no curan las espinacas, pero el frío del momento hace bien, y no sabes qué será

mejor: hacerte la valiente o descansar.

Eso mismo me sucede ahora. Me hago la valiente, miento a todos, les digo que estamos bien, que el trabajo va viento en popa, que me cuidas como nadie, que nadie está más feliz que nosotros, que me paso todo el día de aquí para allá, que te como a besos cuando te veo, que me ayudas en las tareas de la casa, que «Hugo es un Arturito Fernández moderno, mamá», que «no sabe *na* el *condenao,* cómo cocina de bien» y un largo etcétera que duele nada más pensar. Les miento. A ella y a mi abuelo. Miento. Yo. Permíteme que me ría. Que me tronche. Que me descojone viva, Hugo. En tu cara. ¡JAJAJA! En mayúsculas y sin espacios. Permítemelo porque no estoy acostumbrada a hacerlo y son los nervios de saber que lo estoy haciendo mal y aun así continuar con la farsa. Permítemelo porque tú me has enseñado a mentir. ¿Sabes qué? Así fue cuando el aprendiz se comió al maestro. ¡JAJAJA! Me desternillo porque aún deberé darte las gracias por enseñarme algo, aunque sea inmoral.

Ya no sé en qué fase del desamor estoy,
si te quise pero ya no te tengo,
si te tuve pero hoy no te quiero,
si te siento todavía tiemblo.

Y la lluvia ha dado paso a un cielo opaco, aquí en la ciudad donde nadie sabe que estoy y ni yo misma sé qué pretendo del lugar. Ya es mala suerte no poder dormir en esta noche que todo me lleva a ti. ¿Dónde estarás a estas horas? ¿Lloverá allí? ¿Estarás dormido? ¿En soledad?

Sin darme cuenta, tengo los ojos encharcados de lágrimas y mis bostezos no anuncian un sueño prometedor, son como un indicador de que el cansancio hace mella, de que cuatro noches en vela ya suman cinco despierta. Todas esas horas de sueño que me robas, Hugo. ¡Maldito seas tú! Tú y tu sonrisa esculpida por Miguel Ángel. Tú y tus hoyuelos que convierten en citas célebres cada perla que sale de tu boca. Tú y tus ideas tan semejantes a las mías. Tú y tus manos tan frondosas. Tú y todos tus tú, malditos seáis.

Los grados de la habitación suben, mi enfado por ti roza niveles de la estratosfera y mi pecho se inclina arriba y abajo sin descanso; y siguen en alza los grados, y mi pecho, y más sofocos, y más «maldito

tú» resuenan en mi cabeza. Porque estoy enfadada, Hugo. Y cuando me altero, o hablo mal o me excito. Y en este caso, no descarto ninguna opción.

Por la cara me recorre agua salada, no sé si son lágrimas que te añoran, no sé si es sudor por pensarte desnudo y a solas, no sé qué demonios estoy haciendo aquí si me muero por meterme bajo las sábanas de esa que fue nuestra cama, y enseñarte que tampoco sé mentir tan bien. Besarte los hoyuelos, secuestrar al tiempo que llevamos sin vernos, arrancarle todos los minutos que no te he abrazado y colgármelos de las caderas. ¿Te he dicho ya que tengo ganas de besarte? De hacerlo muy lento, y que mi boca le cuente a la tuya una historia que termina bien, otro final diferente al nuestro.

Porque los hay, Hugo. Hay amores que imantan, que pegan tan fuerte en el alma que no dañan. Hay amores que comienzan en negativo y acaban en positivo, porque siempre queda viva la pasión. Hay amores que se repelen hasta que uno llega con la ropa interior en los tobillos y de las brasas nacen los fuegos de artificio más grandes del planeta. Hay amores que se respetan aunque su misión haya caducado, aunque su último disparo agotó la paciencia de ambos. Hay amores que nunca lograrás entender porque no quieres, porque no te lo mereces. Hay amores que no tendrás más que contigo mismo. Y no te envidio por ello. Créeme.

Aunque no los experimentes nunca y aunque esté aquí sentada, enfadada, golpeada, desorientada, de brazos cruzados y piernas abiertas, me gustaría estar contigo. Para decirte todo esto después de hacer el amor. Varias veces. Una y otra vez. Pero me tengo que conformar con odiarte en la distancia, con dejarte de querer aunque a ratos sienta que no me hace bien. Fuiste mi mejor alternativa, pero ahora ya no te veo como una opción. Aunque me contradiga.

Déjame odiarte esta noche un poco menos que mañana, quítame esta sombra tuya que me persigue allá donde decido ir. Guía mis manos a través de las sábanas y mi piel, para llevarme hasta allí donde siempre me esperabas con un guiño, al aguardo de llegar juntos a las puertas del edén. Yo, tu Eva sin pudor, inocente y llena de los dos. Tú, mi Adán de película, lascivo y hambriento. Visitando el paraíso al anochecer, en cualquier senda, en cualquier bosque, en cualquier habitación prohibida si te pedía la manzana maldita. Y es que nunca me decías que no, Hugo. ¿Lo ves? ¿Por qué no me lo pudiste negar? Una noche, una sola hubiera bastado para mirarte distante, pero no. Tuviste que concederme todos los requisitos lujuriosos de mi lista. Y

con creces. ¿Cómo me acostumbro ahora a no tenerte?

Aunque las vueltas en la cama son un kamikaze sin control, con el sudor y el embozo trepando por mi espalda llego a verte, al filo de mis dedos, muy sutil, pero eres tú. Tú aquí. En mí. Siempre serás tú, aunque no te des cuenta de ello.

De noche te veo más que a la luna,
luna que brilla más que esta canción.
De noche siento que muero,
y de día, recuerdo que ya no estoy viva,
que tus besos me dejaron en coma
por culpa del calor.

15

Conocernos, de esa forma tan torpe y estúpida, no entraba en mis planes. Siempre había fantaseado con encontrarme «de casualidad» al hombre que me alterara el pulso entre «atropellos accidentados» o alguna otra situación cursi. Muy a lo Jennifer Aniston. Yo con una falda negra de tubo, una camisa blanca, impoluta, semitransparente, con los pechos turgentes e inteligentes, empezonados y bailando a cámara lenta, con tacones vertiginosos, con un bolso carisísisisisimo colgado del brazo derecho —que vi en un blog de moda que en el brazo izquierdo solo lo llevaban las paletas—, el cabello con ondas surferas —porque yo era guapa y lo sabía, y me acababa de levantar a las siete de la mañana con una sonrisa y el pelo así, *comosinada*—. ¡Ah! Y un termo con algún mensaje rollo *You are beautiful!* lleno de café con leche de almendras, dos cucharadas de azúcar moreno, una bruma de nata, sin lactosa, 0% libre de azúcares, espolvoreado con nuez moscada y canela, debidamente calentado en el caldero de Satán. Cruzando algún paso de peatón de Plaça Catalunya, caminando sexi, segura, hipnotizando con mis curvas a la gente que osaba cruzarse por mi camino, hasta llegar a la panadería. Porque todo eso era para ir a comprar el pan. Y en la entrada de alguna *fleca* con glamur, entre panes de centeno y de kamut, encontrarme al hombre de mi vida.

Pero no pudo ser. Un martes 13 de diciembre tuve una entrevista de trabajo en una academia de baile clásico y de salón a la que no pude acudir. Atropellaste a Coco sin querer y casi a mamá. Yo iba de camino a la academia y había salido con tiempo para tomarme una infusión en una terracita cubierta que descubrí un día y me encandiló. Me puse unas mallas y un maillot negro, me escondí bajo una gabardina ciruela y unas botas de pelo cómodas y calentitas, la ropa de calle la llevaba en una bolsa en el hombro, aunque antes de salir de casa la dejé porque pensé que para qué la quería. Mamá me llamó en el momento exacto en que me servían la infusión y de un salto fui a la

clínica de su *Vetealacama*. Y ahí estabas. Con la mirada perdida, apretando las pequeñas manos de mamá entre las tuyas robustas y callosas, con la sudadera salpicada de gotas de sangre de Coco, con los tejanos raídos y unos hoyuelos que me paralizaron al ver lo que había entre ellos. Ya sabía que un día te besaría.

«Mamá, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Y Coco?»

«Cariño, tranquila. Estamos bien. Hugo nos ha traído en su coche.»

«Hombre, pues qué menos, ¿no? ¿Casi te atropella, mata a tu perro guía y se va de rositas? Encima le tendré que hacer la ola, Perpetua.»

Así te lo solté, mirándote fijamente a los ojos, sin pestañear, desafiándote, por imbécil, por estúpido, por *saltasemáforos,* porque casi me matas de un susto y me dejaste sin entrevista de trabajo.

«Tienes razón, lo siento.»

«Claro que la tengo, majo.»

¿Majo? ¡Uh! Qué cruel fui contigo, Hugo. Creo que es tu aroma, que atonta a cualquiera que te tenga cerca porque se me evaporó el mosqueo antes de abrazar a mamá. Me contó que, recalcando el «sin querer, lo ha hecho sin querer, Lía», quisiste pasar cuando el semáforo ya se había puesto rojo y Coco no te vio venir. Pobrecico Coco. Hizo de Celestina pero le salió la jugada un poco cara: fractura de fémur en dos partes y cuatro meses de recuperación. Insististe mucho para llevarnos hasta casa, ya que Jaime me dejaba su coche, pero mamá es que es muy blanda. O su radar se activó como por arte de magia. No hablé en todo el trayecto, y la verdad es que el silencio tampoco me molestó. Te observaba conducir de perfil, a través de unas gafas de sol, con los labios un poco separados entre sí, sin tocarse, salvaguardando una lengua que dejabas entrever en los momentos de máxima circulación. Encendiste la radio y sonó: «Pisa la vida y arranca, esto no ha hecho más que empezar. Girando como una noria. Nos fuimos en tu coche rumbo: lejos de cualquiera...».

¡Venga ya! Pensé qué Pereza tendría el destino si te había puesto así sobre el mío.

Llegamos al portal y, sin despedirme de ti, cogí la mano de mamá para enhebrarla en mi brazo.

«Cuidaos. Y si necesitáis ayuda os puedo dejar mi teléfono...»

«No hace falta. ¡Gracias!»

Y cerré la puerta y mi oportunidad contigo. Pero más tarde me contaste que misteriosamente había aparecido un papelito con la letra de mamá y mi número de teléfono en el asiento trasero del coche. Maldije por las clases de escritura y por Perpetua, que ya se podría

meter en sus malditas cosas de madre ciega.

Te vi
y supe que hoy,
sí.

16

60 TEQUIEROS

Sexagésima carta desde que no estás aquí.

¡Estoy hasta arriba de oxitocina, hija! Vaya subidón. Calamocana de amor. Aunque me estoy conteniendo bastante, no vayamos a comernos todo el bufet hoy y mañana tener que ayunar. Ya sabes qué opino del amor, de su locura y de hombres como Jaime, pero quizás haya estado equivocada desde siempre. No sé qué decirte, cariño. Es probable que tu madre no sepa nada de la vida y del querer a sus cincuenta y cinco años de edad. Dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo, pero me estoy planteando realmente mis reconocimientos sobre el tema.

Hemos dejado atrás Toulouse, pero mi alma se quedó allí con ella. No la recordaba tan tranquila, incólume, pura y bella. Te dije que me haría la sorprendida al llegar, pero es que realmente no he tenido que actuar demasiado. Me ha sorprendido Toulouse, para bien. Y Jaime, para muy bien. Creo que se ha mimetizado con el espíritu de la ciudad y ha dejado en Barcelona todo lo que le oprimía el pecho. Hasta lo siento más joven, con menos peso sobre sus hombros, más ligero en todos los aspectos. Y a mí eso me hace volar, Lía. Con Jaime siempre llevo el freno de mano echado, de manera consciente y sin excusas que valgan. Ya sé. Ya sé lo que opinas sobre eso, sobre «que fluya, mamá. ¡Que fluya!». Lo sé, hija. Que fluya, pero que a mí me coja con la coraza en alto. Que sea lo que tenga que ser, pero que no me dejen mal parada. Que *la vie est belle* y dura dos días. Y ya sé que así es imposible querer ni dejar que te quieran, pero he vivido mal todos estos años de estar y no estar con o sin Jaime. O eso pensaba hasta este viaje.

Quisiera contarte esto mientras nos tomamos una infusión y unos hojaldres de cacao cerca del mar, en Port Vell, dos confidentes metidas en un caos salino. Pero tú tienes tu vida y tus cosas lejos de casa y yo necesito contarte que me cago por las patas abajo. Sí. Tu madre se caga de miedo. Miedo a ser feliz. Me entra la taquicardia cada vez que Jaime me arrulla de una forma distinta a la anterior, Lía. Y pienso que si cada día tendrá una caricia nueva, un «me gustas más que el jamón del bueno, Perpetua», una canción antigua que habla de nosotros, yo lo compro. Me desmorono ante el nuevo Jaime.

Junto a Coco, hemos comido y caminado más que en toda mi vida. Me he declarado fan de la *cassoulet,* que poco tiene que envidiar a nuestro cocido. No sabes cómo se lamía los bigotes Coquito. Todas las tardes las hemos despedido a orillas del río Garona. Con las manos entrelazadas en el lomo de Coco, acariciándole el pelaje canela y el hocico frío, él tumbado encima de mis piernas

y yo notando a la altura de su garganta el gruñido de la felicidad. Creo que tiene complejo de gato y se siente frustrado por no poder ronronear.

A través de la tosca voz de Jaime he conocido todas las esquinas de Toulouse: la plaza del Capitolio, la basílica de San Sernín, el puente de San Pedro, la Daurade... Pero tal y como me ha descrito los atardeceres en esa orilla, me ha parecido conocer por primera vez toda la paleta del arcoíris. Su blanco, su amarillo, su rosa, su verde, su naranja. Su azul. ¿Sabes que ya entiendo la diferencia entre el azul celeste y el azul oscuro? También entre fucsia y carmesí. He podido ver cómo muere el sol lentamente sin más preocupación que esa. Me ha descrito tanto que, por unos días, he dejado de fantasear con el «y si algún día lograse ver». Tú, más que nadie, sabes de qué hablo. Hablo de esa libertad que solo se palpa al final del tuétano, ese pinchazo de adrenalina que te inyectan en el corazón. Lo he sentido, Lía. Y tengo miedo.

El tercer día hizo un tiempo propio de agosto y nos decantamos por una visita guiada con degustación de vinos y quesos ecológicos. ¡Te hubiera encantado! A mí me chifló. Coco llenó todo el suelo de babas de puro placer, y no le culpo porque yo hubiera hecho lo mismo de haber sido una perra. Jaime no salía de su asombro al verme catar esos manjares con tanta profesionalidad. Ya le advertí en el hotel que mi olfato no era moco de pavo, y de regreso, él al volante de mi risa y del coche, entre carcajadas y bebiendo a morro de la botella que nos regalaron, me dijo que seguramente fui sumiller en otra vida.

Ahora ya vamos con dirección a Montpellier y yo no voy a tardar en echarme una cabezadita porque estoy agotada. Esto de ser feliz también cansa.

Posdata: tengo un regalito para ti. Un paquete de la famosa quesería Demisinti.
Achuchones grandes, cariño.
Te quiero.

Esa cabezonería por acabar
todas nuestras guerras
en tu sonrisa.

17

—Hola, ¿está Manu?

—¿Perdón?

—¿Está Manuela?

—¡Ah! ¿La chef García? Sí. Voy a buscarla. ¿De parte de quién?

—De Lía.

—Entiendo.

«¿Entiendo?» ¿Qué entiende? Pero hoy me he levantado con las ideas un poco más claras y no voy a buscarle tres pies al gato. Hoy no. Miro el restaurante un par de veces porque desde la última vez que estuve aquí ha cambiado mucho. Me esperaba todo más moderno pero no, en verdad parece que he entrado en la máquina del tiempo. Las mesas, las sillas y la decoración son todas de madera, como cuando vas de pícnic a un bosque y te encuentras unos árboles debidamente tallados en forma de bancos y mesas, la única diferencia es que allí no te quedas con hambre y no te apuñalan con una daga al pagar la cuenta. Todo lo demás es blanco: los manteles, la cubertería, las lámparas, las copas, el suelo, y hasta los comensales creo que son un poco albinos. Los camareros dan el toque de color como un anuncio de Benetton.

—La chef saldrá en diez minutos, me ha recomendado que se siente en la barra y deguste un *kukicha.* Invita ella.

—¡Genial! No me lo cargues demasiado. Bueno, va, venga. Larguito. Que no conduzco.

—Perfecto. Un té *kukicha* sin miedos. Ahora mismo.

¿Té? Muy propio de Manu. La verdad es que son cómodos estos troncos que hay en la barra, todo lo que tienen de feos lo tienen de prácticos. A la mayoría de las cosas les sucede lo mismo. Para la boda de Manuela y Enzo me pasó algo similar. Fui su dama de honor y hasta la tarde anterior a la boda no sabía con qué me iba a calzar. Lo mejor que se me ocurría era ir descalza, pero a doña Chef Perfecta no

le parecía muy decente. ¿Acaso ella sabía lo que era calzarse unos tacones sin tener tres uñas en los pies y las restantes a medio crecer? Las putas puntas de ballet que te dejan sin vida social en un santiamén. Al final fui cómoda, muy cómoda, el único inconveniente es que mareé al fotógrafo y lo soborné para que no me hiciera fotografías de las rodillas para abajo.

Qué rico está el *kukicha*. Le voy a decir que se traiga una bolsita de estas hierbas para casa. A lo colega yonqui.

Ahora que he recordado la boda de Manu ya no me siento tan fuerte como hace unos minutos. Ese enlace fue el mejor en el que estaré nunca. Incluso mejor que mi futura boda, que nunca se va a celebrar. Solo había que ver cómo Enzo y Manu se miraban, cómo se entendían, esa complicidad que se da en uno de cada mil millones de corazones solitarios. Se casaron en una masía con los familiares y los amigos más íntimos, y Manu se encargó de que todos disfrutaran como era debido. ¿Te acuerdas de eso, Hugo? No dejaste de besarme cálidamente en los labios durante toda la ceremonia y al acabar, me susurraste, apartándome un mechón de pelo de la oreja: «Seamos eso. Algo invencible. Cásate conmigo, Lía». Y me lo tomé a cachondeo, porque sabía de tu sarpullido al escuchar la palabra *compromiso*. Pero me equivoqué. No bromeabas. No me hablaste más en serio en toda tu vida.

Al día siguiente nos despertamos en una habitación de la masía, con la luz cerca del mar de la Costa Brava bañándonos a su antojo, felices, sedientos el uno del otro, e hicimos el amor varias veces. Hicimos ese amor que solo tú me has hecho a lo largo de mi vida, esos jadeos que solo tu boca provoca en la mía, ese ritmo de frenesí que solo tus manos acompasan mis caderas, esa locura, ese éxtasis, ese delirio, eso que tan bien me haces. Eso que también quisiera ahora. Eso hicimos, Hugo. Me subiste a las estrellas para quitármelas de un manotazo, como a una niña chica que le riñen por querer asomarse al balcón. Me asomé y me caí. Ese día, después de la boda de mi mejor amiga, me lo volviste a decir. Sin interrogante. Sin pregunta. Sin indirecta.

«Cásate conmigo, Lía.»

Así. A bocajarro. A quemarropa te dije que sí.

—Dormilona, ¿en qué piensas? ¿Te ha gustado el té?

—¡Está buenísimo! ¿Por qué no tienes en casa?

—Sí que tengo. Está justo detrás del café.

—Presiento que se te va a acabar. Está realmente bueno, Manu.

—Todo tuyo. ¿Cómo estás?

—Bien, estaba pensando en lo cómodos que son estos troncos.

—¿Troncos? Ojalá lo fueran, porque no sabes la pasta que costaron. Me los trajeron de Alemania y...

—¿Vamos a dar una vuelta y me lo cuentas? Necesito respirar aire limpio.

—Pues aquí en Barcelona...

—Perdón, necesito aire *putrefactolimpio*.

—¡Ah! Vale, entonces sí, vamos a pasear. Te veo mejor cara, cariño. Me gusta. Se nota que estamos en el ecuador de tu apatía. Ahora con una pizca de sal y un *vuelta y vuelta* te vendrás arriba, amiga. Hazme caso.

Y nos fuimos. No sin antes pegarle un rapapolvo a una camarera y dar el visto bueno al programa de las cenas. Vaya *superwoman* tiene el panorama culinario de mano de Manuelita.

Me debes una noche a la deriva
¿y qué me traes?
Un momento de cordura.
Deberías replantearte la locura
porque de ella también se puede vivir.

18

Se me amontonan los días en el calendario y en la espalda, la contractura de las cervicales tiene vida propia y seguramente no tenga remedio y permanecerá como una roca incrustada en mi cuello para la eternidad. Si esta mala época solo me trajera eso, me podría apiadar hasta de mí. Un día el abuelo me dio un calmante para las cervicales que resultó ser mano de santo, y estoy segura de que algo tendrá para el mal de amores. ¿Y si se lo cuento?

Después de tres días de lluvia intensa, de orvallo sin tregua, el cuarto amaneció sin nubarrones a simple vista. Seguramente más tarde, cuando decida tender el pijama limpio y salir a respirar a la acera, llueva. Mi vida últimamente se rige por la ley de Murphy, lo único que mi tostada no cae por el lado de la mantequilla y la mermelada, no. La mía se suicida por la ventana del balcón, y antes de llegar al suelo, ya ha sido comida de algún pajarraco o gorrión.

—¡Buenos días, abuelo!

—¿Lía? Pero bueno, hija mía. ¡Qué sorpresa! Déjame que apague la televisión, que la tengo muy alta.

Pues la verdad es que sí. Se le ha notado atravesada de punta a punta de la voz la emoción de tener noticias mías. Por lo menos alguien se alegra de escucharme, a mí y a mi bazo. Como si lo viera a través de un agujero, seguramente lleve más de dos horas sentado en la mesa del comedor, con dos platos hondos, uno para las cáscaras de las judías recién cogidas y el segundo con habas seleccionadas para hacer una señora tortilla. Y de fondo, algún programa de política para encresparse sin remedio y poder blasfemar, «verás, verás dónde va a parar el país».

—¿Qué hacías, abuelo?

—Pues nada, niña. Aquí estoy sentado, con los pies en alto, pelando las judías que esta tanda han salido bien hermosotas, y voy a hacer una tortilla de habas para comer. ¿Y tú? ¿Qué vas a comer?

—Cualquier cosa, abuelo. Lo que tenga en la nevera.

—Lía, comed bien, que Hugo es un bicho grande. Que el que no come se muere, y yo he *criao* vacas gordas y lo sé.

—Sí... Ya, abuelo. Lo sé. Lo sé.

—Es que donde esté una tortilla, que se quite todo, hija. Ni *pishzas* ni *Maldonal*.

—Sí...

—No. Sí. Sí, no.

—Vaaaaaale.

La verdad es que el abuelo siempre me hace reír con sus frases, que no entiendo, salvo si mi madre me las explica. Después de más de cuarenta años residiendo en Barcelona, todavía se le nota el deje andaluz, se le escapa entre sílabas la gracia innata para solventar la vida tan cruda que le ha tocado vivir. Llegó a la Ciudad Condal con apenas veinticinco años y, hasta este mismo invierno que se ha jubilado, ha trabajado en cualquier cosa que se le ha cruzado en el camino.

—¿Cómo está mi querida Tarifa? ¿Levante se despertó bravo hoy?

—Bravísimo, abuelo. Valiente como el que más. El cielo despejado y el mar recibiendo a la gente con los brazos abiertos. Los surferos hoy están la mar de *salaos*.

—¡Qué tunantes! Cómo echo de menos aquello. Empápate bien de esos días, hija, que en Barcelona hemos tenido días y días de lluvia, y mi cadera me dice que no va a aflojar.

—Lo haré. ¿Cómo estás tú?

—Bien, niña. Tirandito, ya sabes que con el alma en vilo cuando tu madre no está.

¿Cómo? ¿Que mamá no está? ¿Dónde está? ¡Maldita Perpetua! Bueno, maldita yo por no llamarla. Pero ¿por qué esta mujer no se quedará quieta en casa con su macramé y sus infusiones? Tengo que continuar con el plan porque ahora sí que no le puedo contar al abuelo que su nieta está grave de mal de amores y su hija *vetetúasaberdónde*. El alma del abuelo se aflige sin mamá. Es como una vela falta de mecha si ella no está cerca. Un día me contó que un padre también quiere como una madre, que lo que la gente dice no son más que paparruchadas sin fundamento.

—Pero mamá está bien, abu..., ¿verdad?

—Sí, está feliz ¡Por eso mismo! Miedo me da.

—Perpetua es mayorcita.

—Sí, hija. Es mayorcita. Pero si te lastiman el querer da igual los

años que tengas. Eso hace ¡crac! en un segundo y puedes estar toda una vida para repararlo. Hoy en día, la juventud, que anda como pollo sin cabeza... No sabéis lo que es el querer. Ya lo creo yo que no.

—Que sí. Yo sí que lo sé.

—Es que Hugo ha tenido mucha suerte contigo, cariño. Y tú con él, pues un *puñao* también.

—Sí...

Cambio de tema del abuelo. De Guatemala a Guatepeor.

Inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar. Apretar dientes. Contener las lágrimas. Evitar maldecir a Hugo y a Cupido. Inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar.

—Por cierto, Lía, ¿ya tenéis fecha para la ceremonia? Le comenté a don Mauro, el capellán de Santa Anna, que mi nieta se casaba y no sabes lo contento que se puso. Me dijo que fueras a hablar con él. Os podríais escapar un fin de semana y subir hasta aquí, pequeñaja. Cuando vuelva tu madre, seguro que está deseosa de contarte todo el viaje.

—Seguro que sí, pero tenemos mucho trabajo este mes. Hugo está atareado con las clases de la escuela porque hemos ampliado los horarios de windsurf. Y en el gimnasio no doy abasto y me cambian el horario cada dos por tres.

—Bueno, hija. Acordaos de vivir también. Tanto trabajar no es vida.

—La juventud...

—... que no vale *pa na*.

Nos reímos al unísono. ¿Y si le decía al abuelo la verdad? Tardaría apenas veinte minutos en llegar a casa, ponerme una sudadera grande de mamá y ayudarlo a hacer y a comer la tortilla, sin dejar de llorar y regocijarme en esta apatía que siento. ¿Qué perdía por contar lo ocurrido? ¿Y qué ganaba con seguir mintiendo?

—Bueno, niña. Anda, ve a hacerte algo rico de comer.

—A lo mejor me hago una tortilla.

—Es una buena elección.

—Nos vemos pronto, abuelo.

—Lo estoy deseando, cariño. Te quiero.

Y me hubiera gustado decirle que yo lo quiero más, pero la voz se me quebró en cristales irregulares que guillotinaban cualquier intento de hablar.

Seguía mintiendo y, a cada mentira, me la iba creyendo un poco más. Milonga gorda que crecía. Milonga que se alimentaba de

fantasías, de recuerdos ya agotados, de desastres que me iban aniquilando el interior. Milonga que me consumía al borde de la destrucción, como un cigarro que fusila pausadamente a su víctima y le da tiempo para cavar su propio foso.

Dardos que vienen,
ilusionan,
sonríen,
reconfortan,
enamoran,
alimentan,
decepcionan,
mienten,
duelen,
desenamoran,
sangran,
suturan,
y van.

19

Que se pare el tiempo si nos ve venir.
Que se subleven las pecas.
Que se deshumanice la razón.
Que se casen las mentiras.
Que se abriguen con un adiós tus manías y las mías.
Qué sé yo de lo insano para el corazón.
Qué sabrás tú de los suspiros que yacen entre los dos.

Que si me quedo será para siempre,
que si me quemo será con tu fuego.
Pero que sepas, ingratamente y a despecho,
que hoy no vuelvo a ser nada.
Que hoy me vuelco por ser algo más que una mancha en tu espalda.
Ya no sé cómo decirte que lo siento;
que lo siento por quererte sin reparos.
Ya no sé cómo decirte que te absuelvo,
que sin cadenas te vayas o vengas,
que no te quedes más entremedias.

Hago ver que cocino y, mientras, pienso. O siento. O me deshago de la misma forma que la mantequilla sobre el fuego. No sé a quién pretendo engañar vestida con este delantal, pero el desastre que salga de los fogones me lo pienso merendar de todas formas.

Suelo tachar los días del calendario al irme a dormir, como en uno de esos rituales satánicos que vi un día por la televisión y que no me quito nunca de la cabeza. Decían que de noche tiene mayor efectividad, pero hoy, ya tachando el día 16, he querido hacerlo a la luz del día. Manuela se ha ido temprano de casa, seguramente habrá

ido al mercado y después al restaurante, pero ha entrado en mi habitación. Lo sé porque ha corrido las cortinas de la ventana para que el alba no me importunase el sueño, me ha arrullado, quitado el pelo enmarañado de la cara y, durante unos largos segundos, me ha contemplado desde el cariño más puro del mundo.

—Eres fuerte, Lía Arte —ha susurrado una tierna Manuela.

O eso o es que lo he soñado. Sea por el motivo que sea, me he envalentonado con este decimosexto día que parece Año Nuevo: lleno de buenos y cortos propósitos.

Siempre fuiste casa,
humilde hogar,
con vistas al paraíso.
Mi balcón con luna y sol,
que hablaba de pasión
y de una mesa para dos.

20

Los propósitos de Año Nuevo son los padres. Todo de mentira. Hoy no tengo nada pensado, solo ganas de mí. Ganas de ti. Ganas de un *nosotros* de atardecer. De amanecer. De cualquier hora. Y por supuesto, lugar. ¿Qué esperas de una mujer con el corazón en la muñeca? Dime. De verdad. ¿Qué piensas? Nada de clichés. Poco de rodeos. Medio de zalamerías. Y mucho, mucho de verdades contenidas. Sincera sincronización con alto voltaje de amor.

Siento ansias por tenerte bajo mis besos, hacértelos conocer todos de principio a fin. Y sin que sirva de precedente, siempre dices que escondo un repertorio gradual de *mucho* a *mucho más.* Hoy son *mucho más* porque hace demasiado que no te veo. Y me vuelvo loca solo de pensarte. De comerte. De beberte. No empacharme. Inhalarte. Y jamás exhalarte.

Recordarte, con un latido, lo que fue verte por primera vez.

Enseñarte, con un suspiro, todo lo que nos quedaba por recorrer.

Maravillarte, con una sacudida, por las noches que ya no te regalaré.

Amanecerte, *con-migo* y *con-tigo,* tras tu silueta desnuda de apabullada indiferencia.

Y cuando regreses aquí, y al fin de toda esta agónica espera te tenga, apostaré el resto de mis vidas en alguna timba ilegal. Sin echar leña al fuego ni quebrarme de agotamiento por si gano o pierdo. Estarás junto a mí y este merecido premio, el tenerte aunque sea un minuto eterno, aquí, igualará a la mejor vida que jamás pude imaginar.

Te quiero cuando te echo de menos y te extraño cuando duermes muy cerca de mí. Aunque tú no me entiendas, y yo muy a menudo me pierda, ve(n)te ya. Es hora de apagar la luz, abrazarte y entender que la vida no se va a echar a perder mientras tenga mono de ti. Porque sí, hoy tengo mono de ti y esta desintoxicación la carga el diablo.

Y hoy el día se nubló,
al igual que el beso que te aguardaba a ti.

21

61 TEQUIEROS

Sexagésima primera carta desde que no estás aquí.

Oye, hija, ya sé que soy una madre muy plasta —no te voy a quitar la razón— y bastante atípica —ídem—, pero me podrías contestar. Aunque solo fuera para enviarme a tomar viento y preguntarme por Coco, el cual no ve el momento de sentarse encima de ti y lengüetearte las manos, los brazos, la cara, los pies y todo lo que le dejes.

Imagino que tanto Hugo como tú vais derrapando de aquí para allá. He visto en la aplicación del móvil que tenéis un tiempo de caerse muerta una. Por eso, imagino también que después de las clases y del gimnasio iréis a disfrutar de vosotros dos solos para hablar de la boda y sus preparativos. No te estreses, Lía. Casarse está sobrevalorado. Gastaos lo menos posible en la gente, y lo demás, en vosotros. En vuestro viaje de novios, como Cupido manda. No os empecéis a romper la cabeza en tonterías del banquete, regalos para los invitados y demás monerías. Por mí, como si os queréis casar en el bar de Santi con una ronda de chopitos, tortilla de camarones y brindamos con jerez, que ahí en Tarifa se te hace la boca agua con todo. Porque os casaréis ahí abajo, ¿no?

Espero que nos veamos pronto y me cuentas todos los detalles. Me gustaría ayudarte en todo lo que pueda, hija.

Nosotros llevamos dos días en Montpellier y, si en Toulouse quemaba con caminatas todo lo ingerido, aquí lo guardo bajo llave en las cartucheras. Manera número 1 de conocer un país: comiendo. ¿Acaso hay alguna otra forma? Manera número 2 de conocer un país: valorando la importancia que le dan a la siesta. Y ahí he de decirte que tengo el corazón dividido.

Como siempre, llevo el bolso cargado de anécdotas. Te cuento mi última hazaña francesa:

Aquí, en Montpellier, nos alojamos en casa de Adrien, uno de los mejores amigos de la infancia de Jaime. Cada mañana, Caroline, la mujer de Adrien, monta un despliegue monárquico para desayunar y ayer me ofusqué un poco. Ya me conoces, que a mí tanta actividad y pomposidad me pone de los nervios, así que puse como excusa a Coco y «su momento de intimidad matutino» para despejarme por el barrio. No sé por dónde fui, me dejé guiar por los olores de la ciudad, que, por cierto, ¿sabes que uno de cada tres locales es una *boulangerie*? No hay estudio que lo avale, pero lo dice mi olfato. Tras unos quince minutos de paseo no me pude resistir a la hipnótica fragancia del chocolate fundido, nata montada, manzana caramelizada, crema de avellanas... ¡Toda la puta calle con olor a paraíso! Me senté en la primera terracita donde palpé su buen ver. Me pedí

un *espresso* y la camarera, con un acento francés sureño que parecía tararear una nana, me preguntó: «Voulez-vous quelque chose d'autre?». Así me lo espetó en la cara, con una sonrisa en los labios. ¿Cómo me va a hacer a mí —¡A MÍ!— tal proposición, sin haber desayunado, con las tripas rugiendo e implorando un chute de azúcar? Me di por vencida y pedí la carta. Antes de abrirla pensé en ti y en lo que te hubiera gustado estar sentada a mi lado. Así que, por ti y por mí, pedí: una crêpe de chocolate, cuatro *èclaires* —dos de vainilla y otros dos de nata —, un cachito —*petit, s'il vous plaît!*— de tarta Tatín y seis macarons de diferentes sabores.

Lía, estaba TODO tan rico... Coco aspiraba las migas antes de que tocasen el suelo. No sé cuánto tiempo estuve sentada degustando todas esas delicias, solo sé que de repente Jaime gritó mi nombre y me abrazó. ¡Cómo le gusta dramatizar a este hombre! Se asustó, rozando el punto de llamar a la Policía, porque estuve fuera de casa más de una hora y media hinchándome a dulce. ¡Soy la puta ama, cariño!

Qué pena me va a dar volver a la realidad ahora que me estoy acostumbrando a ser feliz, a ir cogida de la mano de Jaime por cualquier acera, a ver las cosas en su color original. Todavía no se me ha pasado el miedo a cagarla, pero lo acallo con comida.

Me despido por hoy, culo gordo. Llámame.

Besos y abrazos con empacho de chocolate.

Te quiero.

No temas si no ves la luz,
no temas si no escuchas mi voz,
no temas a la soledad de la noche.
Teme a aquel que se oscureció,
teme a aquel que no cantó,
teme a aquel que se vio solo entre la gente.

No me temas a mí por quererte,
por adularte, por aguantarte.
No tengas miedo de mí contigo,
no tengas miedo de ti conmigo.

22

Bastaría con ponerme de rodillas ante tu desconcierto
y dudar,
pero hace tiempo que no me crees
cuando te robo besos olvidados a los pies de la cama.
Cuando me enfado sin enfadarme al verte llegar antes de las diez.
Cuando me visto con carmín para ti los mediodías en que no tienes previsto venir.

Pienso que todo está cambiando.
Y quizás no me falte razón.
Ya sé que te gustaría velar mis sueños noche a noche para conjugarlos con los tuyos,
pero la cama se queda corta cuando me ve llegar hacia ti.

Quémame a *tequieros* los miedos
y, mientras, celebramos su huida y la nueva vida.
Sí. Sería una buena moraleja para esta historia.
Desbarajustar las reservas de tu despensa,
mezclar todo lo prohibido con lo sano,
e inyectarnos azúcar por las venas.
A ver si con esas
lograse despertarte de esta siesta para hacerte entender que
el orden de tus miedos altera el dulce producto final.

Hay un caos en mi despensa tan grande como en mi cabeza, no tanto como en mi corazón. Vamos a rozar la veintena de días en que no nos vemos, y no sé tú, pero a mí me pesan. Voy arrastrando los pies a cada paso que doy, a cada mentira que digo, que desde que no te veo van *in crescendo.* Esta tarde me he acercado al Museo del Mar, que

tanto te gusta, le he echado varias horas al asunto de perderme y casi lo consigo; la putada es que estabas presente en cada explicación, en cada oleaje, en cada azul. Y había mucho azul en alta mar, pero ninguno tan intenso como el tuyo. Ni azul cielo, ni azul marino, ni azul pitufo eres tú. Tú eres un azul propio, Hugo. Ninguno era tan profundo como la última vez que te vi. Llevabas un par de ciclones en la mirada e ibas sin gafas, lo recuerdo bien. Te recuerdo entero, más que yo, aunque tampoco tiene mucho mérito porque me desmorono fácilmente ante ti.

No te dije que me iba. Quiero decir, no te dije que me iba para siempre, para no volver. Te dije que ya vendría y no sé si te importó; si fue así, lo disimulaste bien. Me fui, Hugo. No voy a pedirte perdón. Dejé atrás nuestra vida que hacía tiempo que se nos había atragantado en plena digestión. Ojalá lo hubiera sabido hacer de otro modo para ahorrarme a mí este dolor. Ojalá encuentre la cura para dejar de quererte antes de destruirme yo.

Siempre,
nada,
me mirabas tú.
Nunca,
todo,
se derrumbó el amor.

Te añoro y te veo bien,
en mis sueños,
te deseo y no solo
cuando duermo.

23

Deambulo sin rumbo fijo. Nunca pensé que las aceras de Barcelona se me harían monótonas y perderían su encanto. Lo que he echado de menos esta ciudad y lo poco que se lo estoy demostrando. Espero que me perdone por no decirle lo hermosa que está a cada hora, si hace sol o nieva, da igual, ella centellea con candela propia. Pero hoy, por culpa de mi tocado y hundido corazón, veo las calles como ecos mudos de bellas historias pasadas y la gente está más insoportable que de costumbre. Seguramente me encuentre en una encrucijada, presa de una montaña rusa de sentimientos. ¿Por qué lo llamarán así? ¿Por qué todo tiene que ser ruso? La montaña rusa, la ensaladilla rusa, ¡EL VODKA! ¿Y *Made in Spain* qué? Lo último que he visto fabricado aquí han sido los vasos del Ikea y me pregunto si estará todo perdido. Si todo tendrá arreglo y algún día amaremos esto que somos. Un basto refugio de oportunidades desorientadas.

Paseando, he llegado hasta la puerta de la academia donde crecí, donde me hice mujer a pasos agigantados, y mi cariño hacia esa época se vuelve palpable a la vuelta de la esquina. La fachada sigue intacta y creo que su interior también. Me da cierto respeto asomarme, ¿y si me veo con veinte años menos y me horrorizo de mi estado actual? Nunca me he planteado la vida más allá del día de mañana. Vivir el presente ha sido una de las pocas normas a seguir.

—¿Lía?

Escucho una voz desconcertada a mis espaldas y al girarme no puedo más que sonreír.

—¿Maria? ¡La virgen!

—Oye, que ya no. ¡Que tengo una niña!

Nos reímos en medio de una barahúnda de abrazos y besos sonoros. Sigue igual que en mis recuerdos: con el cabello dorado y corto, con los ojos verdes más grandes y peligrosos que he conocido jamás, con sus manos de pianista y pies de bailarina experta. Su

sonrisa y su mirada son distintas, supongo que la mía también, más adulta, más mujer, más experta en esto de batallar con la vida. ¡Y dice que tiene una niña!

—¡Qué guapa estás! Mírate, si hasta tienes pandero. Vaya *culamen* guapo. ¿Qué haces aquí? Leí por Facebook que estabas en Tarifa, que habías abierto una escuela de surf con el buenorro de tu prometido. Qué envidia, Lía. Pero de la buena, ¿eh? Disfrútalo por mí.

—Sí...

—¿Qué pasa? ¿Ya la he fastidiado? Lo siento.

—¿Eh? No, no. Bueno... ¡Puto Facebook! Es que... lo acabamos de dejar y estoy aún en ese tiempo de caos mental. Pero no pasa nada. ¿Y tú? Yo también vi que estabas en Londres, en una compañía de ballet. ¡Yo sí que te tengo envidia! Luchaste por tu sueño.

—Sí. Luché, Lía. Pero ahora vivo otro tipo de sueño. He sido madre y hay prioridades que han cambiado.

—Pero se te ve igual de feliz.

—La verdad es que sí, lo soy. Anne tiene dos años y medio y creo que ha salido con mis genes. Se emboba como una tonta cuando pongo los discos de la escuela. ¿Te acuerdas de todos los que grabamos? Pues los sigo poniendo muy a menudo y le encantan.

—¡Lo que te espera, Maria! —digo exagerando el momento.

Maria se ríe, seguramente recordando todos los sufrimientos y alegrías que compartimos ambas.

—Lo sé, lo sé. Pero ella es libre de escoger el camino que quiera, aunque, claro, a mí me gustaría que siguiera mis pasos. Sigo dando clases en la vieja escuela, que están a punto de traspasar, y me estoy planteando seriamente hacer una oferta.

—¡Hazla! Nadie mejor que tú para llevarla.

—Me lo tengo que pensar bien. Ser madre soltera no es moco de pavo, pero si consigo apañármelas con Anne cuando empiece la guardería..., tal vez...

—¡Hazlo! Yo seguramente no tenga nada que hacer; si necesitas ayuda, aquí estoy.

—¿Estás en casa de tu madre?

—No, estoy en casa de una amiga.

—Pues pásate otro día con más calma por la academia y hablamos. Por los viejos tiempos, ¿no? ¡Ah! Por cierto, te debo algo desde hace años.

—¿Un vibrador?

Está bien saber que pasan los años, los caminos se bifurcan y un

día, sin sentido, se vuelven a cruzar con la misma naturalidad de tiempo atrás. Maria me debía un consolador de los buenos y volvería a cobrármelo porque lo necesitaría más adelante.

—Cuídate, Lía. Y pásate por aquí cuando puedas.

—Gracias. Nos vemos en breve. Un abrazo. Y otro para Anne.

Al fin,
me espanto de la vida
tal y como me la regalaste,
de los disparates
que me cabalgaban por la espalda,
del sentimiento
que últimamente se me escapaba sin domicilio,
de las palabras
cada vez más emponzoñadas.
Al fin,
siento que viví
al abrigo de tus miedos.

24

Maria siempre me ha hecho pensar más de lo estrictamente necesario. Verla de nuevo ha removido lo inamovible. Juntas, de niñas y no tan niñas, tuvimos sueños por cumplir y todos ellos con una base en común: bailar, bailar y bailar.

Viejas heridas de guerra vuelven a la acción porque ya hace muchos años que solo bailo música comercial con una copa en la mano. La verdad es que me aborrezco cuando bailoteo así, pero he estado muy ocupada. O eso he querido creer para poder tapar disimuladamente lo que siento por la danza. Ha sido una tapadera cutre, ya lo sé, que hasta este día me ha servido como excusa.

«Estoy ocupada», le dije al baile.

«Estoy ocupada», les susurré a los sueños.

«Ahora soy yo quien está ocupada», me dice la vida.

Y yo estoy preocupada por mi pescuezo. Porque nunca me coordino con la facilidad. Maldita Maria, que añade un problema más a lo que tendría que haber sido uno menos.

No recordaba nuestros discos, esos que grabamos a escondidas en el tocadiscos de la profesora Nathalie, pero los debo de tener en casa de mamá. El abuelo seguro que sabrá dónde.

Ahora mismo, recién levantada, tachando el vigésimo tercer día del calendario, ataviada con una camiseta y un *coulotte* remendado de Manu, mataría por escuchar uno de ellos, ese que apodé como Black, y cerrar los ojos e imaginarme encima de cualquier escenario lista para la función. Preparada para dar lo mejor de mí al abrigo de dos focos raídos y cálidos, desgastados y expectantes. A contraluz del mundo entero. Y moverme sin reparos. Sin tapujos. Sin miedos. Moverme a destiempo e improvisar bajo la atenta mirada de la gente, saber que lo hago bien a pesar de hacerlo mal, olvidarme de que al acabar la canción todo vuelve a la normalidad.

Acabarla serena.

Y terminarme yo con ella.

Solo de pensarlo respiro agitadamente, segura de mí misma. Más. Mucho más segura de lo que he estado en años. Y provocativamente altiva, serena, lista para comerme el mundo. Quiero volver a sentirme así. Sí. Eso deseo, pero es que los deseos hay veces que son crueles. Tan o más crueles que tú, Hugo, del que por un saciable instante no me acordaba.

Relativamente,
siempre tu boca.
Enteramente,
a veces yo.

25

No aguanto más. Llevo veintisiete días en casa de Manuela y anoche me dio un ultimátum de los de verdad. No me gustan las disputas entre amigas porque no hay táctica sexual que valga. Ni un triste vibrador al día siguiente servirá de consuelo. Está muy falta de cariño Manuela, pero se lo perdono porque no sé qué hubiera hecho sin su ayuda. Ni sin su despensa. Nos regalamos mutuamente un alivio, yo en forma de orgasmo, ella en forma de energía.

Ayer al llegar a casa, me encontró bajo un montoncito de pañuelos mocosos, envases vacíos de chocolates, un pijama con manchas de tomate y comida varia, mirando la televisión. Hubiera sido lo normal tras una ruptura, exceptuando que la televisión estaba apagada y yo sollozaba como un bebé recién nacido lleno de cólicos. Estaba hecha una mierda gorda y con ella no tenía motivo para disimularlo. Me di rienda suelta y la verdad es que tuve pena hasta de mí misma. ¿Eso es viable? La verdad es que con Manuela todo es más fácil que con la mayoría de las personas. Tanto los buenos como los malos momentos son para recordarlos. Por ese motivo, y porque siempre se trae las sobras de su trabajo a casa, la adoro.

Ya hacía años que trabajaba de chef en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Bueno, *de chef* es un decir. Ella ejerce extraoficialmente de todo. Nadie en la cocina ni el restaurante respira si ella no da permiso. Es un hueso duro de roer esta mujer, pero por ello la admiro tanto. Nuestra relación se basa en la sinceridad maliciosa de la amistad femenina: decirnos a la cara todo lo que nos molesta de la otra —incluidos los novios y el olor a pies— y continuar con nuestras vidas sin darle demasiada importancia.

«Manu, dime la verdad. Manché estos tejanos de lejía, aquí en el bolsillo del muslo. ¿Se ve demasiado?»

«No, si vas a estar toda la cita con la mano ahí, palpándote el trasero.»

«A lo mejor lo pilla como una indirecta.»

«Ojalá tengas suerte. Cinco meses de sequía son malos, Lía. Reza, alma de cántaro. Reza porque así sea.»

Ella es así. Saca lo peor de mí, pero siempre con una sonrisa.

En cuanto la llamé, con una muda limpia en el bolsillo y la camiseta de Hugo en la mano, sentada en el desértico aeropuerto de Jerez de la Frontera, rota de esquemas y corazón, con mi mundo hundido y tirado por la borda, únicamente me dijo:

«Te doy treinta días para reponerte y volver. No le dejes ni retales de tu vida, Lía. Prepárate para una jodida mudanza.»

Y me colgó. A sabiendas de mi naufragio, me tiró un chaleco salvavidas el mismo día que contemplé la idea de dejar que el agua siguiera su curso. No me lo permitió. Me abrió su casa, su nevera, su espacio de templanza que tanto le costó conseguir después de la muerte de Enzo. Ella había sufrido. Ella había salido del pozo. Ella sabía lo que era luchar contra el puto destino. Le arrancaron de la peor forma posible el corazón, atropellándolo una madrugada en la nacional II, muriendo en el acto sin otra oportunidad para susurrarle al oído un intenso «ti amo, bella Manuelita». Fue un hachazo seco, sin intención de herir la superficie y con deseo de ahondar en los huesos, un golpe tremendo, sordo, bravío, agónico, que no ves venir. Creí que Manu se quedaría magullada de por vida, y así ha sido, lo que pasa es que se me olvidó que ella era, y es, bizarra de alma. La he escuchado llorar, retorcida sobre su vientre, rogándole a Dios —ella, tan atea— que le trajera de nuevo a Enzo y pidiera lo que fuera. Ella a cambio. Alguna locura por el estilo. Imploraba noche a noche, y por la mañana volvía a su trabajo sin rastros de rotura.

Manuela es un kamikaze estrellado. Y lo bueno es que ella lo sabe, entiende que se fue el motor de su vida, que perdió un vuelo especial a la Luna. Pero también sabe que eso no fue culpa suya, y esa excusa le mitiga un poco las ganas de precipitarse contra una pared. Manuela es un volcán en erupción que si te pilla cerca..., ¡ay!, se te empañan los cristales de las gafas y dejas de ver la inmensa montaña que, posiblemente, te toque recorrer.

Al aterrizar en el aeropuerto de Barcelona, me dejé llevar por el alboroto de pasajeros hasta dar con ella. Cogió en brazos todo el desastre que acarreaba y me comentó que, desde no hacía tanto, se le daban muy bien los rompecabezas, que yo también me iba a hacer experta en ellos. No la entendí muy bien. Ahora sé que se refería a las huellas del desamor.

Al día siguiente me regaló un calendario que puso en mi mesita de noche, junto a una orquídea blanca.

—¿Recuerdas qué te dije por teléfono?

—Vagamente, Manu.

—Te dije que te daba treinta días para reponerte. No malgastes ni uno, cariño. Esta noche tacha el primero.

Y hoy, tras la disputa entre las dos, eliminé el vigésimo séptimo día de mi desintoxicación. Le juré y perjuré que, después de ese mes, te haría frente a ti y a lo que estuviera por venir. Me quedaban tres días para enfrentarme a mí y no había forma de escapar.

Muchas veces me sorprendo a mí misma haciendo todo lo contrario a lo que pienso. Mamá dice que eso es una terrible ventaja que no valoro, yo no sé qué será, pero a veces hace que me atragante con mis propias palabras. El día que conocí a Manuela me pasó exactamente eso. Mamá, después de mucho esfuerzo, lágrimas, papeles y mesas garabateadas, aprendió a escribir. Ella quería enviar cartas y postales por Navidad y que no fuera en Braille. Intenté persuadirla con otras ideas.

«Mamá, ¿por qué no aprendes a tocar la flauta travesera? ¿O a hablar japonés? ¿O...? Vale, ya has hecho todo eso.»

«Sí, hija, este año voy a enviar mis postales.»

«¿Sin opción a cambio?»

«Sin opción a cambio.»

Y dicho y hecho. La verdad es que hicimos unos *christmas* de gozar y no acabar, los echamos al buzón y nos fuimos las dos a celebrar ese mérito suyo. Lo que ella no sabe es que estuve toda la comida emocionada, con los ojos haciendo chiribitas a cada bocado. Esa simple hazaña que nosotros hacemos sin pensar, para mi madre era la gloria palpable. Y yo no cabía en mí de orgullo.

Acabamos en un bar de tapas de la Boquería, metidas de lleno en el próximo reto de Perpetua.

«Escalar un montoncito de rocas, hacer submarinismo, tirarnos en paracaídas por Roma...»

«¿Por qué paracaidismo en Roma, mamá?»

«Porque seguro que huele a pizza todo el cielo.»

Al pagar, mamá cogió una servilleta de papel y escribió un garabato que yo sabía muy bien que quería decir: «Enhorabuena, chef. Delicioso». Y se la entregó al joven camarero. Nosotras continuamos fantaseando sobre lo próximo que haríamos, y justo al ponernos de pie, salió la chef con una piruleta en la mano.

—¿Dónde está el peque que me ha felicitado? ¡Me lo voy a comer! Esas letritas tan bien hechas...

Muy curtidas en situaciones embarazosas, miré a mamá y estallamos en carcajadas. Ella también se había dado cuenta de la cagada monumental de la chica y se lo iba a poner fácil para salir del entuerto.

Nunca olvidaré la cara de Manuela al vernos y caer ella misma en el desastre. Suerte que Perpetua tiene una sonrisa contagiosa, aunque ella no lo sepa. Cuando se ríe, y por suerte lo hace muy a menudo, se alinean todas las constelaciones, se unen punto por punto para formar una descarga de entusiasmo por toda la Tierra.

Hace ya más de quince años, un mediodía de invierno, nos unieron las diferencias inevitables entre nosotras. Manuela, zurda de pies y de suerte. Perpetua, con la mirada de frente y traviesa. Y yo, indecisa y agorera hasta la médula. Vaya tres patas para una mesa.

Mirar por la ventana y aparcar el sentido
ese que me pedía a gritos algo tuyo,
ese que solo comprendía la vida
cuando me mentías.

26

A falta de un día, con su larga noche, para dar por finiquitada mi desintoxicación, y tengo que advertirte que me sigues doliendo. Aquí. Adentro. Bastante adentro. Tengo que contarte también que de mi pecho brotó una flor, de esa grieta abierta, en carne viva, que dejaste al amparo del sol, y que hostia puta cómo escuece, Hugo. Pero con mis lágrimas, noche a noche, recuerdo a recuerdo, la regué. Una cura necesaria. Un apósito natural. Una sola flor tuvo el valor de crecer. La admiro porque es bella, fuerte y no tiene pinta de amilanarse ante ti. Tiene los pétalos inocentes y el tallo más verde que jamás imaginé. Cuando deje de mentir —que espero que sea más temprano que tarde — le haré saber a mamá de este verde que me emerge del pecho y que intenta hacer de parche entre dos grietas brutalmente separadas. Pero todo irá bien. Voy por buen camino. Ahora sí lo sé.

Tengo que contarte muchas cosas. Como que no sé yo si estos treinta días de no verte, no besarte, no acariciarte, no tomarte en broma ni en serio, no ver tus hoyuelos al despertar, no saber odiarte ni quererte, no tantear tu cuerpo, van a ser pocos y quizá necesite otra tanda más. Y después de esa, otra de regalo. Pero te superaré, Hugo. Vengo aquí, con el corazón florecido y el esqueleto en modo de vibración, para contarte todos estos avances. Porque si me quieres, como me dijiste la última vez que nos sentimos cerca, si me entiendes, como siempre he creído que hacías, te alegrarás por mí. Te alegrarás de raíz cuando me escuches contarte que a partir de mañana voy a centrar toda mi energía en retirarte de mi cabeza, y el mes que viene te sacaré de mi corazón, al próximo le tocará a mi vida, y al otro, solo será cuestión de cumplir esta promesa. Una y otra vez. Como un *teckel* mordiéndose la cola.

Dime, ¿te alegrarás por mí? Prometo irme, de la misma forma en que vine a ti: sin comprenderte, pero a sabiendas de lo que estaba por venir. Ya sabía dónde me metía, así que tampoco será todo culpa tuya.

Prometo guardar los reproches, porque ya no hay nada que condenar, nuestra sentencia nos estalló en la cara hace tiempo. Prometo todo, Hugo. Prométeme tú no volverme a buscar.

Mañana será un gran día porque no estaré autorizada para recordarte, borraré todo lo que me lleva a ti, y mira, te digo una cosa, cuando esté con el corazón zurcido a dos manos, quizás vuelva por aquí. A recoger los pedazos de mi pasado para no olvidarme de que un día mi vida se desmoronó gracias a engaños y a ti. Mañana no podré acordarme de que en tus brazos menguaban todos los males del planeta, que me esperabas en las esquinas de casa para tocarme las palmas y las cosquillas. Mañana ya no sabré que se te eriza el vello cada vez que pisas la arena de la playa, ni tampoco que te ayudé a conseguir el sueño de tener tu propia escuela de surf. Todo es real. Todo es así. Pero mañana, ya no. Mañana no sabré de esta historia ni de cómo te vi por segunda vez el día de Navidad bajo mi portal, con las orejas del reno Rudolf puestas y una nariz roja, gritando:

«¡Feliz Navidad, familia! Traigo un regalo».

Se me olvidará mi cara de pasmo, entusiasmo y fingido enfado al verte sentado en la mesa de casa, brindando con cava, acariciando el lomo de Coco, con un atisbo de felicidad en las mejillas mientras me tendías un sobre azul.

«En mi casa siempre hemos sido más de Papá Noel, Lía. Anoche dejaron esto para ti», dijiste rozándome el alma y la mano con ese gesto.

Y cedí, Hugo. Al caprichoso destino, a lo que estaba por venir, a lo que yo me oponía desde hacía mucho tiempo. Qué fácil va a ser vivir sin el recuerdo de eso, de tu tarjeta azul que ponía: «Sábado 3 de enero a las 17:30 horas. Escuela de Danza *Segundaoportunidad*. Lo siento, y no será la última vez que te lo diga. Feliz Navidad».

Lo borraré todo de un plumazo, incluyendo la tarde en que me concedieron el trabajo en la academia y tú me esperabas a la salida, lloviendo a mares, bajo un paraguas, con dos copas y una botella de cava en la mano. Estaba todo amañado, la entrevista y nuestra relación.

Pero como dice Amaro Nada, no todo son malas noticias, vengo a decirte que mañana, al fin, te olvidaré.

Fuiste la suerte del principiante,
mi trébol de tres hojas,
mi gato negro bajo la escalera,
un martes 13 en ámbar.
Tuve suerte, mi amor,
suerte de perderte.

27

62 TEQUIEROS

Sexagésima segunda carta desde que no estás aquí.

Valeeeee. Sigo en mi línea, con mi monólogo y mis neurosis. ¡Ay, niña! Espero que no estés enfadada, que solo tengas muchas cosas en la cabeza y esa mueca tuya de dulzura en los labios cuando te acribilla el tiempo.

Yo estoy guapa, me siento jodidamente guapa. Creo que me ha tocado el sol, tengo la nariz y las mejillas coloradas y Jaime me intenta contar las pecas espachurradas sobre la cara, pero no atiende cuando le digo que cada día tengo un número diferente de pecas. Que tú ya me las intentaste contar y pasa eso, que a cada rayo de sol aparece una manada más. Se ríe. Me río. Y me brotan otra docena de pecas. ¿Sabes qué he pensado, Lía? Que cuanto más feliz soy, más pecas tengo. ¿Recuerdas cuando nos fuimos al río a pescar renacuajos? Llegué a casa con la cara espolvoreada de ellas. ¿Y cuando nos escapamos a Mallorca para celebrar que ya podías conducir? Ahí fue un brote grave de felicidad. Quiero que las veas y que por tu culpa me salgan más.

Nosotros estamos casi llegando a Lyon, tercera y última parada del viaje. He descubierto tantas cosas, cariño, que temo no tener suficiente lugar en la cabeza para retenerlas todas. Jaime y yo hemos hablado como nunca, y me parece que hasta ahora no lo había visto tan nítido. Hablando y hablando ha reconocido que él también tiene miedo, es más, que antes del viaje, la última vez que comimos juntos en Barcelona, tuvo mucho miedo de que esa comida fuera el principio de nuestro final. Tenía toda la pinta. Pero por eso se arriesgó, porque, a pesar de cagarse vivo él también, dice que me quiere. Que me quiere desde hace mucho, y lo más fuerte, hija, es que dice que me quiere y no solo para un rato. ¡Y yo que pensaba que él no era de esos! Fíjate lo que engaña el engaño. Dice que se quiere empachar de mí. Que quiere raptarle años al calendario a mi lado. Que quiere enseñarme todos los rincones del mundo, toda la paleta de colores y las especies de las flores. Todas. Y todo. Y que también quiere que yo le enseñe a ser fuerte, a ser valiente, que él es muy cobarde. Que no quiere que le llame más *Vetealacama,* que, si eso, le cambie el mote por *Venteamicama.*

Y a mí me pone al baño María el corazón. Pero a él no se lo hago saber. Bueno, un poco sí. Le digo que yo también lo quiero pero poquito, muy poco, tan poco como las cuatro pecas que llevo en el rostro. Y se troncha porque sabe que de tres kilos de pecas no baja la balanza. Así que, con estas declaraciones, creo que me he roto, pero para bien. Que llevaba tanto contenida y enquistada que eso se iba a hacer bola más temprano que tarde. Qué mierda sé yo del amor. Qué sé yo de nada, cariño. Soy muy ignorante y me queda mucho por aprender.

Quedan diez minutos para llegar a la estación, así que cierro velas por hoy. Ten piedad de tu madre y llama, envía una endemoniada carta, haz señales de humo, envía un huracán como señal, pero hazlo.

Te quiere,

tu pecas andante.

Vuélveme del revés
y dime que ya,
a partir de aquí,
solo seré yo.

28

—Lía, ¿quieres hacer el favor de vestirte ya? Tenemos reserva a las 21:00 en el restaurante de Costa.

—Pero, Manuela, ¿no ves que ya estoy?

Me miro de arriba abajo, poniendo cara de incredulidad. Me doy por aprobada y me toco el pelo, todavía húmedo y oliendo a un champú bueno que venía de muestra en una revista que he robado esta mañana en la carnicería. ¿Desde cuándo las carnicerías tienen sala de espera y revistas? No sé, pero por lo que se ve desde ahora, y en Tarifa quizás estemos todavía en el tercer mundo. No salgo de mi asombro. «Póngame seis pechugas de pollo bien finitas, un poco más, un poco más, un poco... Hijo, se ha *pasao*. Y doscientos gramos de jamón, sí, sí, de ese que te mira con carita de buen saber», le dices al carnicero, y mientras él está enfrascado en decirte de espaldas lo bueno que está el producto, tú te sientas en una silla con su mesa, su flor artificial, sus revistas del corazón y de vida sana, y entretanto robas muestras de perfumes y acondicionadores y te entran ganas de pedir unas mechas californianas y un tratamiento de keratina.

—Estamos de celebración, Lía.

—Ay, Manu, por favor, no te hagas cansina, que las noches son muy largas. Esta es la noche número 30, mañana ya...

—Bueno, va, venga. Que estás guapa igual.

—Qué bien que mientes, *jodía*.

—Llevo todo el mes practicando junto a ti.

¡Puta Manuela! Se lo aguanto porque es ella y ella me aguanta a mí por el mismo motivo. Lo último que tengo ganas de hacer es ir a un sitio público, lleno de amistades de Manu, y tener que escuchar reiterados millones de veces «Este plato ni emociona ni alimenta» o «¿El chef está loco?, ¿qué quiere conseguir con este plato?, ¿suicidarnos?». No entiendo cómo Manu los soporta. Bueno, sí, porque cuando se juntan se comporta igual que ellos, y digo yo que será un

requisito indispensable para entrar a cualquier escuela de cocina: criticar como perros a cualquier cocinero para luego llamarlo «compi de profesión». A mí, mi madre me enseñó que con la comida no se juega, que vaya tundas me he llevado por no querer comerme las lentejas. Y así estoy yo, bien hermosota, como dice mi abuelo, porque al final me tuve que comer todo lo que mamá ponía en el plato, y cocinar nunca fue uno de sus fuertes. Como dice Homer Simpson, un sabio de la gastronomía: «Denme la libertad o... un donut de mermelada». Amén, hermano.

Pasamos una velada interesante. Jhon —no Jon ni John, como me recalcó durante toda la cena— y Chang nos torturaron, quiero decir, nos acompañaron durante toda la velada. La diferencia entre ellos tres y yo fue más que obvia. Ellos analizaban hasta el brillo de las copas de vino y yo me encargaba de vaciarlas, ellos contemplaban las cabezas de las gambas mientras yo sorbía muy delicadamente cada una de ellas. Cada uno disfruta de los placeres de la vida a su manera. Al llegar al postre me di por vencida, me evadí por completo porque me lo merecía. Llevaba un par de horas sin pensarte y me apetecía regodearme en mi dolor. No iba a hacer esfuerzos por estar bien ante ellos dos. Simplemente no. Me pedí el postre sin prestarles atención. Le dije al camarero:

—Perdona, ¿esto lleva chocolate?

—Sí, chocolate blanco y con leche.

—Pues ponme dos, entonces.

—Enseguida, señora.

Mientras se perdía por entre la gente en dirección a mi postre, en mi cabeza se quedó ese «señora» haciendo eco como de ultratumba. «¿Y si tiene razón? ¿Y si ya soy una señora y no hay vuelta atrás?», me pregunté asustada. Me acaban de dejar, me he ido del trabajo sin dar explicaciones, ni tampoco se las he dado a mis amistades de Tarifa, ya no soy una chiquilla para ahogar las penas en chocolate, ya no puedo esconderme en el piso de mi mejor amiga, tendría que dejar de mentir, afrontar que mi vida contigo nunca ha tenido futuro, que las pocas cosas que poseo las he dejado a tu merced, sin importarme nada ni nadie. Solo yo. Desaparecer de tu lado. Una parte de mí me dijo que con ese tiempo y tierra de por medio las aguas se calmarían, que quizás todas las mentiras dichas se verían diferentes y que quizás yo, algún día, lograría perdonar. Pero había otra parte —¡bendita sea ella! — que me dio tal sopapo en los morros que me derribó, me cogió por los pelos y me formuló preguntas como: «¿De verdad vas a perdonar

estos embustes? ¿De verdad vas a aguardar en casa, sentadita en el sofá noche tras noche hasta que él aparezca por la puerta con un puñado de escusas y un beso de perdón? ¿De verdad has cambiado tanto amor hacia ti por paciencia hacia él? ¿De verdad quieres eso? ¿De verdad vas a desaprovechar tus mejores años así?».

No me lo voy a permitir. Me ha educado Perpetua, una *superwoman* de vocación. Siempre yendo a contracorriente y sonriendo, creyendo en sí misma, fuerte, vital, con amor propio y con amor para aquellos que lo necesitan. Me ha criado sola, junto al abuelo, porque mi padre decidió un día que ella y un bebé de ocho meses eran una carga innecesaria para alguien que quería vivir la vida al máximo. Perpetua fue quien le hizo las maletas una noche y se las dejó en el portal de casa con una nota en el asa:

«En el reino de los ciegos, el tuerto es el rey».

¡Con un par de alas, mamá! Pensar eso, el dolor que le causó su pérdida, el valor que le echó y tener que cuidar de mí, fue como una mecha a punto de entrar en contacto con los explosivos.

—Manu, págame esto tú. Luego te lo doy. Tengo que ir a hacer unos recados.

—¿Qué dices? ¿Ahora? ¿Qué recados?

—Unos, Manu. Bebed unos chupitos a mi salud.

Me quedé a media mirada de ti
esperando algo tuyo.
Una sonrisa.
Un disparo.
Un hasta nunca.

29

—¡Hola! Somos Perpetua y Coco y en estos momentos no te podemos atender, pero déjanos un mensaje y enseguida te llamamos. ¡Miau, de parte de Coquito!

—Hola, mami. Lo siento. Lo siento. Lo siento. Siento haberme comportado así estas últimas semanas. Te lo explicaré en cuanto nos veamos, que será muy pronto. Me voy de nuevo para Tarifa, a arreglar un desastre que dejé. Deséame suerte. *Teechodemenos*. Mucho. Y *tequiero,* otro poco.

Me enamoré de repente,
ahorrando en distancia y derrochando centímetros
de pudor.
Te enamoraste con el tiempo,
escatimando en recuerdos y regalando tu cuerpo.
Dos perdices paralelas al mundo que chocan, vuelan
y solo una
recoge las migas que ni las palomas desean.

30

Siempre se me olvida el miedo que tengo a volar sola. Me sudan las manos, los pies, el cogote y el canalillo a borbotones. Esta vez siento gotas de sudor que, una a una, caen hasta perderse por entre mis michelines. Suerte que le he cogido prestada a Manuela una camiseta negra de manga corta porque ya me conozco estas subidas y bajadas de temperatura en trenes y aviones. Me pongo mala nada más pensarlo. Que si frío aquí, que si calor allá. Que no me vengan con estas porque yo traigo de serie el corazón destemplado, y no precisamente por el aire acondicionado.

Siempre que hemos volado juntos haces el intento de acompasar tu respiración con la mía, apoyas una mano en mi muslo porque sabes de mi caos mental en esos instantes. Alguna vez, en mis mejores vuelos, te has atrevido a besarme la mejilla. Un beso dulce, donde se rozan labio y piel, donde se mezcla gratitud con preocupación, donde se deja entrever al amor.

Por suerte, por gracia del destino o *vetetúasaber,* me he presentado en El Prat con intención de coger el primer vuelo a Jerez, y no a Sevilla, como me ha intentado endosar la azafata a toda costa. El vuelo sale a las 6:40 horas de esta misma madrugada. De nuevo, gracias al azar o a mi, cada vez menos, abultada cartera.

Antes de salir de casa de Manu he garabateado «Estoy desintoxicada. Voy a por la jodida mudanza» con pintalabios rojo en un pañuelo de papel. Porque la verdad es que ahí me dirijo, a estrellarme de cabeza contra mi futuro. Pero con la certeza y las ideas por bandera. Momentos antes del despegue no tengo la cabeza muy centrada para idear frases de indiferencia o molestia para ti, así que creo que voy a improvisar. A descargar todo lo que durante treinta días he ido almacenando en mi interior. Porque aunque no te vayas a dar cuenta, estoy empezando a hacer las cosas bien, mejor que mucho tiempo atrás, y paso de que esta mierda que has dejado a mi alrededor

se pudra en un futuro ahí, que me carcoma mi interior, que críe animadversión para enamorarme. Paso. Paso de cosas inútiles como quererte. Voy a conseguir pasar hasta de ti. Tiempo al tiempo, Hugo.

He pensado que si me toca ventana me voy a dar tregua e intentar dormir; en cambio, si me toca asiento interior lo interpreto como una señal de calentamiento mental previo a verte.

Fila 22, asiento A. Asiento que da a las nubes y al ala derecha del avión.

Hay un pequeño pájaro que sueña con volar,
con atravesar ríos y dejarse llevar.
Hoy ese sueño no le deja dormir,
se le atraviesa la idea de libertad,
pero no se dará cuenta,
hasta que se asome al filo del acantilado,
de que es la gallina más afortunada del corral.

Me puse el cojín en las cervicales, cogí aire con los pulmones encharcados de optimismo y cedí. Cedí ante la idea de dormir entre el azul del cielo. Cedí ante todo y me desaté las riendas de la vida que me oprimían desde hacía tanto. Cedí a la gravedad toda la pesada carga de más.

Las primeras veces a solas
son las recordadas.
Las últimas veces a dos
son las que lastiman sin querer.
Recuerda que te quise sin querer,
recuerda que será nuestra primera vez.

31

63 TEQUIEROS

Sexagésima tercera carta desde que no estás aquí.

¡Bombón! Estoy feliz porque al llegar a casa el abuelo me ha contado que estuvo hablando contigo, que pelasteis la pava como siempre y que tienes mucha faena. Me ha recalcado que te notó un poco desganada, así como mustia, como una higuera sin higos ni brevas. A ver si tanto trabajo y nervios te van a consumir, hija. Vente unos días para comer y relajarte en casa, hazle caso a tu madre, que estoy muy loca. ¡Muy locaaaaaaaaaa!

Tengo muchas fotos por enseñarte. Jaime se ha vuelto loco con la cámara. Que si «Perpetua ponte aquí», que si «Coco ponte asá». Nos tenía fritos, cariño. Coco gruñía cada vez que le hacía posar, pero luego lo recompensaba llevándolo a correr un buen tramo. Estoy contenta con tanta complicidad. Aunque con el abuelo se resiste y creo que va a costar. Ya le contaré poco a poco lo que ha cambiado entre los dos, y que ahora quizás intentemos algo juntos. Después de todo, me toca darte la razón con eso de «que fluya, que fluya».

Por cierto, dentro de unos meses me tengo que acercar a Valencia para la traducción de un congreso entre españoles y finlandeses. Me van a matar de aburrimiento, pero así aprovecho y me como una buena paella al lado del mar. Te lo decía por si estás libre y te hace mi plan.

Cambio y corto, cariño.

Bona nit!

P. D.: ¿Sabes que en Francia he probado la Coca-Cola de cereza? Me he traído un par de botellas, voy a deshacer la maleta y poner lavadoras. Jajaja, lo sé. Ni el enamoramiento me va a cambiar.

Te quiero.

Cambiaste de piel,
la dejaste a los pies de mi cama
y me camuflé entre tus nuevas escamas.

32

Se veía venir. Otro más. Míralo. Ahí llega.

Un fallo con nombre propio, un escalón equivocado de dirección.

Y por si fuera poco, no dejaba de llover; aquí, en la habitación.

Cual gotera con síndrome de chaparrón.

Cerca de un corazón hecho añicos y un perdón que nunca quiso verse implicado entre nosotros dos.

Yo, tan descolgada del mundo.

Tú, creyéndote ser su dueño.

Él, riéndole las desgracias al amor.

Si en algo nos pusimos de acuerdo fue en envidiar el flamante sol que dejaba verse tras el ventanal. Como una ristra de besos dorados que unían el espacio sideral entre tu índice y mi pulgar.

Y ya, secos de medias verdades, lastimados de poro a poro hasta la eternidad, zanjamos un invierno predestinado a hibernar. Frío. Inerte. Esperando ser incinerado y tirado al mar.

Hoy, a trote con la distancia y el lugar, metida bajo una capa de visibilidad, apuesto por esta estación que me adoptó sin reparos ni carta de recomendación.

Que a veces se vuelve del revés, imitando los grandes amores de la historia; haciendo de mí una breve pero intensa locura medieval.

Una etérea mujer inmersa en los siete pecados capitales.

Amando con pereza.

Olvidando sin orgullo.

Durmiendo con lujuria.

Pero aun así, a gula con la vida.

Conociendo otros cuellos, otros besos, otros suelos, no me acordaré de ti.
Otros brazos, otros sueños, otros suspiros, no regresarás más a mí.
Otros lugares, otros amantes, otros orgasmos; bueno, ahí sí.
A la altura del éxtasis, de casi otra vida, paralelamente al reloj.
Un *déjà vu* tras otro, y otro, y otro, y otro, y otro, se acoplará en cualquier cama. En cualquier hombro. En cualquier rincón.
Menos en mi impermeable corazón.

Se te veía venir. A ti. A lo lejos, a lo ancho, a lo horizonte.
No te escondas de mí, ya no hay nada que perder,
ya no hay nada que ganar,
ya no queda nada más que esperar a que aterrice el avión sobre el frío asfalto del mar.

No voy a perderlo todo,
las manos vacías no se hicieron para mí,
a veces también gano,
aunque sea un traspié.

33

—Deja un mensaje después de la señal, que ya te llamaré cuando pueda, si eso, y si no me caes bien, pues no. ¡Hala! ¡Piiiip! Por cierto, soy Lía y este es mi contestador por si no te has dado cuenta. Venga, ahora sí. ¡Piiiip!

—Cariño, acabo de escuchar tu mensaje. No me vuelvas a pedir perdón, no hay nada que perdonar, pero... ¿dónde cojones estás? ¿Dónde has estado? ¿Qué diablos ha pasado? Te he estado enviando cartas, como siempre. ¿No las has visto? Llámame en cuanto escuches esto, ¿me oyes? ¿ME OYES? Me voy a tomar una docena de tilas, hija. No te voy a decir que te quiero porque te me subes a la chepa. Un beso.

Que ya se fueron mis sombras verticales.
Solo dos horizontes en forma de polizón.
Solo dos huellas incrustadas de negro.

Se fueron,
como un día te dije.

Me iré,
como nunca creíste posible.

34

—Deja un mensaje después de la señal, que ya te llamaré cuando pueda, si eso, y si no me caes bien, pues no. ¡Hala! ¡Piiiip! Por cierto, soy Lía y este es mi contestador por si no te has dado cuenta. Venga, ahora sí. ¡Piiiip!

—Qué malamente tener conciencia. Te quiero, hija. Te quiero, llámame.

No tengo castillos ni joyas que ofrecerte,
ni manjares ni destinos para adularte,
no tengo nada que resalte tus ojos de gata,
solo poseo una corazonada de que estarás bien.

35

Dime, Hugo, ¿dónde nos equivocamos? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Y por qué lo dejamos pasar? Pasó de largo, de corto, de tantas medidas nuestro error que nos comió con lo puesto. En pelotas y botas de invierno. No sé muy bien por qué me doy rienda suelta con estas ideas, pero la ocasión se lo merece. Después de aterrizar y bajar todo el tramo que me separa de ti, aquí estoy. Enfrente de nuestra casa. ¡Malditas palabras! Quizás debería decir «tu casa», pero eso de momento pellizca el alma.

Que sepas que el sur siempre ha olido a ti, por más que a partir de ahora me engañe cada vez que venga. Y Tarifa siempre será nuestro refugio aunque no ayude a cicatrizar las heridas que se crearon ante sus ojos. Pero he de ser sincera. Ya te he dicho que voy a empezar a hacer las cosas bien. Y bien, no sé si me saldrá algo, pero dormiré a pata suelta cuando dejes de secuestrarme en sueños. A lo mejor cuando duerma, en alguna noche inesperada, regresaré aquí, a estas calles blancas, empedradas de ilusiones, con los pórticos aglomerados de vivencias, y pensar que en una época sí fui feliz. A lo mejor regreso, o quizás no. A merced del dolor me encuentro.

Nuestra calle sigue igual, con más geranios en los balcones y más rayos de sol impregnando su inmaculado color. A veces el tiempo es un enorme carrusel, un tiovivo con demencia senil que sube y baja, baja y sube, y tampoco te sé decir si este último mes voló o simplemente me condenó a no tenerte. No lo sé. Lo único que tengo claro es que la calle podrá vivir sin mi bazo y sin mí. Miro la ventana por la que desayunábamos cada mañana, que si fresas, magdalenas, besos y cafés para dos; por la que descansabas con un cigarro en la mano, una camiseta blanca y el pelo a medio secar; por la que te esperaba los sábados al mediodía con una sonrisa y un «venga, payaso, sube ya»; por la que te excitaba meterme las manos bajo la falda y comprobar de reojo que nadie me robaba de contrabando los jadeos;

por la que vio nuestros mejores días; por la que nos confesó sin juzgarnos ni una vez. La miro y no la reconozco. Ya no hay flores, ya no hay color, ya no hay dos tazas apoyadas en la barandilla, ya no estamos ni tú ni yo.

—Pero, bueno, mi *arma,* ¿qué haces tú aquí? —preguntó Santi al aire y con su vozarrón de domador de unicornios.

Santiago era el casero y el dueño del bar de la calle. Un hombre ancho de pecho e ideales, dinámico pese a sus sesenta y seis años mal llevados, ajado por el sol, el mar y el paso del tiempo cerca del Estrecho, siempre con un piropo gaditano en la punta de la lengua que a mí me hacía sentir especial.

—Mira que estás bonita, pero te noto más... Más... ¡Ea! No sé cómo decirte —parlotea Santi más para sí que para mí—. Más mujer, Lía. ¿Por qué no te he visto en estas semanas? ¿Estás bien, mocita?

La verdad es que no. Si ya estaba sobrepasada con la presencia de Santi, no quiero imaginar contigo, Hugo. Esto va a ser duro.

—Sí, Santi, gracias. Acabo de llegar de casa de mi madre. Venga, *quillo,* ¿me invitas a un desayuno gaditano en condiciones?

—¡*Arsa* la niña! —exclamó abrazándome por los hombros para llevarme hasta el bar—. Mónica. ¡MÓÓÓÓNICA! Mi *arma,* atiende que estás dispersa. ¡Un *levantamuertos* para la morena del norte!

Su mujer salió de la barra acalorada, limpiándose restos de tomate y aceite en el minúsculo delantal que llevaba en los muslos. Y me besó como necesitaba. Me contagió esa calidez que contrastaba con el frío de mi interior.

—¡Uy, niña! ¡Uy! ¡Uy! ¡Pero qué *esmirriá* estás! Santiago, ¿has visto cómo nos la han *dejao*? ¿Será posible? La tonta la leche que no me come bien —iba diciendo Mónica entre beso y beso—. Ven aquí, mi *arma* bonica... Un *levantamuertos* y dos si hace falta... ¡Madre mía con la Lía! ¡Qué ilusión! —continuaba con su recital de piropos y adulaciones varias.

Cómo he echado de menos esto. El barrio es una filosofía de vida, su gente, su olor a sal, su frágil y quebradizo aire, sus halagos gaditanos, su acento, sus muestras de cariño sin ton ni son, sus besos sonoros que te profanan los tímpanos, sus expresiones que te acogen como hijos, sus buganvillas rojas y azaleas blancas, su arena costera que se te mete hasta en los recovecos inventados, su aroma a pan recién tostado y cosas buenas, sus pieles atezadas de tanto calor, sus cometas bailando a las estrellas de día, su inmensidad en calma y fervor. Eso es la Bahía. La silueta que da forma a la felicidad, a la

libertad, al bienestar del alma.

—¿Quieres algo más, morena? —me preguntó Santiago cogiendo la silla de mi vera y sentándose en ella.

—¡Madre mía, no! Creo que me ingresáis de un infarto dentro de un rato porque noto cómo el corazón se me va a salir por la boca —dije exagerando la respiración.

Santi hizo un amago de sonrisa, pero no le llegó a los ojos, se perdió entre sus dos cachetes de buena gente. Mi intuición muchas veces se equivoca, pero con personas como Santi y Mónica, sus ojos verdaderamente son el espejo del alma y te ayudan a identificar fácilmente cuánto de jodida estás tú y cuánto lo están ellos.

—Cielo, no le eches la culpa a la comida. Cuando te he visto con la mirada perdida en el balcón ya he *escuchao* el bombeo que llevas en tu interior.

—Santi...

—No digas nada. No quiero saber nada. Nada más que lo que veo. Y veo mucho, corazón. Veo cansancio en tus ojos. Veo... Veo que estás cansada pero con las ideas muy claras. Así que adelante, que no te retenga nada. Ni nadie. Que hay muchos aviones que coger, mi *arma*. Unas veces se vuela en primera y otras en turista, pero la gente se olvida de que lo importante es seguir hacia tu destino, te acompañe quien te acompañe.

—Se me está haciendo complicado. Venir aquí, plantar cara, recoger mis migajas...

—¿Y qué puñetas, Lía? Eres valiente. Mira que para ser una paliducha catalana los tienes muy bien puestos.

Así hemos conectado siempre. Ahora sé que estos tres años no han sido en balde, que me llevo tantas cosas buenas, tantas personas que me forman, tantas risas a modo de lección. Va a ser imposible volver a ser la que era. Llegué de tu mano, Hugo, con la mirada en los pies, sin saber ir en chancletas por la calle, sin nociones de desenfreno por exprimir los días, sin entender que la calidad emocional no hace falta comprarla, no se vende, que ella viene como un regalo que te da la vida. Llegué a esta bahía sin saber que me iba a enamorar de ella, sin intuir que más tarde me costaría vivir lejos de todo esto, sin descifrar lo que sucedería el día que me tuviera que marchar. Y ese día llegó. Tal vez antes de lo esperado. Pero aquí está. Siempre ha barajado el poder por destruirme, y voy a intentar que solo queme y deje en brasas lo que más tarde será capaz de resurgir de entre ellas.

—Venga, te llevo, Lía.

—¿Adónde?

—A lo improrrogable. De Punta Paloma nunca nada malo puede salir.

—¿Ni siquiera un final?

—Ni siquiera un acertado final.

Recordé por qué había tan poco de mí en ti,
por qué tanto de ti en mí.
Recordé por qué a mi proa le costaba tanto flotar,
y por qué tu popa nunca naufragaba.
Recordé por qué en *matarme* y en *matarte*
siempre salía perjudicada yo.
Recordé por qué al silenciar tus pesadillas
soñaba con extinguirme junto a ellas.

En un martes cualquiera,
anidé entre *la nada* y su coraza de latón,
me acordé de secretos sordomudos
y demoré;
por eso te pido perdón.

Perdón por llegar tarde a la última cita,
me entretuve en otro final,
pensando que ahí estaríamos los dos.

36

La magia está hecha de estos matices de colores. Azul. Dorado. Celeste. Tostado. Esos son los colores primarios y de ahí ha nacido todo, lo mundano y lo especial. De Punta Paloma. Estoy segura. De ahí donde se fusiona levante y poniente, donde la inmensa duna es la reina de todo. Y el oleaje mece a su antojo, arriba y abajo, cantando despacio, sin prisas, porque los hechizos de alta mar se cuecen a fuego lento, sin urgencia por llegar a buen puerto. Es inconfundible este paisaje. Al igual que tú. Al igual que tu espalda, que se mimetiza con el horizonte.

De lejos te veo, cabizbajo, solo, mirando algo entre tus pies, anidado entre tantas cometas que se enredan entre los dos. Nuestra conexión todavía existe, y si dices lo contrario, mientes. Otra vez más. Tampoco me va a venir de ahí. La magia la puedo tocar con la palma de mis manos, porque las piernas ya hace metros que se me resisten a caminar. Me voy apoyando en ti, en esto que nos une y que hace de puente, que acorta la distancia, el tiempo, y mide nuestro baremo de sufrimiento.

Creo que voy a permanecer una eternidad tras tu espalda porque la voz me la dejé con Santi en el coche.

—Estoy segura de que hoy no llueve.

—No. Hoy no —dices mirándome directamente al corazón.

Me siento cerca de ti, a una distancia prudencialmente suicida para mí, y nos inunda el silencioso ruido de las olas. Es que tu aroma ya me tienta a dejarme ir, a cerrar los ojos e inhalarte. Instintivamente viro la cabeza para la derecha, donde no estás tú, para poder embriagarme de brisa marina y quitarte de mí por unos segundos. Sé, como pocas cosas en este mundo, que si te miro estoy perdida. Que, mientras mantenga la vista sobre cualquier cosa menos en ti, sobreviviré.

—No sé por qué pero hoy me he levantado con la corazonada de que te vería —interrumpes mis pensamientos— y he anulado todas las

clases. Me he levantado y sin desayunar he venido aquí. ¿Sabes que desde que no estás no desayuno?

Giro bruscamente la cabeza. Te miro. Joder. ¡A tomar por bazo la batalla!

—¿Sabes que desde que me mentiste me cuesta hasta respirar? ¿Que ya no me río? Ni tengo ganas de hacer nada, ni de arreglarme, ni de salir a la calle, ni de ver a nadie. ¿Sabes que desde que me fui miento a todos los que me quieren? A mi madre, a mi abuelo. ¿Sabes que he dejado todo por ti, me has fallado una y mil veces y todavía estoy de pie por los dos? No me vengas con el puto desayuno, Hugo. Hoy no.

—Lía, mírame.

—No. He venido hasta aquí para recoger mis cosas, mi ropa, mi identidad, mi coche, mi pasado y mi presente. A solas. Sin tener nada que ver contigo ni este paraíso. Me quiero ir ya.

—Lo entiendo, pero mírame.

—Te he dicho que no. No insistas. Déjame las llaves de casa para preparar la mudanza. Ya me alojaré en alguna parte.

—¿Podemos hablar con calma? Déjame que te invite a comer. Nos lo merecemos. Te mereces todo, Lía.

—Todo menos a ti.

Concluyo, clavándote una afilada daga en tu caparazón. No soy fuerte cuando me miras, nunca lo he sido, y más cuando voy a decirte adiós aunque no quiera irme. Nos levantamos de la arena que me acaricia la nívea piel, que me eleva hacia ti, me siento como un imán dependiente de tu polo, que cuanto más fuerza hace para el lado inverso, más cerca está del colapso.

Caminamos con prudencia, tanteando lo que no se ve, en silencio siempre hemos perseguido al destino. De noche, en nuestra cama, después de apagar la luz, muchas veces me has dicho que no te importaba estar en silencio conmigo, que nunca has necesitado una palabra para tapar el tiempo que pasabas a mi lado. Ahora es el mar quien compone la banda sonora de esta despedida, Hugo. No será un mudo silencio, no quiero que sepa a nuestra complicidad este momento de decirnos adiós, no quisiera estar aquí. Contigo. Paseando por el lugar en el que siempre me recordaré feliz.

—Déjame conducir —replico sin dejarte hablar.

Me tiendes la llave del coche, sin estirar la mano, a pocos centímetros de tu cintura, y yo, sabiendo que de la cueva cuesta salir, me meto de lleno en ella. Queriendo, rozo lo prohibido. Queriendo no

hacerlo, pongo la primera a un lugar que no reconozco pero lleva tu piel.

Zarandeando todo a mi paso,
quise llegar hasta tu ombligo,
hibernar y veranear en él
todos los segundos de mi vida.
Firmado: la v*alentía*.

37

—Deja un mensaje después de la señal, que ya te llamaré cuando pueda, si eso, y si no me caes bien, pues no. ¡Hala! ¡Piiiip! Por cierto, soy Lía y este es mi contestador por si no te has dado cuenta. Venga, ahora sí. ¡Piiiip!

—¿Cariño? Pues me da a mí que ahora voy a cambiar las cartas por tu contestador porque ya me empiezas a fastidiar un poco, ¿sabes? He ido a ver a Manuela y he tenido que ponerme firme, muy firme para que me contara que estás en Tarifa, y si no tenemos noticias tuyas es que el plan marcha bien. Si te digo la verdad, me gustaría saber el plan, Lía. No te voy a implorar que me llames, porque ya ¿qué más da? Cuídate, mi vida.

Me estoy dejando llevar,
improviso cada noche,
antepongo un misterio
a todas las imperfecciones,
bailo un vals sobre tus pies,
absorbo el humo de tu cigarro carcomido
y me dejo llevar sin pudor.

38

Con la armadura y el tanga por el suelo me hallo bien. He conducido el coche directa a nuestra/tu cama, porque así lo he sentido. No me quedaban más galletas de la suerte por adivinar el pronóstico de su interior. Era ahora o nunca. Yo, que siempre he sido una miedica, una cobarde en cuestión de amor, y aquí me tienes, Hugo. Entregada a ti. A este último polvo que nos regalamos de mutuo acuerdo, para poner un broche final a una historia que, después de pensarlo bien, tal vez no se merecía un final mejor. Las mentiras nos echaron a perder, y quererte, te voy a querer hasta en la ficción porque sé que nada igualará esto que sentimos. Pero empiezo a descubrir que el amor no lo es todo, aunque nos lo hayan vendido así. Que, según por dónde se mire, somos los corazones más afortunados del planeta, o los más desgraciados después de Romeo y Julieta.

Te quiero, Hugo. Y me han bastado treinta días para comprender que te voy a querer siempre, pero cada uno vamos destinados a otros mundos, a otros amores que durarán lo que deban durar. Si yo siempre he sido más de bachata y tú de *rock and roll*, y tantas diferencias han terminado por hacer mella entre los dos. Pero eso no quita que te eche de menos, que me gusten tus besos, que me sienta invencible cuando cabalgas entre mis piernas. Que no queramos compartir el día a día no nos hace menos cómplices. Aunque es una pena pensar que quisimos ser todo y no llegamos a nada.

—¿En qué piensas, Lía? —me preguntas.

Yo tumbada sobre tu pecho y tus hombros, mirando el techo, respirando con dificultad después de darnos vida, de intercambiar jadeos, besos sedientos, sin amortiguar el desespero de vernos en cueros. Me besas la barbilla tras la pregunta y yo me tomo mi tiempo para contestarte que nada. Que no pienso nada. Tú te ríes maliciosamente, sabiendo que no es verdad, pero en tu risa hay notas de música fúnebre, algo atribulado se deja entrever por ella.

—¿Y tú? ¿En qué piensas? —Cambio la dirección de la flecha y la diana al centro de tu interior.

—¿De verdad lo quieres saber?

Asiento antes de perderme en el océano de tu mirada.

—Me preguntaba por qué la he cagado tanto contigo, Lía. ¿Por qué he hecho las cosas tan mal?

—Porque eres muy capullo, Hugo.

—Ya lo creo, y eso es lo que no me deja dormir. Yo te quiero, Lía. Te quiero más de lo que he querido a nadie, y aunque esté a punto de cavar mi propia fosa, te digo, aquí, desnudos de cuerpo y despojados de secretos, que es muy probable que nunca quiera a nadie como a ti —me susurras sobre mis labios con maremotos suicidas en la mirada —. Has sido tú quien me ha ayudado a hacer realidad mi sueño, la escuela sin ti ya no es la de antes. Tú me has hecho vivir un amor sano, libre, vivo, sin pretensiones, cauto y loco a la vez. Me has revolucionado los días, y las noches son caóticas solo de verte sonreír. ¡Joder! No sé... Me duele porque los dos sabemos que esto es una despedida.

—Sí, lo es.

—¿Tú me quieres, Lía?

—Hugo, ya nos estamos desviando... Ya hace rato que nos hemos salido de la carretera.

—Lía, ¿tú me quieres? ¿Me quieres tanto como para casarte conmigo y formar una familia?

Llevo un mes haciéndome esa misma pregunta. Una y otra y otra y otra vez. Todavía no sé la respuesta, pero aquí, rozando todos tus poros con los míos, borracha de emociones, de contradicciones y de Tarifa, no puedo pensar con claridad.

—Es que no lo sé, Hugo. Te quiero, eso es un hecho. Me duele todo el esqueleto cuando no estoy contigo, pero... Pero no estar junto a ti me hace ser fuerte. Me quiero casar, pero no así. Se ha roto algo entre nosotros. Había algo que ya no siento. Las mentiras, las discusiones, el intentar arreglar algo que no tenía arreglo nos desgastó. —Y empiezo a llorar. Un lloro silencioso al que por fin, después de ver la luz, le doy rienda suelta para no parar—. No confío en ti. Ya no. Lo echaste todo a perder e intentar remendar esto... No, Hugo. Mejor dejar que sangre la herida y que cure a su ritmo.

Me enjuagas las lágrimas como siempre has hecho, las recoges con el pulgar y las aparcas en mi pelo. Esa complicidad. De esa jodida complicidad tengo miedo. De todo lo que hemos construido juntos, de

la historia y los recuerdos. Tengo pánico a que se queden en nada. Y tanto tú como yo tengamos que volver a empezar de nuevo.

—Tengo hambre —digo con el estómago rugiendo a sus anchas.

Te debates entre ignorarme para poder terminar la conversación o proponerme algún plan.

—¿Volvemos a Punta Paloma?

—¿Al chiringuito de Jandro?

Y asientes. Devorándome a besos los labios, buscando con tus manos el poder retenerme otro instante, insaciables de nosotros, con oportunidades por hacernos un poco más de daño.

Hoy, en otra ciudad,
en otro pensamiento, en otra locura,
me encontré con una sonrisa pirómana
que incendió hectáreas de bendita soledad,
bordeada de carmesí.

39

Esta vez he dejado que fueras tú quien, supuestamente, llevaras las riendas del volante y la comida. Pero los dos sabemos que pilotaba yo. Pones nuestra música, que envuelve el álgido atontamiento posorgasmo, para reblandecer el momento, como la traca final de los fuegos artificiales de la fiesta mayor del barrio. Dicen que la música amansa a las fieras, pero no creo que sea del todo verdad cuando, muchas veces, es la culpable de desatascar cremalleras de pasión. A nosotros nos ha pasado más de una, y dos, y tres veces. Poníamos la música indicada en el momento preciso y nos convertíamos en secretos explosionados. Cómo voy a echar de menos ser fuego, Hugo. «Ser todo lo que quisimos ser», como dice mamá. Pero no te lo voy a decir porque terminaría más rota que la última vez que me fui. Dejarte una vez fue complicado; irme dos va a ser una putada de las de manual.

—Cuando lleguemos, voy a llamar a mi madre.

—Vale. ¿Cómo está?

Con Perpetua siempre has tenido una relación que envidiaba sanamente, más que de suegra-yerno, mucho mucho más. Os podíais pasar horas y horas hablando de un mismo tema, darle la vuelta mil veces y encontrar otro punto de vista distinto al de hacía diez minutos. Me siento orgullosa de esa complicidad. ¡Ojalá yo la hubiera tenido con tus padres! Hay veces que no se congenia ni por los gustos al chocolate. Y si no une a dos personas el chocolate, ¿qué tiene más poder?

—Está bien, la verdad. Hablé con el abuelo hace unas semanas.

—Perpetua es mucha Perpetua. ¡Ah!, por cierto, tengo como siete u ocho cartas que te ha enviado este mes. Están ahí, en la guantera.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? A veces te mataría, Hugo.

—Otras, en cambio, me quieres comer, ¿verdad?

Así fuimos y seremos siempre, un cóctel de tantas cosas que nunca

sabes cuál te va a tocar: amar al que lo hace u odiarlo.

Saco las cartas de la guantera y, efectivamente, ahí están todas desde que me fui. Estoy segura de que me cuenta tantas historias que solo le pasan a ella que mejor dejo ese momento íntimo y nuestro para la noche. Quiero disfrutar bien de su letra y el amor que traen consigo.

—Si te miro de perfil, parece que entiendes cosas que a mí se me pasan de largo —dices observando la desértica carretera.

—Estás más *apollardao,* Hugo. ¿Estás seguro de que no te has dado un golpe con la tabla de surf? —bromeo alborotándote el pelo y los hoyuelos.

—Te lo estoy diciendo completamente en serio, Lía. No te rías. ¡No te rías! —exclamas entre carcajadas. Me tocas la barbilla sin más intención que quemarme la piel y sigues—: De perfil escondes cosas, no malas, simples secretos que, si los compartieras, arreglarías parte de la humanidad.

—Joder, que pretencioso, ¿no?

—O que decorosa te vuelves.

—Es que a mí la humanidad, con perdón, no me apetece arreglarla. Suficiente tengo conmigo, que no sé qué voy a hacer con mi vida. Aquí estoy: diciéndote adiós, dejando muchos años a la deriva, sin casa, sin trabajo, con treinta y dos años, y aunque la gente me diga que no, yo me sigo viendo como una niña. No quiero estar bien porque me lo merezca, quiero estar bien porque sí, sin más explicación. Y ahora si estoy mal, pues mira, también me apetece estar así de hecha mierda y no saber por qué. Me apetece regodearme en esta situación y ya improvisaré algo para salir.

—Lo único que quieres es que alguien te quite la arena de entre los dedos de los pies, te pele los nísperos y melocotones y te diga que, quizás no ahora, pero que todo saldrá bien.

—¡SÍÍÍÍÍ! —gritó bajando la ventanilla del coche—. ¡ESTOY COMO UNA PUTA MIERDAAAAAA, PERO TODO SALDRÁ BIEN! ¡BIEN! ¡BIEEEEEEEN! ¡DAME NÍSPEROS *PELAOS*! ¡Y MELOCOTONES SIN PIEEEEEEEL!

Voy hasta arriba del aire del sur, seguramente debe transportar alguna partícula que contenga droga, de esa que te pone muy contenta sin saber por qué. Lo tendrían que analizar. Es llegar a esta tierra y, entre el sol, la costa, la despreocupación horaria, Hugo, todo se mezcla para dejar de sentir que soy una descarriada mental.

—Oye, Hugo, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Me das mucho miedo.

—¿Me temes tú a mí?

—Más de lo que crees.

—Pues no me temas tanto. ¿Sabes qué función tiene el bazo?

—¿El brazo?

—El bazo del cuerpo humano, idiota.

Me estaba aguantando la risa solo de verte fruncir el ceño. Habíamos llegado a Punta Paloma, de nuevo, y en el mismo hueco de antes estacionamos el coche.

—Ya hemos llegado. ¡Qué hambre tengo! Y... el bazo es mucho bazo, no lo subestimes. Hace más de lo que tiene que hacer —concluyes la conversación poniéndote las gafas de sol.

Ya sabía yo que eras un lumbreras con los focos averiados, que no entiende ni de amor ni de órganos humanos.

Hay ojeras,
y más tarde,
siempre estás tú.

40

—Pídeme lo que te apetezca. Yo voy a llamar a mamá.

Y en esa nefasta inercia que tiene el cerebro, te beso en los labios, a modo de breve despedida. A mí me ha cogido más desprevenida que a ti, y sin pensarlo demasiado, te acercas a mis labios, aún húmedos de ti, y les susurras «no tardes» en un casto beso. Y en vez de responderte «tardo lo que me salga de la chirla», sonrío. ¡SONRÍO! Más vale que me marche de aquí cagando leches.

Camino hasta un pequeño charco de agua salada, entre un grupo de juncos y hierbas doradas cerca del mar, doy el visto bueno para poder hablar con calma, lejos del ínfimo barullo del gentío.

—Mamá, soy yo.

—... y después no saques nada más. Ya lo ordenaré yo. No. No. Y no. Me estaban llamando...

—¿MAMÁ?

—¿He descolgado ya? ¿Hola? ¿Hola?

—¿Qué estás haciendo?

—¿Lía? ¿LÍA? ¡¡LÍA!! No voy a hablar mal pero maldigo a tu madre, que soy yo, y que a gusto me quedé al echarte a este mundo. ¿Estás tonta? ¿Por qué no me has contestado a ninguna carta, como siempre?

—Porque me las acaba de dar Hugo. Acabo de llegar a Tarifa.

—Genial, ¿y dónde has estado?

—Eh... En Barcelona.

Carraspeo. Va a venir un repertorio gradual de preguntas e insultos varios.

—Muy bien.

—¿Ya está? ¿No tienes más que decir?

—No.

—Vamos, Perpetua...

—Me tenías muy preocupada, joder. Te he estado escribiendo,

contándote todo mi viaje por Francia, y tampoco quería avasallarte, pero...

—¿Así que estabas en Francia? ¿Con quién?

—Léete las cartas, hazme el favor, hija.

El tono de voz de mamá se rompe en una milésima de segundo e intuyo que estaba preocupada de verdad. Por no querer hacerle daño he ido demasiado lejos con la mentira del «todo bien». Aquí me ha llevado el fingir: a creerme mi propia milonga. Ya lo dice el refrán: «Quien comparte colchón se vuelve de la misma condición».

—Estaba muy preocupada, Lía. Solo eso.

—Lo sé y lo siento.

La respiración de mamá empezó a sonar por el teléfono de una forma rítmica y la imaginé sentada, con el teléfono en alto y la cabeza agachada, tamborileando con sus finos y delicados dedos sobre los muslos.

—Está bien, hija. Está bien. Ya está. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, mamá.

—Me asustaría si lo supieras. Yo no estoy aquí para darte el visto bueno a nada, cariño. Solo estoy para quererte aunque las cosas no te salgan como tú planeas, ¿sabes? Me da igual todo, que estés o no con Hugo, aunque es un amor, pero solo quiero que tú estés bien, ¿me oyes?

—Sí.

—Pues no hay nada de qué hablar. Coco está ladrando y me dice que te envíe muchos besos perrunos, que te echa de menos, y yo también. Pero tú haz lo que debas hacer. No pienses en nadie, Lía. Piensa en ti.

—Mamá, es que con Hugo hacía tiempo que no... Yo no... Le quiero tanto que creo que es demasiado, y después si pienso eso creo que es una gilipollez enorme. ¿Lo es?

—¿Una gilipollez querer demasiado a alguien? Pues no, tonta. Lo que sucede es que hay que entender el amor, que a veces no viene como queremos que venga. No hace falta entenderlo todo, no quieras saber el porqué y el cómo de todo. Deja que fluya.

—¡Oye *robafrases,* esa es mía! —bromeo sonriendo al fin. Oigo la sonrisa de mamá al otro lado del teléfono—. ¿Cómo estás tú? Achucha a Coco.

—La verdad es que estamos muy bien. Ahora mismo trasteando en el trastero de casa con el abuelo, Jaime y Coco.

—¿Jaime? —pregunto sorprendida y contenta a partes iguales—.

Vaya, mamá, me tengo que poner al día, ¿verdad?

—Sí, cariño. Para que no te pierdas detalle te voy a continuar escribiendo las cartas y, cuando vuelvas, o te vea, te las doy, ¿qué te parece?

—¿Qué me va a parecer, tonta? Pues muy bien. Te quiero. Te echo de menos. Y *te* todo, mamá. Prometo una llamada dentro de poco.

—A ver si es verdad. No me montes otro numerito de estos, que casi le tiro la puerta de casa a Manuelita. Está preocupada también, ¿la puedo llamar luego?

—Sí, por favor. Nos vemos en ya, mamá.

—Ya es demasiado, pero lo aguantaré.

Lloro y cuelgo. O cuelgo y lloro. No sé en qué orden suceden las cosas cuando estoy sentimentalmente acabada. Me siento perdida, no sé qué puñetas estoy haciendo aquí, comiendo con Hugo y, sí, sí, sí, al fin he aceptado que lo quiero, pero no vamos a compartir más recuerdos. En este preciso momento me gustaría hacerme un ovillo pequeño y blandito y dejar que mamá me cobijase entre su pecho, sus brazos, sus «nada es el fin del mundo, Lía». Porque sí, de ese modo tan básico me ha curado más males que el Dalsy. He tenido más fines del mundo y de todos he salido, así que no creo que este sea el definitivo.

Cavilando llego hasta ti. ¿Por qué tienes que sonreír de ese modo? ¿Por qué siempre te he visto saturado de colores sencillos? Destacas sobre cualquier plano, le robas el protagonismo a cualquiera, sin querer hacerlo, y eso hace más morboso el conseguirte en exclusiva. No es que seas guapo, ni bello, ni bonito, es que eres todo lo que uno desea ser. Tienes gracia para hacer cualquier cosa, si de algo no sabes, te lo inventas. Y así con todo. Para amar siempre has tenido suerte, porque la suerte te viene de fábrica y porque también la has luchado, aunque no tanto como los demás terrestres, que nos tenemos que conformar con tus sobras. Yo seré eso, Hugo. Alguien que picó y se empachó con las migas que tenías por el suelo, aunque me digas una y otra vez que me quieres. Oye, pues claro, pero nunca tanto como querrás a la vida, a tu vida y a la libertad.

Nos vamos a superar, aunque creo que tú ya me llevas ventaja y no tardarás en reemplazar mi calor, ni mi ausencia va a pesar en ti tanto como la tuya en mí, pero yo también volveré a sentirme libre. De momento me conformo con sentirme bien.

—¡Qué despliegue! —clamo sorprendida.

—Hoy estamos de celebración.

—¿Y qué celebramos?

—Que algún día nos acordaremos de hoy.

Me tumbo de un lado,
de ese que no escatima en vida,
que el otro está magullado
por decirte palabras con carácter,
por ponerle carácter a cada palabra que lastima.

41

64 TEQUIEROS

Sexagésima cuarta carta desde que no estás aquí.

Hace horas que estoy dando vueltas en la cama y sigo sin dormir. Tu voz se ancla en mí, corazón. No hay dolor más rudo que este, el que siente una madre cuando no puede ayudar a un hijo. ¿Cómo te puedo ayudar, Lía? No lo sé. Si te digo que te vengas a casa, que yo cuidaré de ti, me siento egoísta. Si te digo que eres fuerte, que te vas a curar, que no pienses en lo que te hace daño, no sería yo. Si pudiera ahorrarte todo este dolor, lo haría. Pero todavía no he encontrado la fórmula para ello. Aunque lo haré. Te lo prometo.

Creo que te he enseñado a ver más allá de lo palpable, a ver el mundo a ciegas como yo misma lo veo, que lo que te hace de hierro el corazón es mostrarlo sin reparos. Me ha hecho mucha gracia eso que me has dicho por teléfono: ¿es una gilipollez querer demasiado a alguien? La gilipollez es no hacerlo, mi vida. El tremendo error es no saber querer. Es el cáncer del corazón. La muerte más triste que hay en este mundo. Una cárcel en vida. No lo quieras para ti. Ese es el consejo que te doy, aunque lo verás cuando llegues y quizás ya estés curada, o quizás no. Pero, mira, esto te dejo de herencia, Lía. Que muchas más cosas no creo que te deje, porque la casa es del abuelo y el coche también.

No sé, y si te soy sincera, no me apetece saber por qué no ha funcionado lo tuyo con Hugo. Supongo que el día que te apetezca me lo contarás, pero yo no tengo prisa. Sé que hay un sentimiento muy fuerte entre los dos, que algo os une más allá de lo que veis vosotros porque «no hay más ciego que el que no quiere ver», y en este caso, no hay más ciego que yo. Y si tú me dices que separados vais a ser más felices, pues lo veo, Lía. Siempre has sido mis ojos y me he fiado de ti.

Voy a intentar apagar la luz, metafóricamente hablando, que lo bueno de esto es que si me despierto por las noches nadie se entera de que deambulo por la casa y te escribo esta carta.

P. D.: He recordado que «Nada más caótico que encontrar el veneno, el antídoto, la herida y la espina en la misma persona», del gran Sabina. Me voy con él a la cama.

VÍ-VE-TE. Caóticamente hablando, pero VÍVETE.

Te quiero, pequeña.

Me miras de repente
sin comprender que mataría
por verte en otros labios.
Pero ¿qué sé yo?
Si el azar se viste de negro
pensando en nuestro trágico final.

42

Ahora es ese momento que me niego a perder,
ahora te vivo más que ayer,
ayer se murió entre tu espalda,
entre tus manías, entre tus mentiras.
Te voy a perdonar ahora,
porque ahora me da vida,
ahora te quiero,
te quiero sin medida,
y el ahora se me escapa por entre los dedos.
¡Cógelo, vayamos a disfrutarlo!
Ahora te siento, me sumerjo en ti
y me alejo.
Ahora te digo *hastasiempre* porque los *hastaluegos*
no permanecen intactos en el tiempo.
Ahora dímelo tú,
bésame y dime que ahora todo está bien.

Noto cómo el sol escarba centímetros a la ventana para venir y caldearnos los pies. Noto cómo hace tiempo que estamos despiertos sin movernos, sin separarnos, sin reparos en alargar este último momento de despedida. Mi cuerpo te dice adiós de la mejor forma que sabe, dejándose ir, llevándose tu aroma entre las huellas de mis dedos. Espero que no lo culpes por egoísta, solamente lo hace por no volver más por aquí.

—Hoy tampoco tengo clases, Lía.

—Hugo..., *stop!* Yo cojo mi ropa y me voy ya.

—¿Te puedo pedir algo?

Suspiro. Mi espalda se acopla perfectamente a tu pecho, que parece un acordeón. Se hincha y deshincha llevándose a cada soplo algo de

mí.

—Me gustaría pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por no saber hacerlo mejor. Por hacerlo tan mal. Por hacerte tanto mal. Pensé que podía quererte sin hacerte daño.

—Pero me lo hiciste.

—Sí. Y a mí de paso también. No creo que te sirva de nada, pero siempre has sido la única, Lía.

—Tienes razón. No me sirve de nada. Basta, Hugo.

—No, déjame que te explique. Te he mentido en muchas cosas por intentar sentirme libre, por creerme indomable, por pretensiones que ni yo entiendo. Te he engañado mucho en hacerte creer que estaba aquí y estaba allí, y en tonterías que ahora veo que no tienen sentido. Lo he hecho. Pero quiero que me creas cuando te digo que no he estado con ninguna otra. Que esto lo he hecho por mí.

—Sigue sin servirme, y la verdad es que no te creo. ¿Por qué ahora sí y hace un mes no? Déjalo.

—Lía...

—Calla.

Me doy la vuelta sobre mí, para mirarte de verdad quizás por última vez. No te puedo consentir más de lo que te tengo.

—Se acabó —me digo más a mí que a ti.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé, de verdad. Ayer mi madre también me lo preguntó. No lo sé, pero ya lo sabré. No tengo prisas.

—¿Quieres que suba contigo? ¿Quieres que conduzca yo hasta Barcelona? ¿Quieres...?

—Gracias, Hugo. Prefiero dejarlo así. Vete a desayunar a lo de Santi y luego ve a la escuela. Mira por ella. No la abandones, con lo que nos ha costado...

—Es que..., ¡jódete, Lía! La escuela de surf también es tuya, ¿sabes? ¿Te vas así? ¿Sin más?

Ese *sin más* no me lo he ganado yo, pero no empecemos. Házmelo fácil. Por favor. Hazme otra vez el amor y vete. Vete sin mí, Hugo.

Y sí. Esa fue la última imprudencia que hicimos juntos.

Una.
Una y nada más.
Porque sabes que así lo siento.

Te quiero aunque dejes brillar la luz del sol por las
noches
y aunque te olvides de poner en hora la alarma
del despertador.
Te quiero aunque carbonices las tostadas y le pongas
sal al café;
y lo seguiré haciendo bajo tu mirada de manías
eclipsadas.
Te quiero aunque conduzcas tan lento que nunca se llegue a tiempo,
a juego con mi impuntualidad y mi voz adormilada;
y aunque me confieses que mis ojos no fueron
lo primero que viste.
Te quiero porque sé que es verdad.
Te fijaste en mis dos pies izquierdos, mi cintura
de abeja reina
y mi empinado escote de realidad.
Te quiero, y por hoy será la penúltima vez que
te lo diga.
Te quiero, ahora sí.
Nunca más.

43

Nunca he sido diestra en nada que lleve ruedas ni tenga motor, y si no recuerdo mal este es el viaje más largo que emprendo siendo yo misma el piloto, sin rumbo fijo, sin compañía, sin brújula. Veremos cuántas veces me paso la salida, se me cala el coche o simplemente me pierdo. Mi sentido de la orientación es pésimo, los mapas los suelo leer al revés y, sin bromas que valgan, mi izquierda y mi derecha tienen una estrecha línea de confusión. La mayoría de los viajes que he emprendido han sido con mamá o con Manuela porque con Hugo siempre ha conducido él y a mí me tocaba la tarea de DJ o marmota. Desde que me saqué el carné de conducir hemos recorrido muchos kilómetros junto a Perpetua, y en los últimos años se le ha sumado Coco. El abuelo es más independiente, pero también se deshace por una escapadita a Cadaqués. La gracia de mamá es que es un GPS andante y ella siempre me suelta eso de que «la carretera es pura intuición». Yo seré todo lo contrario a ese instinto. Creo que podría perderme en un circuito cerrado de Fórmula 1. Por el motivo que sea, los coches, las motos, los patinetes, cualquier vehículo de tracción no va conmigo. Es una enemistad de mutuo acuerdo.

Conducir por estos lares y no poder prestar atención al paisaje es un crimen. Un crimen de los gordos si eres como yo. Por eso he decidido hacer noche en Málaga. No porque me haya perdido, que puede ser que me haya liado un poco con las señales, pero voy a autoengañarme y decirme que estoy cansada. He aparcado el coche en el centro y con el petate bajo el brazo voy en busca de un alojamiento.

Se va haciendo de noche, es ese momento en que el cielo acoge millones de colores cerca del mar, el sol por un lado se va como quien no quiere una triste despedida, mientras que la luna, esta de hoy menguante, a ratos como mi tristeza, se vislumbra en lo más alto. Y pienso yo que, si el sol y la luna conviven sin verse, ¿Hugo y yo podremos ser sin vivirnos? Supongo que el tiempo dirá. De momento,

lo extraño demasiado. Una extrañeza rara y poco familiar. Se le ha restado rudeza, pero va aumentando en melancolía.

—¡Hola! Buenas noches, ¿sabe usted de alguna pensión bonita y cerquita de aquí? —pregunto a una mujer que me recuerda a mamá. Es una de esas mujeres con bondad en los mofletes, que nunca sabes cuándo te va a regalar un pedazo de vida con sus palabras. Perpetua me enseñó a distinguirlas entre la muchedumbre.

Me indica, sin parar de sonreír, que vire a la derecha al final de la calle, después todo recto y en la tercera acera, a la izquierda, ya veré una terracita con dos mesas enfrente. Ahí, en el número 32 hay una pensión llamada Con B de Bonica, y que le diga a la Remedios, a la Reme de toda la vida, que es la regente del negocio desde que Dios las crio, que voy de parte de la Paca, la cuñada de la Francisca, la pescadera de Benalmádena, la que siempre le trae los mejores boquerones de la Costa del Sol, y que Dios la tenga en su gloria a la Francisca, pobrecica mía. O sea, pobrecica suya.

Tentada he estado de sacar el móvil y grabar la conversación, pero, por suerte, llego sin apenas equivocarme. Es imposible no fijarte en Con B de Bonica, por su fachada verde pistacho, por las mesas y sillas todas de distintos colores, que si rosa, que si celeste, que si rojo, que si amarillo, que si malva; por sus geranios que inundan las aceras y balcones del local, por ese encanto que te transmiten las cosas bien hechas y con mimo. En el minúsculo mostrador no hay nadie, aparte de un solitario cactus de flores naranjas, y me quedo contemplando una frase pintada a mano en la pared: «Pies ¿para qué los quiero si tengo alas *pa* volar?». Yo también soy muy fan de Frida Kahlo y eso me da buenas sensaciones.

—¡Bonica! Buenas tardes.

Me sobresalta una voz de mujer tras de mi espalda, surgiendo de la nada.

—¡Ay, madre! ¡Qué susto! —exclamo cogiéndome el corazón porque no sé cuántas angustias más aguantará mi ajado músculo—. ¿Hola? ¿Dónde estás? No te veo...

—Yo tampoco a ti. ¡Ah!, que estás en recepción... Espérate, muchacha, que ya voy.

—No hay prisa.

—Nunca le digas eso a alguien del sur, que nosotros seremos *mu* buenos y bonicos, pero prisa ninguna tenemos para las cosas —me cuenta apareciendo al fin—. Me llamo Mamen y si quieres una habitación te tendrás que esperar a mi suegra Remedios o a mi novio.

Yo solo estoy para vigilar, aunque muchos piensan que soy yo quien necesite vigilancia.

—Me espero, ya te digo que no tengo prisa. Tres años viviendo aquí se me habrá contagiado lo bueno.

Mamen se atusa un mechón de pelo negro detrás de la oreja y ríe. Le brota de las comisuras una sonrisa perfecta que sirve de impulso a la conversación. Justo al lado del mostrador, hay un pequeño banco donde solo caben dos culos minúsculos, idóneo para el de Mamen y el mío. Nos sentamos en él.

—Mi madre también tiene buen ojo para calar a las personas —comienzo a explicar mientras aparece un labrador y se sienta al lado de Mamen—. Ella me contó un secreto hace muchos años para que me resultara más fácil a mí también, pero me cuesta mucho. No soy nada instintiva.

—¿Sí? ¿Cuál es? Bueno..., si no te importa contármelo. Y si quieres que te diga la verdad, esa intuición se adquiere. Yo tampoco lo era y mírame ahora. Te veo venir antes de que tú lo sepas. —Vuelve a hacer bailar el borde de sus labios.

Río sin nada de pudor. ¡Benditas casualidades que ponen luz a mi negrura!

—Me dejas más tranquila. La verdad es que Perpetua, que así se llama mamá, me contó que me tenía que fijar en la primera palabra de la conversación y la vibración de esta. No de la voz del interlocutor, porque muchas veces no tiene nada que ver con la persona, sino que me fuera más allá de eso, que la primera palabra decía mucho de quien tenías enfrente.

—Mmmm... Pues tiene sentido... Yo te he dicho «bonica» y tú...

—Yo no me acuerdo, ¡pero me has dado un buen susto! —afirmo, y las dos nos reímos sin motivo.

—Dile a Perpetua que gracias por el consejo, que lo voy a usar. Yo hace relativamente poco que veo las cosas como me convienen, así que seguro que me ayuda.

—Hazlo tuyo, Mamen.

—Gracias.

Y nos quedamos en un balanceo de silencio cómodo. Mamen mueve los hombros al ritmo de un blues anónimo que suena delicadamente por la radio, y yo cierro los ojos para dejarme llevar por ese momento. Hay muy pocas personas que saben disfrutar del silencio, que se sientan reconfortadas y unidas sin decir nada. Estamos unos cuantos minutos así. Juntas sin hablar, imaginando disparates y

fantasías que no llegarían a ningún puerto, pero es que soñar, por suerte, es gratis. Y necesario.

—Ya viene Jorge —susurra Mamen sin dejar de mecerse.

Y al cabo de unos segundos viene Jorge, la Remedios y medio barrio a ver quién se va a alojar esa noche en Con B de Bonica porque se habían encontrado a la Paca y les había dicho que una muchacha la mar de hermosa iba *pa'llá,* que la cuidaran, que venía de su parte, que ya la conocía bien y traía el corazón más *partío* que una canción de Alejandro Sanz.

No me des más noches de placer,
dame unas pocas amapolas
para alegrarme los días en que te alejas,
que no son tantos,
que no son tan pocas.

44

Hay momentos que no logran una explicación de tus actos. Yo ahí estaba, lejos de casa, lejos de ti y más cerca que nunca de mí. Recién duchada en una bañera angosta de pensión y ajena a nuestra historia. Me pareció la más bonita y acertada de todas. Y me refiero a la bañera. Lo nuestro fue un torbellino sin dirección precisa. Me lavé el cabello pensando en que no volverías a tocármelo como a mí me gusta, ni a dejar huellas escaldadas bajo mi cuello, ni a besar el espacio oblicuo de mis caderas. Pero el agua que caía de arriba abajo se llevó mis lágrimas, se las vendí al mejor postor, y desnuda, desquitada del mundo, de tu mundo, fui a abrir la maleta para abrigarme con un tanga negro y una crema. Esa que no olía a ti.

Pero ahí estabas. Qué complicado va a resultar ser sin ti si a cada paso que doy, a cada tramo, a cada suspiro, a cada recuerdo te me clavas hondo en la piel. Te pedí. Bueno, no. Te imploré que te marcharas, Hugo. Pero no. Nunca me hiciste caso, y no entiendo por qué ahora iba a ser menos. Y tú ibas a ser más. Ahora comprendo que mis planes no están delineados para seguirse.

Jamás te vi venir más de frente que esa noche que no estabas, y sin yo saberlo, colaste tus palabras en mi maleta. Colgaste en mi tanga una nota de despedida:

> Espero irme y no volver;
> espero ser mejor en tus recuerdos que en los míos,
> espero dejarte suficiente aguja e hilo para remendarte el corazón,
> espero que el tiempo te dé todo lo que yo no supe.
> Esperaste tanto de mí que se te fue la vida,
> y un *losiento* parece un suicidio en comparación a los que te debo.
> Espero que una tarde de enero nos veamos y me cuentes que eres feliz,
> espero estar haciendo lo correcto, Lía.
> Espero quererte algún día como te mereces
> y que seas tú quien siempre componga el adiós. Una y otra vez.
> Espero que te quieras con los cinco sentidos,

espero que te quieran como una primera vez al rojo vivo.

Me lo puse. Me abrigué con él la poca vergüenza que me quedaba y me dormí pensando que jamás te quise tanto como ese día, Hugo.

Que jamás te odié tanto como esperé.

Deseos que se vuelven almohadas
y, noche a noche, te aclaman.
Deseos que se palpan
más allá de tu espalda.

45

—¡Buenos días, Manuelita!

—Qué voz más cantarina, Lía de mis amores. Buenos días tenga usted también.

—Es que he conseguido dormir sin soñar. Al fin. Después de no sé cuánto tiempo. Una noche sin sueños. Eso debe ser motivo de celebración, por eso estoy desayunando cava, tostadas y jamón.

—¿Jamón gaditano? Y te parecerá bonito, ¿no?

—No. Me parece bonico, mi *arma.* Jamón malagueño.

—¿De importación?

—No, no. De la misma tierra.

—¿Eso quiere decir que vienes camino de Belén?

—Sí, pero a mí no me guía ninguna estrella. A mí me guía un GPS falto de un buen polvo con el Google Maps, porque ¡me envía por unos sitios, Manu...! En momentos como este te añoro.

—Hombre, ¡qué detalle! Yo también te echo de menos, sobre todo cuando miro la mancha enoooorme de chocolate que me dejaste en el sofá. ¿Sabes qué? Tiene un aire al eccehomo que restauró la anciana. El día que te falte dinero, ya sabes, lo llevas a alguien que le eche un vistazo.

—Qué graciosa eres. Cuando llegue, te lo llevo a la tintorería.

—Era broma, Lía. No hace falta. Bueno, que vengas sí hace falta. Sí.

—¿Me tienes que contar algo?

—Mmm..., puede. Pero por teléfono no te lo voy a decir. Te oigo mejor. No hagas locuras de las tuyas. No tardes meses de Tarifa a Barcelona. ¿Sabes que tu madre está enchochada perdida? ¡Quién me lo iba a decir a mí! Perpetua... Ya lo hemos visto todo, señores.

—Lo sé, Manu. Lo sé. Pero ¿tú la has visto bien?

—¿Bien? Joder, si le pregunté tres veces, ¡TRES!, si se había hecho un trabajito plástico en la cara. Le ha quitado quince años de encima.

Si no la conociera, pensaría que acaba de salir de la universidad.

—Eres muy exagerada, amiga. Mucho.

—Ya verás cuando vuelvas. Si vuelves este año, claro. Si no, volverá a tener los mismos años de siempre.

—No voy a tardar, lo prometo.

—Tus promesas dejan mucho que desear, por eso te quiero tanto, *mujerdepocapalabra.*

—Yo sí que te quiero *amigatocapelotas.*

—Ve a divertirte y acuérdate de conducir sin el freno de mano puesto.

—¡Oye!, que eso solo me pasó una vez, ¿vale?

—Una vez y un coche. Lo recuerdo. Un beso, Lía. Tráeme jamón.

—¿Un buen jamón de pata negra con sus pezuñas y su morro?

—No, un jamón, de una patita solitaria me vale. Ya me conformo. Te quiero.

—Y yo, Manu. Y yo.

—¡Lía! Tienes que decir que me quieres, si no, quedo como una retrasada de película de Hollywood mala.

—Te quiero, Manuela. Te quiero.

—Anda, calla, no me hagas más la pelota.

Independientemente de tus encantos,
me encantas.
Desde ayer.
Para siempre.

46

Me despido de Mamen y su familia, están todos un poco locos, pero de esa locura que se te mete por los rincones y te da pena deshacerte de ella, del escándalo que provoca y la melancolía que deja durante sus días venideros. Me voy temprano porque, si no, no me iba a ir nunca, no sin antes darles mi número y dirección por si algún día decidían pasar por Barcelona. Mamen me cayó muy bien, tiene un sentido del humor muy negro, muy parecido al mío, y termina riéndose hasta de su sombra.

De camino a casa, en el coche, libre y calmosa, canto. Y voy con ganas, con la conciencia más domesticada, con el sol trotando por mi piel, a su antojo. Y por unos segundos dejo que me abrase los brazos, que retiro sin prisa de la ventana, y les soplo poco a poco aire fresco a través de los pulmones, de esos mismos pulmones que a veces le regañan a mi bazo con un *pórtate bien.* Pero al mediodía el sol ya hace cercos de fuego si me envalentono, así pues, me desvío por la carretera costera. Siempre hay una excusa para hacerlo.

Y llego de nuevo al mar.

A mi mar.

A mi casa.

A mi libertad.

A mi soledad.

Tengo ganas de comer cualquier manjar de la tierra, recargar fuerzas a ver si me da tiempo a llegar antes del anochecer a casa de Manuela. Pero tampoco quiero correr, por eso le pido al camarero una paella. Y me dice que muy buena elección pero que es para dos. Me tenso y le comento que todas las poesías que me gustan hablan de dos, que todas las canciones que canto son de desamor y que yo quiero paella tanto si sobra como si no. Temo que me creyó loca pero no me importa. A veces hay que arriesgar y hablar de cosas sin sentido. Esa es mi especialidad.

Mientras devoro mi esperada paella escucho a dos amigos parlotear en la mesa de al lado. Creo que hablan de tatuajes, de mujeres, y vuelven a los tatuajes. Yo los observo sin pudores. Brazos, piernas, cuellos y lo que dejan entrever del pecho lo perfilan de tinta negra y de colores, de formas, de geometrías y calaveras, de caras y culebras, de corazones abiertos en dos mitades que gotean por todo el fémur acabando en una rosa. Me siento identificada, a pesar de las barbas, la indumentaria, las voces, el cuero y el negro, de las carcajadas y de las cervezas, me veo reflejada en sus pieles. Al lado de la rosa, en el gemelo izquierdo, un islote en alta mar. Solo. Con una palmera desgastada y piel limpia a un kilómetro a la redonda.

—Eh..., perdona. —De repente mi garganta cobra vida propia—. ¿Tú tatúas? —me escucho preguntar.

—Hola, pequeña flor silvestre. Sí. Tengo un estudio aquí enfrente. Allí. —Señala una pequeña puerta entre una farmacia y una cafetería —. ¿Querías uno?

—Tal vez.

—¿Tienes alguna idea?

—Tal vez.

—¿Lo quieres ahora?

—Tal vez.

Se miran cómplices y le dan un voto de confianza a mi ingenuidad. Me termino la paella en su mesa, no sobra nada y resulta que eso que era para dos se convierte en cosa de tres. Porque no hay números exactos en los que guarecer, ni momentos expresos, ni caminos cortados, ni tan siquiera hay pieles impolutas. Las arrugas, las estrías, las heridas, los surcos, las hendiduras, todo nos forma y nos hace bellos.

Todo nos suma.

Todo nos hace.

Todo nos vuelve a renacer.

Me hablabas de un mañana
que nunca quiso
hacerse mayor.

47

Oficialmente,
dejé atrás pasado,
asfalto empapado,
curvas complicadas.
Me dejé ir y volví,
volví a tenerme en pie.
En pie por primera vez.

Ya vuelvo. Con dos alas tatuadas a mis espaldas. Esas con las que siempre soñé. Esas con las que siempre volé. Hoy cobran más de un sentido. Y aunque no me las vea, las noto, y me duelen, pero, aparte del dolor, las quise desde siempre. Están en relieve y no sé cuánto tiempo más permanecerán así. Deseo verte, mamá. Para que las toques y las veas.

El camino de vuelta se me ha hecho insoportablemente largo, pero no aminoré la marcha porque estaba deseosa de llegar. Que Manuela me abrazara, me reconfortara y me dijera que todo iba a ir bien, aunque yo eso ya lo supiera. Solamente necesitaba escucharlo a través de su voz firme, sin rodeos, sin anestesia. También necesitaba una ducha, pero el aroma de Hugo iba a ser imposible de sacarlo de mis fosas nasales. Era un acosamiento imposible de denunciar, no había manera de pedir rescate de mi piel. Ni de mi mente. Ni de mi corazón.

Toco el telefonillo de casa de Manu y me abre sin preguntar quién es. ¿Qué está pasando aquí?

—¡Manu! Y si soy un acosador, ¿qué pasa? —digo entrando por la puerta.

—¡Líaaaaaaaaaaa! Pensaba que... ¿Qué haces aquí?

Ya me queda claro que no estaba pensando en mí. Manuela me sorprende con dos pezoneras doradas y una especie de tanga de cuero.

—Vaya, vaya. ¿A quién esperabas? ¿Al señor Grey?

—Te estaba esperando a ti, tonta.

—Pues no me voy a cambiar de acera. Que lo sepas. Ya tengo suficientes problemas en esta, a ver si voy a cruzar y me atropellan. Que ya sería muy mala suerte.

Sin intención de taparse con la bata, me tiende una copa de cava rosado y va a cerrar la puerta. Llama por teléfono al misterioso Señor G y se pone una camiseta de propaganda que le llega hasta las rodillas.

—Siento haberte fastidiado la cita.

—Tranquila, no tenía tantas ganas tampoco. Me apetece más comerme ese jamón que traes. Voy a afilar el cuchillo. Ponlo aquí.

—Estás fatal, Manuela. ¿Cambias a un hombre por un jamón?

—Bueno..., no es un simple jamón, mira la etiqueta. Este mes vas a pasar penurias, ¿eh?

—Pues sí, la verdad. ¿Sabías que en las gasolineras venden jamones? Te he comprado este y yo de camino he devorado una morcilla negra de arroz.

—¿A palo seco?

—Tal cual, Manu. Así como te lo cuento.

—Entonces con Hugo habéis hablado, fornicado y poco más. Pero estás bien porque, si no lo estuvieras, no habría caído una morcilla, habría caído un bote de Nutella. Cuando estás triste se te abre el apetito dulzón, ya te tengo yo calada.

—Sí. ¿Qué haría sin ti?

—Poca cosa, estar más delgada y ser más cariñosa. Anda, venga, coge el cava de la nevera que yo llevo el jamón. Qué bueno está. ¡Qué bueno! Cómo me alegro de que me hayas interrumpido. No te cambio por nadie, tonta.

—Yo tampoco, Manuelita. Ni por uno de cinco jotas.

Hay un plagio en las flores de tu almohada
que siguen tu cuerpo por toda la sábana,
me imitan si te rozo,
te imitan cuando me prometes
que ese es solo el principio de lo nuestro.

Hay algo siniestro en la sintonía de tu respiración
y mi piel,
se tapan con verdades las notas que se salen
del pentagrama,
la corchea que calla,
la blanca que sigue en busca y captura
desde la semana pasada.

REMENDANDO, QUE ES GERUNDIO

1

Parece mentira que mi madre esté nerviosa. ¿Qué digo nerviosa? Está atacada, ¡ATACADA DE LOS NERVIOS! Como si no hubiera hecho antes de traductora. Vale, que sí. Que me ha contado que este congreso es importante y que no le gustan los finlandeses. ¿Y por qué no le gustan? Porque no. Y Perpetua es así. Si desde el principio no le entran por los ojos —así lo dice ella—, no hay manera de que le cambie el parecer.

Vamos camino a Valencia en mi coche, las dos juntas y Coco. Ya han pasado más de tres meses desde que vine desde el sur y me he instalado con Manuela en su piso. Es temporal hasta que nos matemos la una a la otra. Espero ser yo quien gane la guerra, de momento las batallas se las lleva ella. Con mamá nos pasamos todo un fin de semana entero hablando. De su viaje, de lo enamorada que está, de lo bonito que se veía todo con Jaime al lado, de mi desastre de vida, de las mentiras de Hugo y las mías —pero apuntó que lo mío no eran mentiras, eran *ocultamientos cojoneros*—, hablamos también del futuro más cercano, pero no nos perdimos demasiado en él. Ninguna de las dos somos propensas a sumergirnos excesivamente en «¿y qué harás?», nosotras no. Éramos más del análisis detallado *in situ*. También me tocó las alas exclamando un «¡ME ENCANTAN! ¡Yo también las quiero!». Intenté quitarle la idea y por una milésima de segundo lo conseguí.

—Esas gafas de sol lo petan, Perpetua.

—¿Te gustan, cielo? —pregunta mamá haciendo ver que se mira en el espejo del coche.

—Mucho, con esas gafas y ese corte de pelo estás preciosa, mamá.

—Gracias. ¿Y con mis alas? ¿Todavía siguen por aquí?

—Claro. Te brillan más que nunca, están muy bonitas.

—Y las tuyas, ¿cómo van?

—Están pequeñas, pero no desaparecen.

—¿Pues sabes qué te digo? Que yo te las siento grandes, Lía. Que para haber pegado un carpetazo encima de la mesa como has hecho, de alas pequeñas nada, monada, ¿eh? Que quizás no irradien como hace un tiempo, pues bueno, vale, eso te lo concedo. Pero grandes las debes de tener. Abiertas. Libres.

—A lo mejor tienes razón.

—¿Cómo que *a lo mejor,* niña?

Ese don oportunista de mi madre es complicado de conseguir. Desde que volvemos a vivir a pocos kilómetros, la siento más cerca en todos los sentidos. Me hace de comer los martes al mediodía porque es su día favorito de la semana y charlamos de nuestras cosas bajo un cerezo que plantó el abuelo en el jardín, en un arrebato de payés viril y jubilado. La testosterona, que es muy mala sea la edad que sea.

—¿Quieres cerezas? El abuelo me ha puesto un puñado en un táper.

—Vale, lo tienes justo debajo de los pies.

—Ten. Cuando lleguemos tengo que ir a hablar con Ramírez, ¿te querrás venir o vas a pasear?

—Sin duda, la segunda opción.

—¡Maldita!

—Pero luego, cuando termines, vamos a tomar un agua de Valencia, cenamos y, dependiendo de la hora, otra agüita no va mal.

—Hecho.

Me despido de mamá y de Ramírez, que este la mira perplejo por el cambio nada sutil de Perpetua. Está muy guapa la *jodía.* Los miro de reojo hasta que se pierden por el ascensor y rezo a mis ángeles y mis estrellas para que no se le ocurra a Ramírez pensar cosas subidas de tono, que Perpetua es mucha Perpetua y se huele estas cosas.

No me conozco mucho Valencia, pero no creo que tenga mucha pérdida. Una vez que vas al paseo o al puerto, si eres como yo, de ahí no sales. Ese imán del mar es comparable a pocas cosas. Y encima, yo voy a mi ritmo, un poco coja porque vuelvo a tener magulladuras y llagas en los pies por culpa de las puntas. Sí. He vuelto a bailar a escondidas. Ni Manuela sabe de ello. Lo hago cuando va a trabajar y se me pasa el día entero entre canción y canción. A veces hasta canto para mí. Había olvidado lo que era cerrar los ojos y dejarme llevar.

Mis días se pasan así, pero soy feliz. Me puse a *vivirme* aunque todavía ande perdida, no sé qué dirección tomar sobre ningún aspecto de mi vida, pero estoy improvisando. Y en esa improvisación vuelvo a bailar, a ser la Lía que tiempo atrás fui y tan orgullosa me sentía de

ella. Ya no soy pasado, soy presente.

—¡Buenas tardes! ¿Me pone una infusión helada de frutos rojos?

—Marchando.

Me he parado en una cafetería muy cerca del mar, tan cerca que entierro los pies y los pensamientos en la arena al sentarme en la terraza. Se está magníficamente bajo una ristra de palmeras y un té helado en la mano, con el corazón todavía derribado por remodelación. Pero ya logro estar noches sin pensarte, sin hablarte y casi casi sin respirarte en cualquier parte. El abuelo me aconsejó: «Mira, Lía, hazme caso, que tú te has enamorado en Tarifa y eso tiene un encanto especial, pero, recuerda, todo lo que sube también ha de bajar. Así que date tiempo». Y ahí ando a cuatro patas, dándome la oportunidad de volver a tenerme en pie.

—Perdone, ¿es la *Co(n)razón* de hoy?

—No, es de la semana pasada.

—Bueno, la cojo igual.

Desde que descubrí a Amaro Nada, soy una fiel devota de la revista.

REINVENTARSE POR QUINTA VEZ

Lejos de posicionarse mano a mano con las imponentes teorías del científico Amaro Nada, poco a poco va a dar qué hablar su aprendiz Enla Diana, que va escalando peldaños. De momento ella misma se define como eso, «una simple aprendiz de Nada con mucha astucia y ganas de aprender». El pasado mes, la joven Enla impartió una breve conferencia para los estudiantes de una localidad neoyorquina. Diana comentó: «¿Quién no se ha caído en el patio del colegio y acto seguido se ha levantado de un brinco, como si no hubiera pasado nada? Todo el mundo. Lo que nos hace distintos los unos a los otros es la manera de enfrentarnos al momento de después. Algunos se quejan del posible dolor que provoca la caída, otros se ríen sin darle más importancia, otros lo exageran, o algunos hacen ver que no se han caído». La alumna de Nada es muy dada a las parábolas, pero ese motivo no la frena a la hora de llegar a los más jóvenes. Enla Diana continúa con su charla: «Lo bueno de las diferentes personas es eso: tarde o temprano todos nos reinventamos. Caemos y volvemos a levantarnos. Una y otra vez. Siempre hay una primera vez para todo, pero después de esa viene una segunda y una tercera y una cuarta y hasta una quinta». Según el reciente estudio de la joven, la quinta vez que te reinventas ya has desarrollado tal gen de fantasía que fisiológicamente puedes batallar con todo lo que te propongas. Así que, ya lo dice Enla Diana: «¡A reinventarse!».

Al cerrar el periódico cuento las caídas más significativas de mi vida y, casualidad o no, esta cae en el pulgar. La quinta vez.

Propulsar las ganas de quererme
y derribar esta mañana gris
que nadie sabe si va a llover,
que nadie sabe que yo me pinto los labios
por puro placer.

2

Sé que ni de lejos estoy preparada para tener algo con otro tío que no seas tú, Hugo. Hay que ser sincera con una misma y no estoy preparada. No. No lo estoy. Manu lo sabe, pero insiste en que salga con unos amigos. ¿Por qué se empeña en llevar el control de la situación y etiquetar todo? Lleva muchos años con el duelo de Enzo y se merece a alguien que la trate bien, ¿a que sí? Tú también lo piensas, ¿no? Manuela es genial y ha encontrado a Carlos, que no es un chef remilgado de esos que te dan ganas de hacerle una buena tortilla de patatas con sus propios huevos.

Carlos es florista entre semana y los fines de semana trabaja de camarero en un chiringuito. Todo lo contrario a los prototipos de Manu. Lo he visto un par de veces y parece majo, no es mi tipo, pero majo es. Solo te digo que me sobornó con chocolate —chocolate con almendras— la noche que vino a recoger a Manu, así que mal tipo no debe de ser. Esta noche saldremos los tres y un amigo de Carlos. Odio estas cenas en que debes de parecer formal pero informal a la vez y todos están a la expectativa de emparejarte con el susodicho. ¿Por qué no me dejan? No quiero susodichos en mi vida, Hugo. Todavía ni he borrado nuestras fotografías ni lo voy a hacer en un futuro cercano. Te voy superando, pero a mi manera.

Voy a la cena con dos condiciones: la primera es que iré en mi propio coche con la excusa de que no pienso beber —la verdad es más que obvia— y la segunda es la vestimenta. Tejanos, camiseta y sandalias planas. Sorprendentemente, Manu ha aceptado sin rechistar, seguro que la he pillado después de usar las pezoneras y el tanga de cuero. Hemos quedado en un restaurante que en mi vida pisaría si no fuera con ella. Rústico hasta decir basta, todo minimalista, con unos camareros —sin excepción de ninguno— sacados del mismo patronaje de gafas y barbas, y para más inri, he leído en la entrada que es un restaurante flexivegetariano. Cuando sepa lo que quiere decir, me

cabrearé. Y encima..., ¡genial! No hay nadie. Ni Manu, ni Carlos, ni su amigo el *tontolaba.* Pues va a caer un gin-tónic antes de cenar para calmar la mala leche que me está entrando.

Mientras lo saboreo, pienso en todo el tiempo que he vivido fuera de la ciudad y, sin duda, donde más cómoda me he sentido ha sido en Tarifa. Salíamos a tomar algo en bikini, con unos *shorts* tejanos y una camiseta de la playa si así estaba cómoda, no pasaba nada porque todas las fiestas acababan en el agua patos. Y lo sabía. Tomaba las cervezas en chancletas y con la planta de los pies negra por haber caminado un buen trozo descalza hasta llegar al bar. Y era feliz. Si llegaba antes al chiringuito donde quedábamos todos, siempre conocía a alguien y hablábamos de algo banal, no como ahora, que me encuentro rodeada de personas a las que no conozco, con pelos y pintas imposibles de imitar, esperando a gente con la que no tengo ganas de cenar. ¿Quién me manda a mí? Veremos cómo me paga esta encerrona Manuela.

—Tranquila, no eres la única que tiene ganas de salir corriendo y alegar que te ha dado un ataque de apendicitis de camino hacia aquí.

—¿Estaba hablando en voz alta?

—No, no —rio el chico con una risa contagiosa—. Te estabas empezando a poner roja y se te leía perfectamente en la cara.

—Menos mal. Si no, ya pensaba que estaba loca de manual.

—Tranquila. Compartimos el secreto. Que te sea leve.

—Igualmente.

Bueno, por una vez y sin que sirva de precedente, he coincidido con un chico decente en este estúpido antro. Me ha subido un poco la moral porque físicamente se parece mucho a ti, Hugo. Inconscientemente te busco en cualquiera y en nadie te encuentro. Después de un gin-tónic y una cerveza, Manu y Carlos aparecen —al fin— sofocados por la puerta. Solo espero que se les haya pinchado una rueda del coche o un meteorito les haya estallado en la cabeza, porque como vengan sofocados por algún instinto sexual... ¡no respondo de mí!

—Lo siento, cariño. Hemos tenido un percance con el coche de Carlos.

Nota mental de Lía: cacho perra, ¿seguro que ha sido el coche?

Nota mental de Manuela: jajaja, ¡NO! Llevo la bragafaja en el bolso, no me ha dado tiempo a ponérmela después.

—No pasa nada, estas cosas pasan —digo fusilando a Manuela con la mirada.

—Te presento a Marcelo, Lía —dice Carlos tendiéndome la mano de su amigo el *tontolaba-dobledeHugo*.

—Creo que ya nos conocemos, Lía, ¿verdad? ¿De Emilia? —pregunta Marcelo arrugando un perfecto entrecejo.

—No, de Lía, a secas.

—Genial, Lía a secas. Después de ti.

Marcelo hace una leve reverencia para dejarme paso y acompañarme hasta la mesa.

—Si decides huir, hazlo ahora. Te cubro las espaldas —me susurra en el borde de mi oreja.

—Si me voy ahora, es muy probable que esta noche haya una indigente más en la ciudad. —Le guiño un ojo pícaro.

Pero ¿qué estoy haciendo? Manu es una traidora, ¿acaso no ha visto que Marcelo es tu doble en versión de ciudad? Tú nunca llevarías americana para cenar con amigos, tu chaqueta de cuero es sagrada vayas donde vayas, pero, salvo ese detalle, podría pasar por ti. Me saca una cabeza, de tez morena, ojos aguamarina, sonrisa enigmática, de manos anchas y pies grandes. Debe de dedicarse a algo de deporte, igual que tú, porque su constitución lo delata, o modelo, y se da sus palizas en el gimnasio. Pero no, opto por el deporte.

En los postres solo sé que es jugador de waterpolo y que lo de la comida flexivegetariana no va con él para nada.

—Lía ha tenido una escuela de surf en Tarifa —suelta la Judas de mi amiga—, pero lo suyo es el baile desde siempre. Desde que está en casa ha vuelto a coger las puntas cuando nadie la ve.

—¡MANU!

—Es verdad. Es su pasión y se le da muy bien —me vende Manuela como si fuera un bonito pollo ecológico.

—Pues a mí me encantaría verte en tu salsa, en el agua o en el suelo, me daría igual —deja caer Marcelo con la mirada turbia a causa del vino.

¿Por qué sus palabras suenan tan sexuales? ¿Seré yo, que lo veo como un tigre pidiendo a gritos a una domadora?

—Pues cuando quieras, quedáis. Vivimos juntas en casa —finiquita Manuela sin dejarme hablar.

¡Estupendo! Cuando pueda hablar, si eso que me avisen. No me molesta porque el chico es muy correcto y tiene buen ver —si Perpetua lo conociera me lo envolvería para regalo—, pero ya he dicho que no estoy preparada para nada con nadie. Todavía me rondas de cerca, Hugo.

Hemos decidido —bueno, ellos han decidido, porque a mi opción de irnos cada uno a su casa nadie le ha prestado la atención que se merecía— que, después de cenar, tomaríamos una copa en un local cerca de allí. «Postureo que te veo» se tendría que llamar el sitio, porque eso no es un bar de copas para charlar y punto. Eso es otra cosa. Es un local donde la gente va a lucir palmito reciclado del gimnasio y a gastarse el dinero en una copa que les dura tres horas intacta en la mano, produciéndoles calambres, y más tarde, gangrena por llevarla en lo alto, a la altura del mentón, porque eso es más *cool* y guay que pagarla, bebértela del tirón y bailar. ¿Y desde cuándo hay fotógrafos en los bares? Ni que esto fuera Port Aventura. He visto fotos de un viernes noche donde la gente sale más demacrada que la tercera vuelta en el Shambhala. Tengo ganas de irme a casa, desmaquillarme y tumbarme en la cama.

—¿Te lo estás pasando bien, Lía? —me pregunta Carlos chocando su copa contra la mía a modo de brindis.

—¡SÍÍÍ! Mucho, Carlos. Gracias.

—Marcelo es como mi hermano pequeño, cuídalo, ¿eh?

—Tranquilo, que ya se sabrá cuidar solito, ¿no? —chillo desgañitándome las cuerdas vocales.

—¿Qué dices? —pregunta Carlos sin oírme.

—¡NADA! ¡NADA! ¡QUE SÍ! ¡SÍ! ¡YEEEEAAAH!

No sé para qué he dicho esto último. Por Dios, qué horror de sitio. Encima, la música es horrorosa, no hay quien sepa bailar esto, y eso que pienso que absolutamente todo es bailable, incluida la música del Telenoticias. Pero esto no.

Marcelo me hace señas para que salga del meollo de gente y me acerque a un banco que está casi en la puerta de salida. Si no tuviera el corazón lleno de parches y en proceso de cicatrización, podría mirarlo con otros ojos. Con ojos golosos.

—¡Madre mía! Cómo está esto, ¿no? Hacía tanto que no me tomaba una copa... Estoy mayor ya.

—Pues anda que yo, Marcelo. Aparte, vengo de Tarifa, que es mucho menos... Mucho más... Es diferente salir a tomar una copa por allí.

—Se te ilumina la cara cuando hablas del sur —destaca con una media sonrisa capaz de deshacer el polo norte. Pero no a mí.

—¿Sí? Seguramente, sí. Estoy enamorada de esa tierra.

—¿Solo de la tierra?

—Mmm..., ssssí. Estoy en desarrollo para que ese *sí* sea más firme

—me corrijo.

—Creo que vas por buen camino. Lo estás haciendo bien, Lía. Se te nota que haces esfuerzos y eso siempre trae recompensa.

—Gracias. A ti se te nota que te dedicas al deporte porque los deportistas creo que estamos hechos de otra pasta distinta.

—Ni peor ni mejor, ¿verdad? Simplemente distinta.

—Simplemente.

Al terminar las copas decidí que había hecho una buena labor por hoy y me dispuse a irme para casa. Manuela estaba colgada del cuello de Carlos y por una vez, desde demasiado tiempo atrás, la vi radiante de felicidad. La vi como siempre ha sido ella, sin preocupaciones por el trabajo, sin oscuridad por no tener a Enzo a su lado. Se merecía ser feliz. Mañana es muy probable que Carlos desayune en casa, así que tendré una pequeña charla con él y sus huevos antes de convertirlos en tortilla francesa.

—Un placer, Marcelo.

—Igualmente, Lía. ¿Cómo llevas el apéndice?

—Ahí va, mejorando. Gracias. ¿Te acerco a algún lugar?

—Vale. Así no cojo un taxi.

Y así me quedé. Paralizada por unos segundos porque todo el mundo sabe que ese tipo de preguntas nunca se contestan, son un *quedabien*, y más cuando el conductor ha bebido y hay riesgo de multa. De multa gorda. Y de hacer cosas indebidas.

Pronto se vuelven tus besos agua estancada,
pronto la brisa de primavera se convierte en otoño,
pronto, muy pronto se aleja
el insomnio del café.
Pronto se revuelve la cama cuando hay ganas,
pronto los pecados se consumen en la piel,
pronto, siempre pronto se acaba
lo bueno, lo malo y el tiempo.

3

—Deja un mensaje después de la señal, que ya te llamaré cuando pueda, si eso, y si no me caes bien, pues no. ¡Hala! ¡Piiiip! Por cierto, soy Lía y este es mi contestador por si no te has dado cuenta. Venga, ahora sí. ¡Piiiip!

—Qué alegría escuchar tu voz aunque sea en diferido e impersonal. Imposible olvidarse uno de ella, Lía. Sé que es tarde, que estarás durmiendo porque son más de las tres de la mañana. Me he liado con el *planning* de las clases nuevas de windsurf y papeles de la escuela y mira la hora que me ha dado. Bueno, eso antes de tomar una cerveza en el de Santi. Te llamaba porque este fin de semana voy a estar en la *city,* por si te apetecía vernos y eso. Yo estoy loquito por verte de nuevo y que me cuentes qué te traes entre manos. Un beso de esos en la punta de la nariz que tanto te gustan. *Ciao*, *bella!*

Vuelve la tormenta,
ya no soy de acero,
solo soy un imán,
un imán con pase para el infierno,
un aguacero en forma de constelación
que se rige y moja sin abrir la boca.

4

¿Alguien ahí me escucha? Ya lo vengo diciendo desde hace tiempo. Yo, Lía Arte, con DNI 12345678A, me declaro inocente. Todavía no estoy preparada para probar otros besos, para meterme de lleno en otras caderas, para bailar a un compás nuevo en una cama ajena. No estoy lista para ello, Hugo. Ni para quitar despacio un pantalón, ni para que me lo arranquen, me lo destrocen y me lo quemen como tú has hecho con mi corazón, tampoco para perder la cabeza por nadie ni volver al contorsionismo sexual.

Espero que no te importe demasiado mi falta de conocimiento, pero aquí me encuentro. Con Marcelo abriéndose paso lentamente en mi boca, que hay que ver lo bien que se le da al chico. Se ha comportado hasta que yo me he dejado.

Hemos subido las escaleras de su piso de dos en dos y deshaciéndonos de la ropa, dejando en el felpudo de la entrada el pudor y mi duelo interior, su presunta modestia y todo lo que oprime el corazón. Le he pedido que no se detenga. Si justo en ese momento dejase una ráfaga de aire entre los dos, hubieras sido mi impedimento. Hubieras sido tú.

Tú, ese aire que pesa,
una descarga eléctrica que señala la incipiente herida.
Tú, la rueda que nunca se para,
un accidente de coche sin supervivientes a bordo.
Tú, ese final que pasa,
que no se detiene a contemplar la esperanza.
Tú, esa maniobra imprevista,
que roba el *atrezzo* de la última función.
Menos mal que no viniste tú.
Menos mal que no fuimos aire.

Ahora quiero más. Más besos. Más momentos de cuerda enajenación. Que atan y resecan los labios sedientos de dos balsas náufragas en el mar. Marcelo ha prorrogado la espera con sus caricias. Unas agrestes como su voz, otras livianas como la nada que ahora roza su cuerpo. Y caigo. Caigo lentamente sobre él. Caigo tan sincera como entregada. Lejos de callarme, exploto. Le decreto que continúe con la pelea de jadeos que hay en la habitación. Que ni por asomo aminore el fuego de su mirada, que ya no es agua dulce. En algún momento se solidificó para pasar a gas. ¡Sublimación nos acogió! Me besa bien, más que bien, excitando la helada calma construida a mi alrededor, y me sonríe, explosionando la cama en una milésima de segundo, mientras derriba la tira de mi tanga como pidiendo perdón por la intrusión. Perdonado está, lo que más tarde me preocupará será tu perdón. O quizás no.

—Qué bien que hueles a cerezas.

—Mmm —expreso con gran dificultad.

No quiero hablar. No quiero pensar. Solo olvidarme de ti, de mí, de que Marcelo me invita frenéticamente a extraviarme entre sus prisas. Y dejo que me deje fantasear con nadie en particular. Con ser feliz. Con solo ser y estar. Aquí. Y así.

Después de ti
habrá más desatinos que no verás,
y te los imaginarás peor que los nuestros
aunque no sean verdad.
Después de ti habrá vida,
vida insolente,
vida con muchos puntos suspensivos,
vida salpicada de osadías
que no llevarán tu perfume.

5

Hoy soy azúcar. Y estoy en casa. Salvaguardada de aquel que me quiera pillar. No estoy jugando al escondite, me estoy jugando el pescuezo con la vida. ¡Vaya rollo! No me gusta ser mayor. Me quiero quedar aquí, cobijada del mundo exterior, con la cabeza escondida bajo tu falda, mamá, mientras me acaricias el cabello con tus manos de seda. Noto cómo respiras. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Mi respiración es muy desigual. Arriba. Apnea. Abajo. Lloro. Lloro. Abajo. Abajo. Arriba. Apnea. Toso. Apnea. Abajo. Ni respirar bien sé.

Creo que se te ha dormido un pie y lo intentas mover sin apenas movimiento para no despertarme. Me acurruco aún más en ti, en tu resiliencia, en tus sueños, y hueles igual de bien que siempre, a café y cerezas. ¿Será tu aroma parte de la herencia? Anoche Marcelo me dijo que olía a ellas. Yo solo me huelo a derrota. ¿Por qué siempre sabes oler bien y yo no?

Tú no eres azúcar, nunca lo has sido. Siempre has salido a jugar, a batallar y matar. Muchas veces el abuelo me ha contado historias de cuando eras una rebelde pequeña que te comías a tus compañeros de colegio de tres en tres. Ese pensamiento me provoca sonrisas de soberbia por ser tu hija y no la de cualquiera. Nosotras nos conocimos cuando tú ya eras una fuerte luchadora, pero estoy segura de que te ha costado mucho llegar hasta aquí, mamá. Aunque siempre me repites que eres una privilegiada porque ver la vida con tus sombras te hace brillar. Es instintivo. Y no hay más opción que deslumbrar.

Te admiro tanto que nunca conseguiré hacértelo saber de verdad. A veces, como este de ahora, me lastima no estar a tu altura, no saber encajar bien los golpes del destino. Y me asusto. Mucho, mamá. Suerte de tenerte a mi verita, lo haga bien o fatal. Suerte de ti. Y suerte de mí.

—Mi vida, déjame un momento, que me voy a levantar, que se me ha dormido el pie hace más de diez minutos.

—Ya lo he notado...

—Serás... ¡Y yo haciendo malabares para no despertarte!

Voy directa a la cafetera que ha dejado el abuelo en la vitrocerámica. Me gusta el café frío, del tiempo. A ti te lo caliento un poco y le echo canela. Ya me estás esperando bajo el cerezo con tu cara de interrogatorio moderado, hoy vas a darme una tregua que no sé si me merezco.

—Esta noche no va a dormir ni el apuntador, ¿verdad?

—No. Un café a las siete de la tarde se merece una buena excusa —propongo aposentando la taza en tus manos.

—Pues mi excusa va a ser que..., veamos..., me tengo que preparar un proyecto que me ha encargado Ramírez.

—Vaya tostón, mamá. Qué excusa más cargante.

—Ya, es que comparada con la tuya, hija... ¡Cualquiera!

La miro bien. Está esperando a que abra la boca de una vez porque me he presentado en casa llorando y haciendo pucheros.

—Mi excusa es de nivel de experto.

—Estamos en el nivel adecuado, Lía. Venga. Dime.

—Ayer cenamos con Manuela, Carlos y su amigo Marcelo, y el chico es majo. En cuanto lo conocí pensé que te caería bien. Pero a mí no me gustan esas cenas en que te van a emparejar, ¿sabes?

—Sí, cariño. Pero tampoco sería para eso, ¿no?

—Sí, sí, que yo ya me conozco a Manu. Estuvo toda la cena hablando de mí. Pero, bueno, no me lo pasé tan mal como esperaba. Después fuimos a tomar una copa y acompañé a Marcelo a su casa.

—Y pasó que te sentiste bien por primera vez desde hace tiempo atrás, ¿no?

Siempre se me olvida que ya conoces el final de todas las películas.

—Sí, mamá. Yo pensaba que no estaba preparada, pensé que estar con otro hombre es como si traicionara a Hugo porque todavía lo quiero.

—Y lo vas a seguir queriendo, cariño. Lo único es que el querer te va a cambiar, y cada día lo vas a querer de una forma distinta hasta que llegue ese día en que te levantes, te mires al espejo y ya no tenga tanta importancia quién estuvo a tu lado. Ya no será primordial acordarse de él las veinticuatro horas del día, lo importante serás tú. Y después de ese día vendrá el siguiente, donde tú tendrás más minutos y él unos pocos menos. Así va todo. No podemos deshacernos de la noche a la mañana de este amor, Lía. Son como nuestras alas, ¿sabes? Tú siempre me has contado que ellas crecen pero nunca se van. Pues

el amor es lo mismo. Él crece, se da todas las vueltas que le apetece y nunca se marcha, solo aprendemos a moldearlo.

—¡Joder, Perpetua! ¿Y cuando le pides a ese amor algo que no hace?

—Pues te cabreas. Porque una cosa es que no se lo digas, y la otra es que no te haga caso.

—El amor se pitorrea de mí, mamá.

—Bienvenida a la vida, mi niña.

La vida es muy puta.

—Mientras estaba en casa de Marcelo, Hugo me llamó.

—Benditas casualidades. ¿No había otro momento?

—Se ve que no.

—¿Y qué te dijo?

—Me dejó un mensaje de voz diciendo que este fin de semana estaría en Barcelona, que tenía ganas de verme para charlar.

—La patata caliente va a explotar.

—Ya me ha explotado porque le he dicho que sí. Que nos vemos.

—¡CATAPUUUM!

Yo me desvisto y tú,
tú me haces la cena.

6

¿Dónde venderán pistolas de balines? ¿Eso matará a unas indefensas mariposas? Solamente quiero que desaparezcan. Nada más. No me caen bien. Lo típico que se calla todo el mundo: no es por mí, es por ti.

Hasta la noche que partí de casa he sentido cosquillas en el estómago al verte. Hasta esa maldita noche, Hugo. Mis tripas se revolvían a tu son. Durante estos últimos meses las voy dilapidando una a una, intento que no se reproduzcan porque pesan y yo quiero ir sin ataduras ni cadáveres de mariposas en mi interior. Hoy es sábado y desde que te dije que sí, que nos veíamos donde siempre, que ya te invitaba a comer yo, que tampoco me traía demasiado entre manos, que la ciudad sigue igual y que añoro Tarifa, que seguro que estás tú más guapo que la última vez, que me traerás una camisa que me dejé, que da igual que te la quedes tú, que no y no se hable más, desde ese momento, me salen las putas mariposas por las orejas.

Manuela se ha enfadado conmigo. Me lo ha dejado bien claro.

—Me he enfadado contigo, Lía. Eres muy capulla, ¿sabes? Estoy de tus niñatadas hasta el boniato.

—Gracias, Manu. Mi cuerpo pide salsa, que no tengo suficiente condimento para mi fin de semana.

—Yo no le veo la gracia. Marcelo me ha pedido tu teléfono. ¿Qué le digo? ¿Que te llame al de Hugo? ¿No podrías haber fornicado mal o hacerte la estrecha y no meterme en problemas?

—Fuisteis vosotros dos quienes me metisteis a Marcelo en las narices. Solo os faltó ponerle una manzana asada en la boca y un cartelito con «Cómeme». ¿Estamos tontos o qué?

—Sí, Lía. Sí.

—No, Lía. No. ¿No me lo podías presentar dentro de unos meses, cuando yo estuviera recuperada emocionalmente? Marcelo me pone mucho. Y lo poco que hablé con él me gustó. ¡SÍÍ! ¡ME GUSTÓ,

MANUELA! Pero te dije que era muy temprano, que quería sacar a Hugo de mi vida a mi manera, pero no. ¡CLARO! ¿Quién va a hacerle caso a la Lianta de turno? ¿Por qué te empeñas en arreglarme?

—Porque luego haces cosas de las que te arrepientes. Como ir a comer con Hugo este mediodía, por ejemplo.

—Somos amigos, Manuela. Y los amigos se ven cuando tienen ganas de verse. A-M-I-G-O-S.

—Claro. Claro. Ponte un candado en las bragas y tira la llave al mar.

Ha sido un enfado mutuo, pero odio que tenga razón. ¿Por qué habré quedado para vernos? ¿Tanto hubiera costado decir: «Qué lástima, este finde estoy fuera, disfruta»? ¿Tanto? ¿De verdad? Pero a ver, que no cunda el pánico. Comemos, me invento algo nuevo en mi vida y hago ver que tengo prisa. Fin.

Creo que es la primera vez que llego antes que tú al restaurante. Me empapo de recuerdos nuestros al poner el pie derecho en él. Aquí solíamos quedar cuando empezamos a conocernos. Me encandilabas muchos mediodías para que viniera a verte después de las sesiones de surf que impartías de manera ilegal. Para mí, todos los deportes tienen algo especial, pero el agua es mágica y esta disciplina te sumerge en ella sin que haya nada que remediar. Siempre ha sido tu vocación, pero no te ha gustado nunca trabajar para nadie, tener jefe fue tu condena, por eso y porque estaba enamorada de ti, te propuse abrir juntos una escuela en tu tierra natal. Al proponértelo, te pusiste de rodillas y lloraste. Me acuerdo perfectamente porque me asusté. Me senté en el suelo y te enjugué los ojos colmados de maremotos, abatiendo banderas rojas a su paso. Supe que era emoción, que estabas contagiado de satisfacción, y me declaraste que esa aventura solo la podías iniciar a mi lado. Ese verano trabajamos las veinticuatro horas del día, en todo lo que nos salía, con contrato o sin él, daba igual. Ahorramos y en unos meses vi cómo tu sueño se materializó de la nada. Aún hoy, aquí sentada, evocando recuerdos que me niego a desempolvar, siento tu emoción. Tu orgullo. Tu gozo. Fui muy feliz viéndote ser feliz. Estoy hecha de esos momentos, de esas sonrisas sin adulterar, de esa improvisación que no se diseña ni se cambia por nada. Soy unos retales de vida que me niego a borrar.

Apareces ataviado con una sonrisa. Con esos tejanos que tan bien conozco, ese agujero en la rodilla que todavía lleva mi calor y esos botones de latón que solo siguen mis súplicas y mis órdenes de medianoche. Hugo, esa camiseta no. Esa que te regalé porque sí, sin

motivo, una mañana que salí a comprar zanahorias y la vi en un escaparate. Con el pelo húmedo, la barba a medio afeitar, ese perfume natural que no se compra ni se vende en ningún lugar y esas gafas de sol en el bolsillo trasero del pantalón. ¿Por qué no llevas las gafas puestas? Nunca te desprendes de ellas.

—No iba desencaminado. Estás más guapa que nunca —dices apareciendo por entre el gentío.

Le dijo la sartén al cazo.

¡Aparta que me tiznas! —y sonríes con pillería.

Una frase hecha para una situación deshecha. Qué raro verte y darte dos besos de cortesía, más raro ha sido acercarte y besarme sin reparos en los labios. Eres eso. Nada te frena hasta que te viene grande. Estoy nerviosa y se me nota en las manos y la forma de removerme en la silla, pero le estoy echando morro al asunto. Aunque me tiemble el corazón.

La comida da pie al postre, el postre al café, el café a una vuelta por el muelle, y el muelle incita a ser sincera con los dos.

—No usas tanto las gafas de sol como antes, ¿no?

—No. Me he dado cuenta de que siempre me he intentado esconder detrás de ellas. No sé, las llevaba sin necesidad.

—Yo pensé eso mismo una noche que miré nuestras fotos. ¿Te acuerdas de las vacaciones en Zarautz? Pues ni en una fotografía sales sin gafas de sol.

—Yo también las he estado viendo.

Me enseñas el fondo de pantalla del móvil. Es la fotografía de una ola. De esa ola que tan bien conozco y tanto nos costó inmortalizar.

—Te empapaste bien para sacarla.

—Es que tenía un remolino precioso, pero ¿empaparme? ¡Qué va! Fuimos hasta el hotel chorreando agua. Tú no parabas de reírte y esa noche casi duermes en la habitación de tu hermano.

—Estabas para comerte. Me encanta cuando te enfadas.

—A mí también. Cuando me palpita la vena de la yugular, me encanta.

Nos quedamos en silencio, recordando el sonido de lo que fuimos.

—¿Y qué te ha traído hasta aquí hoy?

—¿La versión oficial o la extraoficial?

—¡Las dos! —Me río por las tonterías que dices y que no me tendrían que hacer gracia.

—Pues la oficial es que tengo que hablar con un chico por el tema de unas tablas, y la extraoficial eres tú.

Me recuerdo, tragando saliva, que en boca cerrada no entran moscas.

—El cuerpo me pedía verte. Pensaba que estarías... peor.

—Te voy llevando lo mejor que sé, Hugo. Han sido muchos años juntos.

—Lo sé, por eso he venido hasta aquí. Quería ser yo quien te dijera algo. Bueno, en verdad, soy un egoísta porque me gustaría contarte una cosa, como siempre lo he hecho.

—Ya... Pero las cosas han cambiado. Nuestra amistad también. —Hago una pausa—. ¿Qué me quieres contar?

Las mariposas me suben y bajan del estómago sin piedad. De repente veo que he estado esperando algo tuyo. Un simple: «Te quiero, ¿vale? Vuelve conmigo. Lo siento. Soy un gilipollas y todos estos meses sin ti no han sido vida». Como todavía no estoy curada de ti, habría caído en tus redes. Pero no, después de esa frase suicida comprendo que tú ya hace tiempo que me has superado y barrunto que tengo todas las papeletas por haber suplantado el lado derecho de la cama donde te dejé.

—He ensayado durante toda la semana esta conversación.

—¿Y cómo acababa?

—Depende del momento —dices mirando el suelo. Me coges de las manos, ese molde a medida hecho para ellas.

—Dímelo, Hugo. Soy fuerte.

—Más que yo, Lía. Ya lo sé. La mañana que te fuiste fue dura porque decirte adiós nunca será fácil. ¿Cómo se le dice adiós al corazón sin suicidarlo? A mí no me han enseñado.

—A mí tampoco.

—Perpetua ha hecho los deberes bien. —Bajas más la mirada, bajo tierra está bien—. Le pedí consejo a mi hermano para superarte y acabé en casa de una que ni conocía y hace un par de semanas me vino a ver a la escuela.

Vale. No quiero escuchar nada más. Desde ese preciso momento desconecto del mundo y me voy a nadar al mar. Sobre aguas heladas, puntiagudas, feroces, que me estrellan contra las rocas de la costa. Ya decía Manuela que esto no iba a salir bien, Hugo. No quiero escuchar que te acostaste con alguien a quien no conocías y que ahora vais a intentar algo, quizás no por ti ni por ella, sino por alguien que ni conoces pero que dentro de un tiempo se te clavará en el pecho como mil cuchillos afilados. Y te hará feliz. Una felicidad que nuestro amor nunca barajó. No quiero seguir atrapada entre tus manos, me detesto

por haber venido, por las esperanzas que me has creado. ¿Qué diablos quieres que te diga? ¿Que te dé mi bendición para ser feliz? ¿Que te diga que la has cagado pero te toca apechugar? ¿Que un hijo es lo más bonito que uno puede tener, mientras pienso en la maldita suerte, el karma y su puta madre? No te lo voy a decir porque hasta hace seis meses nos íbamos a casar y a mí me daba igual, porque era feliz a tu lado. Fuiste tú quien me pediste, me imploraste, me ultimaste para que te dijera que sí. Que sí. Que sí. Y te dije un SÍ en mayúsculas. ¿Qué me importaba un papel donde los votos están firmados? Pero un hijo, Hugo, un hijo es una cosa gorda. Y nuestro final.

Un final que ha durado demasiado, como la vez que me partí la rodilla y me envalentoné, esa que te he contado tantas veces. Que la recuperación no fueron tres meses, fue casi un año por querer adelantarme al tiempo. Por querer correr. Por pensar que era invencible, y me pasé de lista. Lo mismo que ahora. No soy invencible, solo soy un corazón destruido, miedoso y encogido a mis pies.

Adiós, Hugo. Buen viaje. Navega con las velas abiertas y las gafas de sol donde te apetezca.

Quédate roto y hazme un hueco,
ahí en lo más hondo,
para gritarte desde el andamio:
¡LOCO!
Y que su eco me devuelva,
poco a poco,
todo.

7

Se me ha terminado el cuaderno de «Con un par de alas» justo el día que sangra a borbotones la herida del pecho. Son muchos años de respuesta a la misma pregunta y muchos cambios en mi parecer. Hubo una época en que quería como una loca posesa un unicornio. De haberlo tenido, me lo hubiera llevado a mi isla desierta. Pero más tarde me enteré de que no existían. ¿Y la gente qué sabrá de lo que existe y de lo que no?

Vuelvo a dormir en el sofá de Manuela porque es mi mejor amiga y dejo que me cante las cuarenta. Y las cincuenta. Y las sesenta.

—Hemos visto *Querido John* tres millones de veces, Lía.

—Ya, pero no echan nada más hoy.

—¡Prfffffffff!

—Oye, Manu...

—¿Sí?

—¿Qué tres cosas te llevarías a una isla desierta?

—A ti no, que eres muy pesada.

—Me parto y me mondo. En serio, ¿qué te llevarías?

—Pues no sé... ¿Tres cosas? —pregunta frunciendo el entrecejo y los labios.

Asiento divertida.

—Pues lo primero que me llevaría sería vaselina para los labios porque se me agrietan mucho, y después..., mmm..., una copa.

—¿Una copa? ¿Una copa de vino? ¿Para qué?

—Para beber, porque a mí me gusta beber hasta el agua en una copa.

—Ya, solo te falta prepararte el Nesquik por la mañana en una copa de cava.

—¡No es mala idea, Lía! —Se ríe de mí o conmigo, no la he pillado bien—. Me llevaría: vaselina, dos copas por si se me rompe una y... una foto de mi madre.

La miro desde la otra punta del sofá, sonriente, preguntándome por qué somos amigas siendo tan diferentes. Y me acuerdo de que la amistad no tiene mucha lógica y no entiende de taras.

—¿Mañana me acompañarás a comprar una libreta?

—Si te levantas temprano, sí.

—Y desayunamos fuera.

—Así no lavamos los platos, ¿no? Cómo me conoces. Anda, cambia de canal.

Todo lo recorrido valió la pena
porque llegué hasta mí.
Volvería a caerme más a menudo,
a rendirme cuando me di por vencida,
a perderme entre el miedo de estar sola.
Volvería a conocerte
a deshora,
rebuscando entre tanta impuntualidad.

8

—¿Estás completamente segura de lo que vamos a hacer?

—No. Para nada. Estoy bastante asustada. Antes de salir de casa me he ido por la patilla abajo.

—Todavía podemos echarnos para atrás.

Maria me mira con los ojos desmesuradamente abiertos desde su silla. La pequeña Anne está sentada en su regazo, mordiendo una galleta, con los mofletes sonrosados y los ojos más grises que hay en el mundo. Miro a mi amiga, con la que he compartido más de media vida, y la otra media se nos escapó sin nuestra amistad. Desde que nos encontramos a los pies de la escuela hemos retomado lo que siempre fuimos con completa naturalidad. Sobre las puntas me saca mucha ventaja en movimientos, ritmo, musicalidad y hasta inspiración, me queda mucho que aprender de ella. Danzar por el mundo y dejarlo todo por amor, eso no lo hace cualquiera. Pero se me olvida que ese tipo de amor es verdadero e incondicional.

Ante nosotras, en la mesa del despacho de la escuela que tanto conocemos, hay un contrato de traspaso con nuestros nombres en primera fila. Lía Arte y Maria Roche al mando de la vieja escuela de danza. Me parece de todo, menos la realidad.

—Maria, vamos a firmar. Esto es nuestro. Siempre lo ha sido.

—¿Te acuerdas cómo mis padres se pelearon en medio de una función? Estaban en primera fila y la profesora Nathalie salió como un basilisco de entre bastidores. Después de esa pelea se separaron. Siempre los he preferido así.

—Vaya pollo montaron. —Reímos a lágrima viva—. ¿Y la vez que mi madre intentó cosernos lentejuelas en el tutú? Parecíamos vómito de unicornio.

—¡A mí me gustó! Por lo menos tu madre lo intentaba, la mía...

—Intentaba intentarlo.

—No me quiero parecer a ella, Lía. Quiero que Anne me vea a

todas horas y yo verla crecer, sin perderme ni un segundo de esa inocencia.

—Anne va a ser la capataz de la escuela, ¿o qué te crees? No nos va a dejar pasar una.

Se rio. Firmamos con manos temblorosas. Éramos un manojo de nervios andante. Era el papel de nuestras vidas.

—Lo hemos hecho.

—¡¡LO HEMOS HECHO!! —grito asustando a Anne.

—Vamos a celebrarlo con cava y un biberón.

—¡Vamos! Voy a llamar a Perpetua.

Al levantarnos de las sillas nos abrazamos sin contener la emoción. Saco el teléfono y marco el número de mamá. Qué raro, siempre coge el teléfono. Miro, como si fuera la primera vez que veo al detalle la escuela, con las luces apagadas, en completo silencio, solo rompiéndolo con el sonido de nuestros pasos. Vamos a ser felices aquí dentro. Vamos a hacer felices a mucha gente. Ahora lo sé.

En el vestíbulo veo a un solitario Coco sosteniendo un cartel.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —Me sorprendo acariciándole el lomo —. Conque «Bienvenidas», ¿eh? ¡MALDITOS! Salid todos de vuestros escondites.

De detrás de una cortina de terciopelo granate que mañana mismo va a ir a la basura salen todos. Mamá con Jaime y el abuelo, Manuela, Carlos y, en último plano, Marcelo.

—¡FELICIDADES! —exclama eufórica Manu—. Sabía que dejarías de ser una descarriada okupa de mi sofá.

—Oye, que todavía no me voy a ir de tu casa. Recuerda: ahora soy pobre. Todo mi dinero está aquí.

—Sí, ya. Pero ahora te puedo enviar aquí a dormir con una manta y un termo.

Malamiga, vocalizo arrebatada por los brazos de Carlos. Este me entrega una caja. La abro y me echo a reír. Es una especie de crucigrama con bombones de chocolate que pone: «Para que tengas toda la suerte del mundo mundial».

—Muchas gracias, Carlos. No hace falta decir que es el mejor regalo.

—Ha sido idea de Marcelo.

—Y yo que pensaba que era incompatible ser guapo y listo —bromeo mirándolo.

Desde nuestra noche de arrebato sexual nos hemos estado viendo. Después de ir a cenar los dos solos a un asador y pedir prácticamente

todo lo de la carta, me sinceré. Y sorprendentemente, me entendió porque a él le había pasado algo parecido hacía unos años. Le pedí tiempo y me lo concedió. Cada vez que lo veía sentía algo, todavía sin nombre.

Abrazo a Marcelo más tierna de lo normal y él me arrulla levantándome unos centímetros del suelo. Le susurro al oído un «gracias» cargado de gratitud e ilusión. Y me dirijo a ver a mamá que, por la curva de su sonrisa, está escaneando a Marcelo desde que se han reunido. Más abrazos de parte del abuelo y de Jaime. Jaime siempre tan señorial, impoluto con una camisa blanca y unas canas a juego.

—Cariño, todavía me acuerdo de este pasillo y el vestíbulo. Del piano que hay a la derecha y de cómo siempre me esperabas a su lado. Habéis hecho lo que hace tiempo estoy esperando —nos dice Perpetua a Maria y a mí.

Nos fundimos las tres con una untuosidad extrema y Maria se emociona.

—Vaya familia postiza que tenemos, Anne.

—De postiza nada, la familia, si es de verdad, es de verdad —apunta mamá sosteniendo en brazos a la renacuaja.

—¿Vamos todos a celebrarlo? Mañana también os quiero aquí, que vienen el arquitecto y los obreros a lavar la cara a la escuela. Y la semana que viene nos traen el cartel nuevo.

—¿Le vais a cambiar el nombre? —pregunta Jaime con cierta curiosidad.

Asiento. Le cambiamos el nombre y el alma.

—¿Y qué habéis pensado? —insiste Carlos.

—¿Chocolate bailarín? —suelta Manuela llevándose a la boca un bombón.

—No se me había ocurrido... Es buena idea.

Y una carcajada general nos baña de luz. Maria y yo nos miramos, nos reímos cómplices y alzamos las cejas a modo de interrogante.

—Venga, niñas, no os hagáis de rogar —dice mamá—. Se va a llamar «Con un par de alas».

Horizontes nuevos se vislumbran,
nunca estuvieron lejos,
siempre estuvieron más cerca
que las estrellas.

9

Después de mi tropiezo número *mandanariceslacosa,* sigo en pie. Un poco coja —literalmente, porque ya no me escondo para bailar e incordio a todos con mis «Mira, mira, esto antes lo hacía con los ojos cerrados»—, pero me voy tomando todo como la mujer responsable que llegaré a ser algún día. Hoy es martes y almuerzo con mamá, como cada martes desde que vivo con Manu. Está haciendo un curso de cocina *thai* y, pese a no tener medida con el picante y parecer una nativa tailandesa, lo hace realmente bien. Con la práctica de los cuchillos es otra cosa porque se ha rebanado más de un dedo y Jaime y el abuelo los tienen bajo llave.

Cuando llego a casa de mamá, veo que ya está terminando de hacer el *pad thai* de pollo, las *tod man* y una sopa *thai* que huele de infarto, y el abuelo arruga la nariz.

—Donde haya una tortilla, Perpetua...

—Papá, vete ya, que vas a llegar tarde —dice mamá probando la sopa—. Esto ya está. Lía, échalo en un cuenco blanco, el del armario de abajo de la derecha, detrás de los platos hondos.

—Dame un beso, tesoro. —Me besa el abuelo en las mejillas—. La sal de frutas está en el botiquín.

—¡PAPÁ! ¡Que te vayas ya! —grita Perpetua haciéndome reír y derramando sopa por la encimera.

—Lía, limpia eso, que luego se reseca —objeta mi madre retirando del fuego el *pad thai.*

Siempre será un misterio propio de Iker Jiménez esos momentos en que Perpetua sabe cosas que no tendría que saber.

—Hoy comemos en la azotea, cariño. Pon todo en la bandeja y llévalo, que está la mesa puesta arriba.

—¿Qué azotea, mamá? ¿El metro cuadrado de arriba, sin techo, que pega el sol por la tarde?

—Sí, ese.

Subimos hasta la azotea, cargadas de manjares y olores a cilantro, pollo, especies, lima, picante y jengibre, y al llegar arriba me sorprendo. Donde siempre ha habido un secador de peluquería oxidado y un radiador del mismo calibre, ahora hay una pequeña mesa blanca con dos sillas plegables, un mantel amarillo con cubiertos y vasos de colores, coronado con una tarta de chocolate de dos pisos. En el suelo, enfrente de la mesa, hay dos paquetes envueltos y un pequeño barreño azul lleno de agua.

—Mamá, ¿y eso? —pregunto dejando la bandeja de comida en la mesa sin parar de sonreír.

—¿Te gusta? Es tu isla desierta en plena Barcelona. Con su agüita para que te remojes los pies, su palmera, pero como no cabía, te tendrás que apañar con un cactus sin pinchos. ¿Cómo eran tus tres deseos para una isla desierta?

—Eran, bueno, son: una tarta de chocolate, una armónica y un par de alas.

—La tarta ya la tenemos. Abre los paquetes que deben estar por aquí cerca.

Beso a mamá antes que nada y me acerco a los regalos que ya intuyo que pueden ser. El primero es una armónica roja con una dedicatoria en la cara frontal. «Vuela alto, Lía», reza reluciente e imponente. Y al desenvolver el otro paquete me echo a reír.

—¿Ves cómo los chinos vendían un par de alas, cariño?

—Pero, mamá, ¡estas son rosas!

—Puñetas, le dije a Jaime que fueran amarillas.

—Me encantan, Perpetua. Me encantan. Me encantas tú. Vente, que nos las ponemos para comer.

—Ay, hija, vaya pintas, ¿no?

—Aquí no nos ve nadie.

—Solo nos vemos tú y yo.

Y se puso a hilvanar ideas
con el fin de remendar
sus sueños.

AGRADECIMIENTOS

Los que me conocen saben que renací en 2012, a los veintiún años recién cumplidos. Es una larga historia que quizás algún día me atreva a materializar.

De ese 2012 hasta la fecha he aprendido muchas cosas, pero una de las más importantes ha sido el significado de **GRATITUD**. Gratitud con la gente, con la vida, con las simplezas del día a día, con la salud y con el pasado. Gratitud con los tiempos buenos y, sobre todo, gratitud con los no tan buenos.

Y aquí podría enumerar una a una, con nombre propio y apellido, a las personas que tengo que agradecer el ***ser y estar incondicional***, pero no lo haré. Mi familia. Mi gente. Mis invencibles. Mis imprescindibles. Mi equipo HOPE sabe perfectamente quién es y les digo GRACIAS en las mayúsculas más grandes del planeta. Daos por aludidos porque sin vosotros no estaría aquí.

Mamá y Laia, gracias por ser mis alas abiertas de par en par. Por ser mis oídos cuando me apetece escuchar. Por ser mi luz en la oscuridad. Y a Olivia, aunque todavía no lo sepas, gracias por enseñarme a querer un poco más. Y mejor. Os quiero.

A ti. Todo y siempre será a ti. Aunque no te vea, sé que estás aquí, a mi verita, celebrando la vida.

Roser Rocabert, gràcies per encoratjar-me a fer sempre una cullerada més. Ningú s'imagina la d'alegries que pot donar un simple iogurt!

Lola Gulias, Clara Ferrer, Sandra Bruna y familia Bruna, quiero jubilarme a vuestro lado. Gracias por abrir conmigo esta imponente puerta que da al mundo de la escritura.

Y, sobre todo, agradecer al equipo encargado de leerse las 552 obras presentadas al Premio Planeta 2016 y seleccionar a HOPE entre las 10 finalistas. Gracias por juzgarme más allá de lo que tengo y de quien soy. Gracias por creer a ciegas en mí.

Gracias a toda la gente que, desde hace años, sigue mes a mes los microrrelatos de HOPE en el blog www.infinity-hope.com, por todo vuestro apoyo a través de las redes sociales.

Agradecer a las robustas e imponentes piedras que me he encontrado esparcidas por el camino. Gracias, piedras. Gracias por haber hecho de mí una mujer peligrosamente fuerte.

Y por último, quiero agradecerte a ti. Si, a ti, lector. Gracias infinitas por sostener con sumo cuidado mi sueño, que no es más que esto que tienes entre manos.

Lector, ven. Ven. No seas tímido. Ven, anda. Sin miedo.
Ven, acércate que te cuento un secreto: SUEÑA.
Sueña alto. Sueña sin remedio. Sueña y vive al mismo tiempo.
Despliega tus alas. Y vuela por cualquier cielo.

De todo corazón,

Con un par de alas
Alba Saskia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Silvia Coluccelli/Gallery Stock

© Alba Saskia, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17424-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!